



La palabra como camino: gramáticas de la memoria de firmantes de paz

Mariana Palacio Chavarro

Daniel Posada Vélez

Tesis presentada para optar al título de Magísteres en Educación

Tutora

Diela Bibiana Betancur Valencia, Doctora (PhD) en Educación

Universidad de Antioquia
Facultad de Educación
Maestría en Educación
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita	(Palacio y Posada, 2024)
Referencia	Palacio, M. & Posada, D. (2024). <i>La palabra como camino: gramáticas de la memoria de firmantes de paz</i> . [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2024)	



Seleccione posgrado UdeA (A-Z), Cohorte XXII.

Grupo de Investigación Somos Palabra: Formación y Contextos.

Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas (CIEP).



Centro de Documentación Educación

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Agradecimientos a La <i>Gente Necesaria</i>	9
Resumen.....	11
La Memoria de las Palabras	13
La Palabra como Camino: Gramáticas de la Memoria de Firmantes de Paz	14
<i>Fase I. Las Memorias de las Orillas: ¿Conflicto Armado Interno o Terrorismo de Guerrillas?</i>	14
1. Negociar la Paz: un Conflicto de Corrientes y Orillas	16
1.1. La Memoria, un Campo de Disputas	19
1.2. De una Selva a Otra: Llegada de los Firmantes de Paz a Medellín	22
1.3. La Cuestión por los Órdenes de la Memoria	26
1.4. Peldaños para una Interpretación de las Gramáticas de la Memoria	27
2. Sobre lo Hecho y Otros Haceres Posibles	28
2.1. La Narración de Excombatientes y la Construcción de Memoria	28
2.2. La Perspectiva de Género en Memorias Farianas.....	31
2.3. Memorias desde los Territorios Tocados por el Conflicto	35
3. Una Justificación para Transitar La Memoria y la Narración en la Investigación Hermenéutica	37
<i>Fase II. Adjetivos de la Memoria: Algunos Énfasis y Dimensiones</i>	39
1. La Historia de la Memoria. Antecedentes Conceptuales.....	40
1.1. ¿Qué es la Memoria?	42
1.2. Memoria y Narración.....	44
1.3. El Espacio Individual y Colectivo de la Memoria.....	45
1.4. De las Memorias Literal y Ejemplar a las Memorias para la Guerra y la Paz....	47
2. Memoria y Gramática.....	52
2.1. Dimensión Ética.....	55

2.2. Dimensión Política.....	56
3.3. Dimensión Formativa	58
<i>Fase III. Bifurcaciones del Camino Metodológico.....</i>	<i>61</i>
1. Hermes y la Interpretación	63
1.1. Desde una Perspectiva Hermenéutica.....	64
1.2. Los Acontecimientos	67
1.3. Hacia una Ética de la Investigación	71
1.3.1. ¿Qué significa escuchar las narrativas de firmantes de paz como huellas de las gramáticas que subyacen a sus memorias?.....	73
1.3.2. Consideraciones Éticas.....	74
2. Guijarros en el Camino: una Exploración Metodológica	75
2.1. Retrato del Firmante de Paz.....	75
3. Hilando Memorias: Una Mimesis en Tres Actos sobre las Narrativas de Firmantes de paz	77
3.1. La Triple Mimesis de Paul Ricoeur	78
3.2. Memoria y Mimesis: el Tránsito de una Historia Potencial hacia una Historia Efectiva.....	79
3.3. Aplicación de La Triple Mimesis	80
3.3.1. Escudriñando entre las Profundidades del Saber. Acto I.....	84
3.3.2. Entre Textos, Contextos y Pretextos. II Acto.....	85
3.3.2.1. La Conversación Hermenéutica.	85
3.3.2.2. Andanzas de la Memoria: Coordenadas de Otros Actores de la Historia.	87
3.3.3. Desvelando las Gramáticas de la Memoria de Firmantes de paz: Entre la Ética, la Política y la Formación. Acto III	90
<i>Fase IV. Hallazgos y Comprensiones. Una Composición a dos Voces.</i>	<i>90</i>
1. Tras la Tierra Prometida: Narrativas de Humanidad en un Mundo en Guerra	91

Los de <i>Abajo</i> . Narrativa de Harrison.....	92
Más Vale Tarde. Narrativa de Francelly	102
En Nombre de la <i>Causa</i> . Narrativa de Alejandro	111
<i>Marcos</i> de la Guerra y la Paz. Narrativa de Marcos Urbano	121
2. Lo Singular y lo Plural en las Memorias de los Firmantes de Paz. Dimensiones Ética, Política y Formativa.....	129
2.1. Dimensión Ética de las Gramáticas de la Memoria.....	129
2.2 Dimensión Política de las Gramáticas de la Memoria.....	132
2.3. Dimensión Formativa de las Gramáticas de la Memoria.....	136
Un <i>Epílogo</i> para la Memoria.....	141
Referencias	145

Índice de imágenes

Imagen 1. Concepciones teóricas de la noción de memoria según autores. Elaboración propia.	51
Imagen 2. Síntesis de las comprensiones teóricas sobre las dimensiones de las gramáticas de la memoria. Elaboración propia.	61
Imagen 3. Síntesis y adaptación propia de la Triple Mimesis de Paul Ricoeur implementada en la investigación.	81
Imagen 4. Síntesis y adaptación propia de los momentos de la Triple Mimesis de Paul Ricoeur implementados en la investigación.	83
Imagen 5. Harrison, firmante del Acuerdo de Paz	92
Imagen 6. Francelly, firmante del Acuerdo de Paz	102
Imagen 7. Alejandro, firmante del Acuerdo de Paz	111
Imagen 8. Marcos Urbano, firmante del Acuerdo de Paz	121

Agradecimientos a La Gente Necesaria

Decía Hamlet Lima Quintana que “Hay gente que con solo abrir la boca / llega hasta todos los límites del alma / alimenta una flor, inventa sueños / hace cantar el vino en las tinajas / y se queda después, como si nada”.

Esta es la oportunidad de agradecer a nuestra *gente necesaria* por impulsarnos a soñar con un trabajo que pudiéramos hacer con el alma y el corazón, sin desatender las ideas por las que pensadores y luchadores batallaron desde sus escritorios o trincheras.

Gracias a nuestra *siempre maestra* y *siempre amiga* Diela Bibiana Betancur Valencia por despertarnos a la vida desde su aula y hogar, desde su seno pedagógico y sensible. Maestra Diela: gracias por llegar a nuestras vidas y quedarte *como si nada* a pesar de las dificultades. Gracias por impulsarnos con cada idea y cada proyecto en el que nos diste lugar. Este trabajo puede tener más de memoria que de razón por ser también el producto de todo lo que hemos vivido y recorrido juntos. Gracias por acompañar tu camino al nuestro y ayudarnos a dar a luz las preguntas por la memoria mientras dabas a luz tu propio futuro. Emma, como la memoria, es experiencia y expectativa para proyectar otros mundos posibles. Gracias por apostarle a la utopía de nuevas generaciones después de la guerra.

A los firmantes de paz: Alejandro, Francelly, Harrison y Marcos infinitas gracias por compartir con nosotros sus vidas y por dejarnos penetrar hasta la intimidad de sus hogares. Atesoramos cada palabra y cada gesto de sus narraciones como un obsequio venido desde la lucha resignificada que abanderan por un país mejor y con oportunidades. Gracias a estos firmantes por obsequiarle al país el mayor gesto de paz desde la convicción política de una lucha sin sangre. Gracias a los firmantes de paz por mostrarnos sus manos desarmadas y señalarnos en las líneas de cada palma la memoria de los pasos dados como apuesta de un ideal de país.

A nuestras familias, gracias por acompañarnos en cuerpo y espíritu cada vez que parecíamos perdernos en el bosque laberíntico de lo que padeció la humanidad en el conflicto armado. A Clemencia Vélez y a Francisco Posada, mis padres, gracias por alimentar la idea de un futuro mejor cuando más lo necesitamos. A Hannie, mi hija, mi eterno aliento: gracias por comprenderme y esperarme en las ausencias; por ser mi refugio y acogerme en tus abrazos.

A mi compañera Mariana Palacio, un agradecimiento enorme desde mi admiración por ser una mujer tan aguerrida e insistente con sus sueños. Gracias por tu entereza para afrontar

cada vicisitud derivada de este sendero y por siempre tener un abrazo con palabras de aliento ante los abismos que emulaban ensancharse.

A mi compañero y *cómplice* Daniel, gracias por desvelar con tus palabras sensibles la imagen de otros mundos posibles. Un *baquiano* de la escritura que aguardó con paciencia mis ritmos y mis tiempos. Celebro y agradezco que caminásemos juntos los bordes, los abismos, las profundidades, y permaneciésemos bajo el umbral de la comprensión y la gratitud. Gracias por *no soltarnos*.

Agradecemos, también, a la maestra Claudia Arcila por compartirnos sus memorias y enseñarnos que cada acontecimiento de la vida trae consigo un mensaje cifrado en su propio alfabeto.

A toda esta *gente necesaria* no nos queda más qué decirle, sino gracias por alentarnos a no abandonar el presente de nuestras vidas académicas y personales, y por impulsarnos a crecer siempre para el futuro que espera.

Resumen

Esta investigación se centra en las gramáticas de la memoria de firmantes de paz en procesos de reincorporación. Desde un enfoque metodológico, que tuvo como faro la conversación hermenéutica, nos acercamos a las memorias de cuatro firmantes del Acuerdo de Paz entre gobierno y FARC-EP, con el objetivo de interpretar las gramáticas de la memoria que subyacen en sus narrativas. Teniendo como base que distintos puntos de vista implican distintas formas de narrar, entendemos las gramáticas como los diversos órdenes, simbologías y énfasis a los que apelan las memorias; un escenario de signos y símbolos que interpretamos en las dimensiones ética, política y formativa. La dimensión ética sobresale en las memorias al momento de narrar las experiencias de diálogo con víctimas, pues esta se manifiesta como la forma de responder a las demandas sociales e individuales de los tocados por el conflicto. La dimensión política, por su parte, resalta en las interpelaciones hacia el poder estatal que buscaron tensionar los relatos dominantes de la historia del conflicto; asimismo, el tinte político de la memoria se manifiesta en los ideales y revaloraciones de la guerra, la paz y las causas, los métodos y los fines que se consideran desde los imperativos de las épocas evocadas. Por último, la dimensión formativa emerge como el reconocimiento de las transformaciones en la subjetividad que deja la interlocución con otras memorias en los procesos de conflicto, transición y reparación.

Palabras Clave: Gramáticas de la memoria, Dimensión ética, Dimensión política, Dimensión Formativa, Firmantes de Paz, Conflicto Armado

Abstract

This research is centered on the memoir grammars of peace-signers in reintegration processes. From a methodological approach, which had as its focus the hermeneutic conversation, we approached the memoirs of four signatories of the peace agreement between the government and farc-ep, with the aim of interpreting the memoirs grammars underlying their narratives. based on the fact that different points of view imply different ways of narrating, we understand grammars as the various orders, symbologies and emphasis to which memoirs appeal; a scenario of signs and symbols that we interpret in the ethical dimensions, policies and training. the ethical dimension is bolded in the collections when narrating experiences of dialogue with victims, as this is displayed as a way to respond to the social and individual demands of those affected by the conflict. The political dimension, for instance, is highlighted in the calls to state power that sought to tension the dominant narratives of the history of the conflict; likewise, the political hue of A memoir is manifested in the ideals and feedback of war, peace and the causes, methods and targets that are considered from the imperatives of the times evoked. finally, the training dimension emerges as a recognition of the subjective transformations that interact with other memoirs left in the processes of conflict, transition and reparation.

Keywords: Memoir Grammars, Ethical Dimension, Political Dimension, Formative Dimension, Peace Signatories, Armed Conflict

La Memoria de las Palabras

Donde las cicatrices de la guerra aún se asoman entre las sombras del pasado, yergue la necesidad de comprender las gramáticas de la memoria de los firmantes paz. Esta investigación hermenéutica, en la que recogemos fragmentos de humanidad para construir un puente hacia el entendimiento mutuo, busca distinguir con el tacto y la palabra ese palpito de una memoria, quizá clandestina, en constante construcción. En este acto interpretativo resuenan las voces de George Gadamer y Paul Ricoeur, quienes nos recuerdan que la memoria como la conversación tienen su propia voluntad y son formas de justicia. De ahí que sea a través de la conversación hermenéutica, que se logre penetrar en la esencia y los significados de los relatos de los firmantes de paz. Esta metodología invita a un acercamiento íntimo con los relatos de los firmantes, como si se tratara de una danza silenciosa entre investigadores y sujetos. Este diálogo no busca imponer una verdad única, sino abrir un espacio donde las múltiples verdades puedan florecer. Cada historia, cada testimonio, es un fragmento de una composición más grande, una pieza esencial en la comprensión de un proceso de paz que va más allá de la firma de un documento. En este sentido, la conversación hermenéutica no solo interpreta, sino que también resignifica la voz de aquellos que son, a menudo, silenciados por la historia oficial.

Es en la penumbra de los recuerdos donde la experiencia del pasado se entrelaza con el presente y la expectativa de futuro para darle paso a las gramáticas de la memoria como otras escrituras que necesitan ser leídas. Por eso, este estudio hermenéutico se convierte en un viaje narrativo a través de los relatos de los firmantes del Acuerdo de Paz, donde cada palabra es una brújula que guía hacia la comprensión de lo que significa haber habitado el mundo de la guerra y ahora construir la paz. Así, la conversación hermenéutica se transforma en un puente entre el ayer y el mañana, un lazo que une el dolor con la esperanza y la pérdida con la redención, una encrucijada entre el tiempo y la memoria que teje una trama donde las voces de los firmantes resuenan como una gramática viva que se escribe y reescribe en cada acto de recordar. Esta investigación, pues, es un homenaje a la memoria como acto de creación, a la resiliencia y al poder transformador de la *palabra como camino*, un guiño a la capacidad humana de construir paz a partir de los fragmentos de su *memoria*.

La Palabra como Camino: Gramáticas de la Memoria de Firmantes de Paz

La guerra que vendrá
no es la primera.
Hubo otras guerras.
Al final de la última
hubo vencedores y vencidos.
Entre los vencidos,
el pueblo llano pasaba hambre.
Entre los vencedores
el pueblo llano la pasaba también.
(Bertolt Brecht)

Fase I. Las Memorias de las Orillas: ¿Conflicto Armado Interno o Terrorismo de Guerrillas?

A ocho años de la firma de los Acuerdos de Paz entre el gobierno colombiano y las extintas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), las condiciones políticas, económicas y sociales que permitan su completa implementación aún no están del todo puestas sobre la mesa. Pese a ello, los firmantes de paz están comprometidos con su participación en escenarios de diálogo, búsqueda, verdad, y en acciones de reparación comunitaria; aun cuando la seguridad para reincorporarse a la vida civil y contribuir “al fortalecimiento del tejido social en los territorios, a la convivencia y la reconciliación entre quienes los habitan” (Acuerdos de Paz, 2016, p. 68) se ven afectadas por la falta de garantías para llevarlo a cabo.¹

Los Acuerdos yerguen, sobre todo, como un compromiso político, económico y social para el país entero. Este documento se firmó por primera vez el 26 de septiembre de 2016 y se

¹ Tal lo confirma la primera visita del presidente Gustavo Petro a Mesetas (Meta), finalizando marzo de 2023, donde el jefe de Estado se reunió con los firmantes de paz, quienes esperan garantías para sus vidas y el compromiso del gobierno después de múltiples amenazas a los campamentos humanitarios; esta vez por parte de las disidencias del ‘Estado Mayor Central’. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/petro-en-mesetas-presidente-hablo-de-los-firmantes-de-la-paz-amenazados-754881>

refrendó en la votación del plebiscito el 2 de octubre del mismo año. En dicho evento de participación nacional, se impuso el NO (50.21 %) sobre al SÍ (49.78 %). Más adelante, el 24 de noviembre de 2016 en la ciudad de Bogotá, se firmó el Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera.²

Consecuentes con lo pactado en La Habana, algunos firmantes de paz vistan las comunidades tocadas por sus acciones militares (Quintero, 2018; Corredor, 2022) y cumplen su compromiso de acercarse a los territorios para reconocer su responsabilidad, aportar al esclarecimiento y búsqueda de personas dadas por desaparecidas en el marco del conflicto armado, y participar en actividades de reparación material y simbólica a las víctimas (ABC, 2016).

Convocados por el anhelo de reconciliarnos entre hijos de un pueblo que sufrió pérdidas de un lado o de otro en una guerra que se recicla, que margina la dignidad humana en la celebración de la muerte como indicador de logro en batalla, nos sumamos a ese compromiso de paz impulsados por una iniciativa que busca aportar a la reconstrucción del tejido social en los territorios. Es por eso que, con los ojos puestos en el horizonte de la reconciliación, en 2021 decidimos visitar Nariño, un municipio de la subregión Páramo, Sur oriente de Antioquia, que sobrevivió a los embates de la violencia desmedida producto de dos tomas guerrilleras por parte de las Farc en 1996 y 1999. Allí, al reconocer la importancia de agenciar iniciativas que nos permitan resignificar los sentidos del pasado, construimos *Cart(a)grafías de la memoria: hacia un diálogo intergeneracional sobre el conflicto armado*,³ con el objetivo de reconocer y comprender de qué manera se dan los procesos de transmisión de memoria sobre el conflicto armado entre las generaciones adultas y las más jóvenes. Esta idea la cultivamos de la mano de 17 jóvenes entre los 14 y 18 años, estudiantes de la Institución Educativa Inmaculada Concepción, un escenario⁴ que posibilitó tejer el puente para la conversación inicial mediada por

² Documento original <https://www.jep.gov.co/Normativa/Paginas/Acuerdo-Final.aspx>

³ El proyecto *Cart(a)grafías de la memoria: hacia un diálogo intergeneracional sobre el conflicto armado*, Código: 2021-45910, está registrado en el SIIU y fue financiado por la Fundación Universidad de Antioquia y la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, según acta CODI número 840 del 25 de noviembre de 2021. de la Vicerrectoría de Investigaciones. CRP 2000874845. Participan: Diela Bibiana Betancur Valencia, Mariana Palacio Chavarro y Daniel Posada Vélez. Este libro, además de las correspondencias epistolares entre jóvenes y firmantes, expone 12 pinturas, incluidas la portada y la contraportada, que retratan cada historia plasmada en las cartas. Creaciones del maestro Carlos Antonio Aguilar Cardozo.

⁴ *Círculos de memoria y verdad: diálogos entre jóvenes de Nariño y firmantes de paz* se llevó a cabo en la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia, el 6 de agosto de 2022. Contó con la participación

un intercambio epistolar, entre los jóvenes hijos del conflicto y algunos firmantes de paz que tuvieron incidencia en su municipio. Esta experiencia nos llevó a comprender que la *Historia nacional* no siempre se nutre de la pluralidad de las voces de sus protagonistas, actores o ciudadanos.

A lo largo del tiempo, posicionarse al margen de la ley o de los sistemas de gobierno dominantes les significa a quienes emprenden revoluciones estar también al margen de las narrativas de la historia (las hegemónicas) y de la construcción de la verdad sobre el conflicto armado; una verdad que debe obrar como un contrapunteo de relatos, aunque no siempre calcen a las expectativas de quienes las leen o las demandan. Nace entonces una inquietud con otras densidades y profundidades, una inquietud que nos ubica en la otra orilla: la de los alzados en armas.

Se trata de conocer la voz de esta orilla y entender por qué, en su momento, las filas de combatientes Farc se engrosaron con tantas almas decididas a empuñar los fusiles y atravesar las geografías más difíciles del país, aún a costa de ser el blanco de tiro de quienes deseaban cazarlos como si de animales silvestres se tratara. A esto se suma la inquietud por la reincorporación, por la decisión de transitar hacia la vida civil y cobijarse bajo los Acuerdos que, en nuestra escena nacional, son vistos como la manzana de la discordia.

1. Negociar la Paz: un Conflicto de Corrientes y Orillas

Levanto ante el pueblo de Colombia una alta y blanca bandera de paz: la levanto ante los oprimidos, la levanto ante los perseguidos, la levanto ante los alzados en armas, ante mis compatriotas de todos los partidos y de los sin partido. No quiero que se derrame una sola gota más de sangre colombiana. Ni una gota más de sangre hermana.

¡Ni una sola gota más! (Betancur, 1982)

Las Farc, conformadas en 1964 a la cabeza de Pedro Antonio Marín, ‘Manuel Marulanda Vélez’ o ‘Tirofijo’, fueron consideradas unas de las organizaciones alzadas en armas más antiguas de América Latina. La historia reciente la retrata como un actor protagonista del conflicto

de 17 jóvenes, 14 firmantes de paz, Hugo Buitrago (director de la Unidad de Paz, Universidad de Antioquia), representantes de la ONU, personal psicosocial, funcionarios administrativos, profesores y estudiantes de este claustro universitario y dos exfuncionarios de la Alcaldía de Nariño (1998-2000).

armado colombiano durante los últimos 60 años. Como grupo son señalados responsables de secuestros, asesinatos, masacres, tomas, atentados, destierros, desapariciones forzadas, extorsiones, entre muchas otras vejaciones a los derechos humanos.

Los primeros acercamientos a una negociación de paz con las Farc se llevaron a cabo durante el gobierno presidencial de Belisario Betancur⁵ (1982-1986), quien reconoció “a las organizaciones insurgentes como actores políticos [e] hizo una importante convocatoria nacional por la paz, logró negociaciones y acuerdos por primera vez en la historia reciente, dirigido al cese de las hostilidades y la solución de la guerra” (Forero, 2018). Luego, con la llegada de Andrés Pastrana al poder, en 1998, se retomaron los diálogos con el grupo guerrillero. En este período se dieron negociaciones sobre un cese al fuego, sin embargo, las difíciles conversaciones que duraron entre dos y tres años se vieron interrumpidas tras el secuestro del avión comercial en el que viajaba el senador Jorge Eduardo Gechem Turbay (El País, 2002). Esta acción atribuida a las Farc se catalogó como la primera *acción terrorista* de esta organización, lo que generó una mayor tensión en las negociaciones; tensión a la que, más adelante, se sumó la orden de intensificar la ofensiva militar contra estos alzados en armas, dada por Álvaro Uribe Vélez que llegaba por primera vez a la presidencia de la República.⁶

Paralelo al primer periodo presidencial de Uribe Vélez, la Comisión Nacional de Recuperación y Reconciliación, creada por la Ley 975 para orientar los procesos de reparación a las víctimas, delegó al Grupo de Memoria Histórica (GMH) elaborar una narrativa del conflicto

⁵ “El primer paso del presidente Betancur para avanzar en una eventual negociación con las guerrillas fue proponer una amnistía, aprobada por el Congreso en noviembre de 1982. Para adelantar el diálogo con las organizaciones guerrilleras, Betancur creó una Comisión de Paz en octubre de 1982 y posteriormente una Comisión de Negociación y Diálogo (17 de julio de 1984), así como una Comisión de Verificación (29 de mayo de 1984). Todas ellas constituidas por nutridos y variados grupos de personas de todos los partidos, periodistas, líderes sociales, sacerdotes, etc.”. (Relatoría de la Comisión de la Verdad). Tomado de <https://www.bibliotecapiloto.gov.co/belisario-betancur-cuartas-100-anos-de-su-natalicio/>

⁶ Según María Emma Wills (2022), Álvaro Uribe Vélez puso en tela de juicio la forma de nombrar el conflicto armado interno y le dio un tratamiento radical que, unido a la frustración del pueblo por las estériles negociaciones de paz entre el gobierno Pastrana y las Farc, favoreció su candidatura presidencial. Las voces del Poder Ejecutivo de su mandato enunciaban el conflicto armado como una confrontación terrorista emprendida por las guerrillas contra el Estado y la sociedad, pues este gobierno de turno “leía la situación colombiana como la expresión de un terrorismo agenciado por las guerrillas, que exigía la imposición de una derrota militar contundente” (Wills, 2022, p. 63). Las Farc fueron tratados como grupos terroristas a los que había que cerrarles cualquier posibilidad de obtener el estatus político que legitimara una negociación: eran el enemigo que había que eliminar. En su lugar, el gobierno Uribe inició conversaciones con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), quienes tuvieron lugar de poner en los micrófonos del Congreso su propia versión del pasado. Pero no solo existían estas memorias en búsqueda de audiencia, fueron apareciendo —lejos del centro oficial— una pluralidad de memorias en los escenarios comunitarios. Estas voces comenzaban a diversificar expresiones, lenguajes y actores, y hacían del suelo monolítico de la memoria en Colombia un campo más heterogéneo, rico y simbólico.

armado. El GMH ganó aliados en las comunidades y organizaciones de víctimas que nutrieron, a través de sus memorias, las indignaciones y reclamos frente al conflicto armado. Fue así que

A finales del Gobierno de Uribe teníamos un escenario escindido de la siguiente manera: por un lado, el Ejecutivo y el equipo de gobierno articulado alrededor de una política de seguridad democrática que desconocía la existencia de un conflicto armado y buscaba derrotar militarmente a las guerrillas tildadas de terroristas [...] y por el otro en las grietas de esta política unas entidades de Justicia transicional, una de las cuales abiertamente se alineaba con las víctimas y sus organizaciones. (Wills, 2022, p. 62)

Durante los dos períodos presidenciales de Juan Manuel Santos (2010-2014 y 2014-2018) las conversaciones entre el gobierno y las Farc en La Habana (Cuba) y en Oslo (Noruega), condujeron a la firma de los Acuerdos de Paz. En este gobierno la comprensión que se tenía del conflicto armado era distinta a la del gobierno antecesor. Desde 2010 los aires de negociaciones sobre paz circulaban en el país y como dice Wills (2022): “negociar implicaba reconocer en las FARC- EP a un actor con una agenda política alrededor de la cual se podía entablar un proceso de transacciones y negociaciones” (p.62); negociaciones que desde luego exigieron arduas y extensas conversaciones, acuerdos, disensos y reconocimientos.

Para el 2011, “las batallas de la memoria giraban alrededor de la espinosa cuestión de quiénes podrían considerarse legalmente víctimas y por extensión quienes cabrían en la categoría de perpetradores” (Wills, 2022, p. 64); pero, la Ley 1448 de 2011 definió las claridades sobre las víctimas y perpetradores y pudo nombrar como *conflicto armado interno* lo que venía ocurriendo en el país.⁷ Fue entonces cuando el gobierno Santos vio a las guerrillas de modo distinto. A la par que reconoció en ellas la responsabilidad que tenían en los daños a la población civil, asumió que, como antiguos actores armados, los ahora firmantes de paz “no se podía[n] autorepresentar en un relato sobre el pasado exclusivamente como víctima[s] que libraba[n] una lucha heroica frente a un estado opresor” (Wills, 2022, p. 68).

⁷ Pese a este hecho que significa un paso adelante en la construcción de paz, el conflicto armado interno de Colombia viene reconfigurándose toda vez que toma mayor fuerza otros actores armados cuyas acciones van en detrimento de la sociedad civil. Por mencionar algunos, el Clan del Golfo y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Esto sin dejar de lado que siguen en la escena del conflicto las llamadas disidencias de las Farc.

1.1. La Memoria, un Campo de Disputas

Elizabeth Jelin afirma que “el espacio de la memoria es [...] un espacio de lucha política” (2002, p. 6) en el que, más que combatirse el olvido o el silencio, se da una disputa entre memorias rivales, cuyas versiones cuentan sus propios olvidos y silencios. Como ejemplo de ello, resalta en la literatura el Aquiles de Homero, un guerrero que no solo combatía para ganar la guerra contra Troya, sino también para ser recordado por sus hazañas y permanecer en la *memoria* de las generaciones venideras como un gran héroe. Ciertamente es que asegurarse el lugar privilegiado del héroe en las memorias del futuro puede significar una victoria sustancial, del mismo modo que no participar de la historia, o figurar desde un ángulo desfavorable, pueda significar una aplastante derrota. Por eso, las distancias y las diferencias en que diversos actores de nuestra sociedad asumieron la historia del conflicto con las guerrillas, en especial con las Farc, desencadenaron una polarización o *escisión maestra* (Wills, 2022) en las maneras de posicionarse frente al pasado; pues, durante este período, diversas propuestas relacionadas con la memoria se agruparon, algunas en referencia a la narrativa que identifica el pasado como un conflicto armado, mientras que otras se centraron en la perspectiva que lo nombró como parte de ataques terroristas contra el Estado (Wills, 2022).

Si bien existen historias del pasado o de algunos períodos históricos que gozan de mayor consenso y aceptación en la sociedad, siempre habrá otras memorias e historias distintas a la narrativa dominante en el marco de un conflicto; por eso, “es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad” (Jelin, 2002, p. 6). Se advierte sobre la lucha simbólica que se libra tras el telón de las guerras y conflictos. En esta, la confrontación mnemónica y narrativa pareciera un continuo de las confrontaciones armadas que dejan en escena distintas versiones de los hechos, que luchan por dejar su sello en la *Historia* y por excluir a su oponente de participar en los sentidos del pasado (Sánchez Meertens, 2017). Cabe mencionar al gobierno de Iván Duque (2018-2022) como uno de los principales detractores de los Acuerdos de Paz, quien, además, propició que el Poder Ejecutivo hiciera movimientos dobles en las disputas que ya venían dándose en el campo de la memoria.

María Emma Wills (2022) sugiere una periodización de tres momentos⁸ para pensar las disputas de la memoria en el país. Estos momentos obraron según las agencias políticas de los distintos regímenes presidenciales y según la perspectiva sostenida para abordar el conflicto armado y la memoria que se escribiría de él. El gobierno de Iván Duque representa el tercer momento: se da un *pulso entre contramemorias y memorias democratizantes* que significó para el país un regreso al uribismo que desconocía el conflicto armado y lo nombraba un ataque terrorista de guerrillas hacia el Estado.

Desde esta perspectiva, el gobierno Duque intervino en la escena de la memoria, buscó modificar los relatos del pasado que venían construyéndose. El nombramiento de Darío Acevedo como director del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) resultó más que agravante para estos procesos, pues el nuevo director se mostraba como negacionista de que existiera algo semejante al conflicto armado dentro de la historia nacional. Muy al estilo del ‘Gran Hermano’, Darío Acevedo procuró sesgar las memorias del pasado; memorias que las víctimas relataron en el CNMH como muestra de los vejámenes enmarcados en un complejo conflicto armado. Sin embargo, en este período de *contramemorias* que salían al frente para modificar e interpelar memorias anteriores de otros actores sociales, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y la Comisión de la Verdad se posicionaron como escenarios centrales de escucha y participación de los testimonios que le aportan al esclarecimiento de los hechos del conflicto armado. Estos escenarios pusieron en un campo de disputa las memorias subterráneas que surgieron de las culturas minoritarias y que se habían opuesto a la narrativa imperante de la memoria oficial.⁹

⁸ El primer momento se instala entre 2005-2010, años en que Álvaro Uribe ya era presidente. Wills nombra este momento *como Simultaneidad de memorias fuertes y la explosión de la pluralidad*. Este gobierno favoreció que las voces del paramilitarismo tuvieran lugar para rendir su versión de la historia, donde justificaron su accionar armado con el argumento de la defensa y salvación del enemigo que para ellos representó las Farc. Entonces, a la par que estas voces y memorias tejían una narrativa de héroes y villanos emergían en los territorios las versiones de víctimas que hacían énfasis en movilizar sus memorias y dignificar a sus víctimas desde distintos lenguajes y expresiones (tejidos, rituales, canciones, etc.). El segundo momento entre 2011-2018, lo nombra *La cristalización de una escisión maestra*, puesto que mientras en La Habana se discutían los puntos de la negociación de paz con las Farc, en el país se venía dando una polarización entre sectores, en especial la que mostraban las elites políticas y sociales respecto a algunos puntos tratados como el de la reforma agraria y la posibilidad de que excombatientes ocuparan curules en el Congreso. Fue en 2016, que el plebiscito sobre los Acuerdos y sus resultados dejaron la imagen de un país dividido. Para Wills, de 2011 a 2018, las acentuadas formas de leer el pasado y el futuro fueron tan irreconciliables que terminaron como fronteras diluidas y luego cristalizadas en una *escisión maestra*. Según la autora, esta *escisión* se manifestó en los resultados de la elección presidencial de 2018: Iván Duque Márquez.

⁹ De los planteamientos de Michael Pollak (2006) se infiere que, si la memoria oficial pone e impone sus discursos en el centro de la sociedad, las memorias subterráneas son las voces y discursos que activan el lugar de la periferia y las comunidades que están al margen de este “centro” simbólico.

Es aquí donde la memoria del conflicto en el país comenzó a ensancharse, toda vez que en estos espacios comenzaron a tener lugar las voces de excombatientes de las Farc que avanzaban en el reconocimiento de responsabilidades y afectaciones a la población civil en el marco del conflicto armado interno, o sea, asumiendo una voluntad política y social para reparar los daños que causaron mientras se alzaron en armas. Por eso, para pensar y construir los procesos de paz y memoria en Colombia, es importante dirigir la mirada hacia algunos firmantes de los Acuerdos de Paz y reconocerlos como sujetos portadores de la experiencia en la guerra y, más aún, como emisores de paz y reconciliación con la sociedad al ser poseedores, además, de la experiencia de reincorporación a la vida civil. En ese sentido, los firmantes de paz deben ser considerados *sujetos históricos y de historia*, capaces de contar no solo los avatares de la guerra sino también las dificultades o fortalezas de transitar hacia la vida de ciudadanos comunes; ciudadanos de a pie en un país que, al tiempo que sortea las tensiones sociales (emergentes y de vieja data), construye memoria sobre sus propios conflictos, aunque sus dinámicas dificulten la tarea de superar las visiones del otro como enemigo.

Las representaciones demarcadas por la confrontación armada son un hecho que nos insta a interrogarnos por la memoria sobre el conflicto armado desde sus antiguos actores, y a preguntarnos, también, por el lugar que ocupan los firmantes de paz en la construcción de memorias, no solo de su historia particular de vida, sino, de la memoria nacional. Aquí las inquietudes por la memoria emergen porque los conflictos armados implican un grado de exclusión que puede variar entre lo político, lo económico, lo religioso, lo racial o lo étnico, según sea la naturaleza de su origen. Muy de la mano del planteamiento de Sánchez Meertens (2017), quien sostiene que en todo conflicto se da una *exclusión semántica* que busca despojar a las partes de su participación en los sentidos del pasado nacional, ya que, “en el terrorismo, las guerras civiles, las dictaduras, los genocidios, en todo se busca despojar al oponente, al enemigo, al otro, de su capacidad de dar y transformar los significados de su historia, de *la Historia*” (p. 3).

Esta dinámica deja como saldo simbólico, si se quiere, una negación a las comunidades cuando se vetan como agentes de la historia. Y, aunque el conflicto armado colombiano no es la excepción, las voces de las víctimas cuentan con oídos más prestos a su pluralidad. A través de

diferentes mecanismos e instituciones,¹⁰ las víctimas encuentran lugar para participar en multiplicidad de escenarios que promueven los mecanismos de reparación y verdad; tal como lo reseña Wills (2022):

Gracias a esta puesta en escena del dolor, las víctimas pudieron comunicar lo vivido y sobrevivido en ambientes de solemnidad. Desde su lugar de madres, padres, hermanos, hijos, y desde la textura singular de su voz, su rostro, su postura, cada víctima pudo encarar, no a un enemigo en abstracto o a un “objetivo militar”, sino un ser humano fracturado por el hecho violento. (p. 73)

Caso distinto es el que viven los excombatientes cuya responsabilidad en el conflicto les exige, desde luego, disponer su voz y su memoria en función de las audiencias y procesos de justicia que parecieran apelar a lo fáctico del pasado para esclarecer y reconocer su participación en las violaciones a los derechos humanos. En correspondencia con lo anterior, es inevitable preguntarse: ¿Cómo asumir las voces de los excombatientes en dimensiones fácticas y jurídicas como requisito para responder a la ley y a la verdad de las víctimas? ¿Qué dimensiones quedan fuera de estos registros al responder a la justicia? ¿Cuál es el lugar de los firmantes de paz en la construcción de sus propias historias y de *la* Historia?

A la luz del cese al conflicto armado con las antiguas Farc y la subsiguiente empresa de construcción de paz, considerar el lugar de los hoy firmantes de paz en la elaboración de sentidos del pasado es vital para “resignificar y pluralizar los sentidos de la nación [pues esta] se convierte en una acción incluyente y potencialmente pacificadora, que exige preguntarse cómo deben ser representadas, articuladas y confrontadas las memorias locales, regionales y nacionales” (Sánchez Meertens, 2017, p. 34).

1.2. De una Selva a Otra: Llegada de los Firmantes de Paz a Medellín

Antioquia figura a la fecha entre los departamentos con las cifras más altas de personas reincorporadas en sus territorios, pues de los 43.820 excombatientes con proceso culminado o en curso, atendidos por la ARN, los que más destacan son Meta con 1.369 excombatientes, Antioquia con 1.319 y Cauca con 1.178 (ARN, 2023, p. 3). Adicional a esto, hay que considerar

¹⁰ Ley 1448 Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, Grupo de Memoria Histórica, Centro Nacional de Memoria Histórica, Acuerdo de Paz, Comisión de la Verdad, Justicia Especial para la Paz y Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas.

que dentro de estas cifras se incluyen los 9.827 excombatientes ubicados a lo largo y ancho del país que residen fuera de sus antiguos ETCR (ARN, 2023).

En 2019 el grupo Hacemos Memoria recalcó la falta de garantías económicas y de seguridad que viven los reincorporados en sus AETCR. Son constantes los señalamientos de las autoridades y demás población civil, además de las presiones de grupos ilegales que provocan que los excombatientes se desplacen hacia otros territorios en busca de nuevas oportunidades. Al lado de Mutatá, Yondó y Frontino sobresale Medellín, capital antioqueña, como centro de llegada que insinúa un fenómeno de concentración en las urbes. Al respecto, Jesús Mario Arenas Rojas, excombatiente y líder político de partido Comunes, sostiene que

En La Habana no se tuvo en cuenta lo que nosotros hoy llamamos la reincorporación urbana. En las ciudades hay mucha gente nuestra que salió de las cárceles. Nos dimos cuenta de que muchos otros fueron militantes clandestinos. En el Chocó, prácticamente se acabó un ETCR donde había hombres del 34 frente y la gente se dispersó en gran medida en Medellín. (Hacemos Memoria, 2019, párr. 4)

Así, la Casa de Reincorporación de Belén, donde opera el mercado de mujeres, la Cooperativa de Tejedores de Paz (Cotepaz), entre otras, además de la sede central del Partido Comunes en Casa Prado, son los escenarios de encuentro de varios excombatientes de diversas regiones de Antioquia y del país, quienes buscan orientación para sus proyectos productivos y agenciar sus apuestas políticas o encausar sus mismos proyectos de vida. Estos trayectos son apreciables en la voz de Ledys Restrepo, para una nota conjunta de PNUD y la ONU:

Yo empecé mi proceso de reincorporación en el antiguo espacio de Vidrú, en los límites entre Antioquia y Chocó y luego de participar en el Mecanismo de Monitoreo de Verificación y del cierre de este espacio, me vine a Medellín. El empoderamiento de nosotras en la ciudad fue una lucha que iniciamos después de salir de la selva. (ONU, 2020, párr. 5)

Ahora bien, este panorama que presentamos nos invita al encuentro, al diálogo con ese otro que, diría Alfredo Molano (2017), caminó por la otra orilla del río. No obstante, superar las lógicas binarias víctima-victimario que deja el conflicto armado es uno de los tantos retos que emergen en la sociedad del posacuerdo, sobre todo, cuando el país vive una etapa de transición que supone un proceso continuo, y, por tanto, inacabado, de reconocimiento y esclarecimiento de la verdad como aportes a la reparación de víctimas y construcción de paz.

Las enunciaciones dadas en el marco de los procesos jurídicos, por unos cuantos medios de comunicación parcializados, varios grupos y sectores empresariales o algunas personalidades en las redes sociales, entre muchos tantos, insisten en narrar y nombrar a los otros desde dicotomías tajantes como ejecutores o ejecutados, verdugos o castigados, o en los términos que instala el conflicto: enemigos o aliados. Estas formas, si bien son necesarias para los procesos de esclarecimiento y demandas de verdad, contienen un hermetismo semántico que no da lugar desde la palabra a otras posibilidades de nombrar lo alterno en aras de una gramática menos inquisidora y más del lado de un lenguaje de reconciliación.

Estas divisiones, que también tienen raíz en las dinámicas del conflicto y de la violencia en Colombia, hacen que en materia de memoria se dé una exclusión semántica (Sánchez Meertens, 2017) que les niega los oídos a las voces de quienes en su momento pertenecieron al mundo de la guerra. En los procesos de reparación y esclarecimiento de la verdad¹¹ que se adelantan en Colombia se reconoce con mayor fuerza la posición de los excombatientes como *comparecientes* ante la justicia y la sociedad civil, más no como *sujetos portadores de experiencia* que permiten conocer y comprender las acciones que mantuvieron al país envuelto en casi seis décadas de horror. Es así como esta dinámica de nombrar al otro desde una connotación excluyente (o binaria) conlleva a rotular de manera negativa al excombatiente y llega a constreñir el rol de ciudadanos que transitan la vida civil y participan en los procesos sociales en pro de la construcción de paz, verdad y memoria en los territorios.

Con las expectativas y posibilidades de diálogo que dejan los Acuerdos de Paz para esta sociedad colombiana, es justo que broten de los suelos de la memoria múltiples verdades, sean parciales, incompletas o fragmentarias, pues, sin duda este afloramiento busca una comprensión más amplia y matizada de la naturaleza de la violencia, así como de las estructuras y razonamientos detrás del conflicto armado que se padece, para superar la simplificación en términos de buenos y malos, ya que estas visiones binarias dificultan la comprensión y la interpretación de la historia como constructo social. Por tal razón, escuchar la verdad de los excombatientes Farc como nuevos actores de paz es parte de una apertura a

Escuchar la verdad del otro, su dolor y sufrimiento, sus razones de venganza y de violencia, [que] puede contribuir significativamente a relativizar el propio sufrimiento, a

¹¹ Según la Comisión de la Verdad, se trata de explicar los más graves patrones de violencia que se dieron en el marco de la guerra.

resignificarlo, a encontrarle un sentido histórico y político y, sobre todo, a incorporar esa historia particular o familiar en contextos amplios de explicación donde se pueda identificar su lugar en las corrientes de la historia, en la complejidad de los procesos bélicos. (Uribe, 2003, como se citó en Wills, 2022, p. 42)

Hoy, la Historia y la memoria nos permiten contemplar desde una distancia cercana las guerras y violencias del pasado perpetradas en otros lugares del mundo; por ejemplo, en Auschwitz, leemos el mal que hombres y mujeres pueden hacer a sus semejantes. Y es así como, desde estos marcos, la memoria y la pregunta por la humanidad que se afirman desde el *otro* resultan parte del llamado a la no repetición, ni material ni simbólica, pues “en América Latina, el otro a eliminar se construyó como [un]otro político, caracterizado como subversivo” (Calveiro, 2006, p. 366).

Al respecto, resulta inevitable preguntarse si ¿acaso nuestro conflicto armado colombiano es susceptible de leerse como uno de los tantos escenarios concentracionarios o como uno de los tantos tropes históricos donde se deshumaniza al otro y se le vulnera sus derechos? Y más aún, ¿habrá lugar para las narraciones de ese otro y de lo otro en la memoria sobre el conflicto con las Farc?

Pueden existir reparos hacia todo intento de equiparar las voces de las víctimas con las voces de los firmantes de paz en los procesos de memoria; sin embargo, hay que considerar la dificultad de encasillar sus narraciones por la doble posición que ocupan estos actores al ser emisarios y protagonistas de una historia de guerra que no debe repetirse: por un lado, el lugar de ciudadanos reincorporados en la plena capacidad de ejercer sus derechos¹² y, por el otro, el lugar de excombatientes responsables que deben reconocer la violación de derechos humanos a causa de su participación en el conflicto armado.

Esto conduce a pensar que hoy víctimas y firmantes de paz ocupan el lugar de ciudadanos portadores de experiencias distintas frente al pasado, que si bien pueden contrapuntear entre sí son necesarias en la escena de la memoria para nutrir las comprensiones sobre el conflicto armado y para generar lenguajes, textos y lecturas en pro de la reconciliación y la no repetición. Es decir, a través de la experiencia particular se puede observar un mundo amplio, pero también enseñar algo a ese mundo amplio, o por lo menos ofrecerle un punto de vista transformado que

¹² El numeral 3.2 de los Acuerdos de Paz (2016) resalta “el reconocimiento de la libertad individual y del libre ejercicio de los derechos individuales de cada uno” (p. 69) de los firmantes de paz en reincorporación.

pueda servir como motivo de reflexión sobre los acontecimientos históricos. Porque, así como “la experiencia humana se esfuerza por elevarse de lo particular a lo general” (Bertaux, 1999, p. 18), la memoria tendrá que movilizarse para marcar y desmontar los sucesos históricos de los troncos de lo particular para extenderlos hacia la universalidad que permita la reflexión humana.

Hay que tener en cuenta que la experiencia de la guerra y la transición a la vida civil comportan un saber asimilable a nivel particular (de cada uno de los excombatientes); empero, extensible a la sociedad a través de las lecturas que los actores implicados y demás ciudadanías puedan hacer sobre las mismas narraciones.

Algo semejante se pudo percibir en el panorama político y social a inicios del 2023. Ante las tensiones y desacuerdos que surgen entre el ELN y el gobierno colombiano por los infructuosos acercamientos hacia un cese bilateral del fuego que allane el terreno para una futura negociación de paz con este grupo, Rodrigo Londoño, presidente del Partido Comunes y antiguo jefe de las extintas Farc, en una carta pública dirigida a Antonio García, comandante del ELN, expresó su apertura para servirle a un eventual proceso de diálogo y negociación, posición que ratificó más tarde desde sus redes sociales:

Pongo a disposición del gobierno colombiano, el ELN y demás organizaciones armadas la experiencia colectiva que permitió alcanzar la firma del Acuerdo Final de Paz. Es una experiencia que guardamos los firmantes de paz. Un patrimonio que le pertenece a la nación y a la humanidad. (Londoño, 2023, s.p.)

Esta situación resalta el valor de la experiencia de los excombatientes como actores que atraviesan un proceso de transición y tratado de paz; una experiencia del pasado que puede ser reconocida en el abordaje de las actuales coyunturas y en las proyecciones de realidades distintas a las del conflicto armado.

1.3. La Cuestión por los Órdenes de la Memoria

La experiencia de la guerra y la reincorporación codificadas en una gramática movilizan la elaboración de significados que se deben complementar con la mirada de los otros que, al leer, descubran (o no) aquello que les fue revelado. Un mensaje del pasado que es un obsequio de intimidad ajena y, si se quiere, un presente para el *presente* en el que soplan vientos de tránsito hacia la construcción de paz. Por esta razón, nuestro trabajo invita a escuchar, integrar y preservar las experiencias y narrativas de los firmantes de paz en el proceso de construcción de la

memoria histórica nacional sobre el conflicto armado, que considera su doble rol como ciudadanos reincorporados y excombatientes responsables.

Existe un interés genuino por las formas de nombrar, reconocer, interpretar y comprender la humanidad que permea estos mundos de guerra y paz, y que reconfiguran las experiencias que le aportan a una sociedad en devenir. De esta manera, nuestra investigación, centra la relación entre la gramática como conjunto de órdenes, valores, símbolos, hábitos y ritos del lenguaje, y su influencia en la forma en que percibimos, interpretamos y nos orientamos en el mundo. Aquí también planteamos la idea de que las gramáticas pueden variar según las diferentes épocas, trayectos de vida y entornos en los que nos encontramos, así como pueden variar en función de las múltiples versiones y estadios de los mundos evocados que oscilan entre las memorias de lo que fue y lo que será.

Con el objetivo de aportar a la construcción de la memoria como narrativa plural para la paz y la reconciliación, se busca desentrañar sus múltiples capas de significado al preguntamos por: **¿Cuáles son los sentidos de las *gramáticas de la memoria* que articulan las narrativas de firmantes de paz en procesos de reincorporación?**

1.4. Peldaños para una Interpretación de las Gramáticas de la Memoria

Estos interrogantes demarcan objetivos donde la narración, la comprensión y la interpretación se entienden como la piedra angular de nuestro camino investigativo. De manera que, precisamos *Interpretar las gramáticas de la memoria que subyacen en las narrativas de firmantes de paz que participan en procesos de reincorporación.*

Para conseguirlo, trazamos tres objetivos específicos en el siguiente orden:

1. Identificar los énfasis y acontecimientos que emergen en los relatos de firmantes de paz.
2. Construir las narrativas de los firmantes de paz a partir de los acontecimientos que enmarcan sus memorias.
3. Comprender en las narrativas de firmantes de paz las dimensiones ética, política y formativa de las gramáticas de sus memorias.

2. Sobre lo Hecho y Otros Haceres Posibles

Presentamos los antecedentes como una antología del devenir histórico de nuestro país, sujeto a un pasado de conflicto armado que hoy transita entre fecundos procesos de reincorporación de cara a una posible reconciliación social. Por eso, a través de un detallado análisis de fuentes académicas, publicaciones y literatura relevante, citamos las principales tendencias, enfoques teóricos y metodológicos —también vacíos— relacionados con nuestro objeto de estudio, que procura una visión panorámica que destaque la relevancia, la necesidad y el valor agregado de la presente investigación, con la intención de proporcionar una base sólida para su desarrollo y para la generación de nuevos aportes al conocimiento de nuestra comunidad discursiva.

La búsqueda bibliográfica nos permitió identificar los trayectos sobre los cuales construimos nuestra propuesta de investigación, dicha labor la realizamos en el repositorio institucional de la Universidad de Antioquia y en las bases de datos Dialnet, Redalyc, Scopus, Scielo y DOAJ. Estos sistemas de información, además de resguardar las investigaciones y profundizaciones sobre los campos de estudio que nos competen: la memoria, los firmantes de paz y el conflicto armado —como triada de investigación—, categorizan la información y dan fe de su calidad; aspectos que nos favorecieron el rastreo de los trabajos a considerar.

Del corpus literario abordado: 1 tesis de grado (doctorado), 1 capítulo de libro, 6 trabajos de grado (maestría), 1 monografía (pregrado) y 6 artículos indexados; focalizamos los trabajos que tienen como centro: 1) la memoria como escenario de la construcción social, distinta al proceso cognitivo o tecnológico; 2) el conflicto armado colombiano; 3) la experiencia del firmante de paz como actor armado y en su tránsito de reincorporación a la vida civil.

2.1. La Narración de Excombatientes y la Construcción de Memoria

En materia de memoria sobre el conflicto armado en Colombia son diversos los matices encontrados en diferentes investigaciones. Hay una tendencia de investigaciones que coinciden en la historia de vida, la historia oral y el testimonio como abordajes de las voces de los excombatientes de las FARC-EP. En varias de estas apuestas de trabajo las formas narrativas sirven de soporte para diálogos de los excombatientes con la ciudadanía.

Trabajos de investigación como los de Ortiz (2021), Duque et al. (2022) y Rodríguez (2020) ven en las memorias de excombatientes Farc no solo la voz de la alteridad en la historia

del país, sino las muestras de un saber en relación con la experiencia del conflicto armado. El mayor encuentro entre estas pesquisas, además de la memoria narrada por los excombatientes, son los contextos y significados tras los discursos y silencios identificados en sus relatos. La pregunta por el lugar de las narraciones de los excombatientes en los escenarios sociales y, de paso, la reflexión sobre sus testimonios son parte de apuestas pedagógicas del testimonio, donde espacios de conversación los abordan como herramientas para propiciar diálogos entre excombatientes y la ciudadanía. Hay perspectivas que ven en el trabajo con firmantes de paz la posibilidad de construir y compartir sus historias de vida y sus relatos como libros o textos contados en la viva voz de quienes, dueños de una experiencia histórica, fungen como narradores.

El concepto de *narrativa del vacío* planteado por autores como Gatti (2009), para las representaciones sobre víctimas de desaparición forzosa en Argentina, es usado de manera análoga sobre las narraciones de excombatientes de las Farc para entender la categoría de sus testimonios (Ortiz, 2021). Así es que la mirada que se tiene sobre estos testimonios los define como narrativas que pertenecen a un mundo aparte y restringido y que desarrollan, además, su propio lenguaje en este universo del que nacen. En otras palabras, los testimonios de los excombatientes se asumen como las narraciones de un mundo otro desde lenguajes otros.

El uso pedagógico distinguido para los testimonios es el de permitir que las voces de la alteridad entren en los escenarios escolares formales y no formales y que, así, favorezcan la comprensión del otro y de su reconocimiento en aras de la reconciliación, de ahí que la participación de esta heterogeneidad testimonial en distintos escenarios sociales aporte a la construcción democrática de la verdad. También es insistente la inquietud sobre la construcción de memoria colectiva a través de las historias de vida de excombatientes.

Los enfoques comprensivo-interpretativos y fenomenológico permiten entender lo vivido a través de lo narrado. En virtud de estos enfoques se estudian distintos momentos en las narraciones de los firmantes de paz que comprenden el antes del ingreso al grupo, su estancia en los frentes guerrilleros y la posterior experiencia de reincorporación.

Los relatos reconocidos muestran formas de interactuar y discursos colectivos desde los que, los hoy excombatientes, construyeron comunidad. No obstante, en el campo académico también se advierte que en las memorias de los excombatientes existen distintos tipos de silencios (Duque et al., 2020): por un lado, unos silencios benignos que procuran evitar el

sufrimiento por la recordación de hechos violentos; respuestas que se leen como formas de conservar unas memorias subterráneas o clandestinas y de resistir ante los “discursos oficiales” frente a sus experiencias en armas; y, por otro lado, sobresalen los silencios que obedecen a la imposición de eludir verdades incómodas que puedan significar nuevos reclamos o juicios desde otras partes de la historia del conflicto.

Es importante tener en cuenta la mirada que se tiene sobre los excombatientes Farc como sujetos productores de conocimiento, esta perspectiva da lugar a que sobresalgan, de sus historias orales, la apropiación de nociones como la de memoria biocultural traída de la etnoecología (Rodríguez, 2020).

Los saberes y prácticas en torno a la naturaleza y el espacio vivo (Toledo y Barrera, 2009) constituyen una memoria compartida a otras generaciones como producto de miles de años de interacción entre sus culturas y los ambientes naturales, razón de que autoras como Andrea Rodríguez subrayen una articulación entre memoria biocultural y memoria colectiva en la comunidad de excombatientes Farc que compartían sus saberes de campo con las nuevas generaciones sumadas a las filas de la guerrilla.

A propósito de la relación con la etnoecología, la definición de memoria biocultural de Toledo y Barrera (2009) que se explica en el seno de las comunidades indígenas que habitan ecosistemas diversos y poco alterados, se amplía en Rodríguez (2020) para considerar las memorias y los saberes de otros grupos humanos que habitan distintos espacios en transformación como los escenarios semiurbanos y ecosistémicos, recorridos por los excombatientes Farc durante más de tres décadas de conflicto armado.

Desde el punto de vista anterior hay que tener en cuenta que “la vida guerrillera convirtió actividades como el caminar, el cocinar y otras prácticas de sustento como la construcción de las hornillas, las caletas, los cambuches y hasta los chontos, como aspectos propios de la memoria biocultural guerrillera fariana” (Rodríguez, 2020, p. 110). Por eso, el aporte de esta calidad de trabajos es la complejización del concepto de memoria y el relieve que se le da a la comunidad de excombatientes como sujetos portadores de saberes y prácticas que cuentan los recorridos y significados construidos en el trasegar por las geografías del país.

Otro de los ejes de investigación recurrentes y nutridos en materia de memoria son los trabajos con perspectiva de género que se acercan a las memorias de mujeres excombatientes (Gómez, 2018; Acosta et al., 2022; y Villa-Gómez, 2022). Estos trabajos muestran suma

preocupación por comprender el rol de las mujeres en el conflicto armado y exponen las memorias que cuentan las experiencias y tensiones tanto el proceso de reincorporación —y los contextos vividos— como el reconocimiento de las asimetrías de poder y las decisiones tomadas frente al ser mujer durante la militancia.

2.2. La Perspectiva de Género en Memorias Farianas

Esta línea de trabajo devela, por un lado, el cuerpo y la experiencia de la mujer excombatiente como productores de memoria; enfatiza en las memorias que narran las experiencias en torno a la anticoncepción, la sexualidad o la maternidad en la época de conflicto y, por otro lado, subrayan las subjetividades emergentes en el proceso de reincorporación. En esta perspectiva de investigación se incluyen también los trabajos que indagan en los significados que grupos de mujeres excombatientes y víctimas elaboran frente a la reconciliación y el perdón que quedan como retos en la construcción de tejido social tras el conflicto armado (Villa-Gómez et al., 2022). Este ámbito de la memoria con perspectiva de género valora la forma en que varias mujeres excombatientes vivieron el proceso de reincorporación, así como el contexto social y político que las rodeó.

Una de las observaciones hechas en este marco recalca que la construcción de memoria individual y colectiva se torna en un lugar que permite la confianza para la narración y la resignificación de los hechos traumáticos vividos en la guerra. Asimismo, las voces de las mujeres sobresalen como un aporte a la paz, un aporte que no solo ayuda a reconocer las asimetrías que viven los actores del conflicto armado, sino que también posiciona sus relatos en la escena pública y en la historia. De ahí que existan trabajos que señalen la memoria de las excombatientes como una memoria transformadora que si bien cuenta los dolores y las dificultades que trae la militancia en los grupos armados, también es capaz de contar su participación como sujetos políticos y, de paso, rescatar su tránsito a la vida civil como parte de la historia del país (Gómez, 2018).

Estas indagaciones ponen bajo la lupa los relatos de antiguos actores del conflicto armado —ahora en proceso de reincorporación a la vida civil— y se acercan al reconocimiento de un país que en la construcción de paz debe contar con nuevas subjetividades y actores políticos. En esa misma línea, se propone un enfoque multidisciplinario que articula métodos tradicionales de las ciencias sociales (entrevistas de historias de vida, observación participante) con acercamientos

pedagógicos (la pedagogía crítica y el feminismo comunitario), intervenciones con mujeres campesinas e indígenas excombatientes de distintos AETCR.

Con el ánimo de profundizar en aspectos de la memoria distintos a la memoria heroica privilegiada por asimetrías de poder y de género, la exploración de las memorias de los cuerpos de mujeres excombatientes significa considerar otra dimensión que cuenta no solo la construcción de sus perfiles como miembros Farc, sino sus apuestas productivas tras el Acuerdo de Paz y las experiencias alrededor de la maternidad, la menstruación y la anticoncepción durante la guerra. Estas experiencias son nombradas como las memorias de autonomía sexual (AS) en mujeres excombatientes (Acosta et al., 2022).

De igual modo, emergen en estas búsquedas e investigaciones las memorias de mujeres excombatientes Farc como formas de solidaridad, cuidado y resistencia, que develan las posiciones tomadas frente al derecho reproductivo tocado por las dinámicas de la guerra. Mientras algunas mujeres asumen la anticoncepción y la interrupción del embarazo como prácticas correctas para sus cuerpos en lucha, otras mujeres referencian una alineación y anulación de su derecho a la reproducción.

Una de las conclusiones a las que llegan Acosta et al. (2022) es que “las mujeres excombatientes han desarrollado memorias corporales de su vida en la guerra que se evidencian en una serie de nuevas subjetividades que han emergido durante su proceso de reincorporación” (p. 277), pues existen unas memorias corporales que obedecen a la forma en que las mujeres del antiguo grupo armado asumen sus cuerpos para crear y contar a partir de ellos. Análisis como los que enfocan las experiencias de género no solo coinciden en resaltar el cuerpo como productor de memoria, sino que visibilizan el lugar de las mujeres en la construcción de las memorias farianas en un colectivo masculinizado y de dinámicas patriarcales.

Villa-Gómez et al. (2022) se preguntaron por los significados del perdón y la reconciliación en grupos de mujeres víctimas del conflicto armado y mujeres excombatientes. Su trabajo se adentró en la interacción de ambas comunidades en distintos escenarios de conversación que abordaron las huellas dejadas por la guerra. La psicología social fue el marco epistémico para entender la dimensión psico social del conflicto y la transformación en las subjetividades hoy en interacción.

Esta investigación recogió las experiencias de ambas comunidades de mujeres en la participación de escenarios de perdón y reconciliación; el trabajo arrojó las distintas

comprensiones que cada grupo tuvo frente los distintos escenarios. Del lado de las víctimas, el significado que se le atribuyó al perdón versó sobre la paz con quienes infringieron en algún daño e incluyeron en esta idea de perdón la solicitud contundente a los excombatientes de una reparación, no solo de palabras sino también de hechos.

La concepción de reconciliación que elaboraron mujeres víctimas estuvo en estrecha relación con esta última demanda, pues “reconciliarse implica recibir reparación, verdades tangibles y restablecimiento de su dignidad. Desde un punto de vista legal y jurídico, los actores armados deben garantizar verdad y la no-repetición con compromisos colectivos e individuales” (Villa-Gómez et al., 2022, p. 626).

Del lado de los excombatientes, el perdón significa ausencia de rencor que permite avanzar hacia el contacto social con víctimas y otros actores de la sociedad. De este modo, para los excombatientes el pedir perdón está vinculado a reconocer sus actos en la guerra a condición de contextualizarlos, es decir, a condición de hacer un reconocimiento desde la explicación de sus motivaciones en la confrontación armada y las formas en que se dieron los hechos para, así, lograr la comprensión por parte de las víctimas. Cuando se habla de perdón, los excombatientes asumen la responsabilidad de participar de la lucha armada, mas no de hechos dominados por las lógicas del conflicto.

En conclusión, el perdón para los excombatientes implica “más un compromiso con las víctimas que un arrepentimiento por sus acciones” (Villa-Gómez et al., 2022, p. 628), razón que explica su apuesta decidida por el resarcimiento más que por el arrepentimiento, ya que para los excombatientes ese resarcimiento es el medio que conduce a una reconciliación social.

Ahora, los significados comunes de perdón y reconciliación que emergieron entre mujeres víctimas y excombatientes se encontraron en la importancia del diálogo para la reconciliación. Ambas comunidades coincidieron en rescatar la conversación y el encuentro como herramientas para el intercambio de experiencias y para reconocer al otro desde su voz. Siguen por la vía de la memoria en mujeres excombatientes (Castaño et al., 2020; Giraldo y López, 2023) que se concentran en la comprensión de experiencias de género durante y después de la militancia.

Por ejemplo, Giraldo y López (2023) abordaron este análisis de las experiencias de género desde epistemologías feministas y la investigación basada en artes que se abre a formas como cartografías corporales, pintura y tejido. Además, las investigadoras resaltan el valor de las

narrativas de las mujeres como formas que recuentan y resignifican sus experiencias, pero también como la posibilidad de develar estructuras y modos de relacionamiento. Este abordaje se distancia de entender las narrativas como el relato sucesivo de acontecimientos y más bien las asume como “una relación de interioridades donde el pasado está imbricado en el presente” (Giraldo y Echavarría, 2023, p. 107).

En este trabajo, por un lado, las narrativas se entreen como formas de memoria que guardan una estrecha relación con las subjetividades y las experiencias vitales del pasado y del hoy. Por otro lado, la categoría género permite comprender las relaciones de poder y las formas de opresión en contra de las mujeres. La propuesta de intervención permite comprender que “el conflicto armado afecta de manera diferenciada a mujeres y hombres, y que en este sentido la experiencia de la guerra no es neutral al género” (Giraldo y López, 2023, p. 106).

Por su parte, Castaño et al. (2020) se concentran en estudiar las experiencias de libertad e igualdad en mujeres excombatientes Farc. Al lado de las entrevistas semiestructuradas, las investigadoras implementaron las cartografías y las siluetas como técnicas interactivas para analizar la experiencia de libertad e igualdad en excombatientes durante su militancia y en su proceso de reincorporación.

Estas autoras hacen ver que la decisión de ingresar al grupo armado es una de las primeras muestras de la experiencia de libertad en mujeres excombatientes; su trabajo enfatiza, además, que las precarias condiciones económicas son un factor que incide en la vinculación de las mujeres a las Farc. Después de todo, la violencia de distintos grupos armados, los débiles vínculos familiares, las experiencias de maltrato son un cúmulo de factores que hacen que las mujeres vean en la guerrilla una forma de cambiar sus condiciones de vida.

Y, aunque la decisión de ingresar a la guerrilla se haya dado como manifestación y ejercicio de libre elección, una vez en el grupo las mujeres vivieron tensiones que contradecían su experiencia de libertad con las imposiciones del grupo. Las autoras realzan los contrastes entre la idealización que las mujeres tenían del grupo y las dinámicas jerárquicas de poder que se encuentran tras el ingreso. En otras palabras, este trabajo ofrece un contraste amplio entre la experiencia de libertad de mujeres excombatientes y las imposiciones relativas a aspectos como responsabilidades, oficios, relaciones de pareja y maternidad.

Así, los relatos de las mujeres revelan, por un lado, la sensación de libertad dadas las posibilidades de la escogencia de oficios por desempeñar; pero, por otro lado, la aceptación de tareas como parte de un orden obligatorio, pues las voces de mujeres abordadas por Castaño et al. (2020) muestran que durante la militancia se da una preminencia del bienestar común sobre el individual, llevando al ejercicio de un *maternazgo* en el que su quehacer cotidiano reafirma el cuidado de los otros desde funciones domésticas.

Concluyendo, para las investigadoras esa libertad que experimentan las mujeres excombatientes depende del contexto que guía un orden social en el que los sujetos se insertan. Este trabajo muestra que la experiencia de libertad en mujeres excombatientes es diversa, casuística y diferencial. Tanto en el grupo insurgente como en la reincorporación, las mujeres han naturalizado la obediencia a hegemonías al someterse a ordenes que limitan su poder de decisión, pero también han podido subvertir los roles sociales asumidos.

De ahí que, entre tanto, el estudio revele que en el contexto de la insurgencia las mujeres se han inclinado a regirse por principios colectivos que justifican sus decisiones, mientras que en el contexto de reincorporación han privilegiado principios individuales desde donde enuncian la conciencia de sus derechos y deberes.

2.3. Memorias desde los Territorios Tocados por el Conflicto

Sumada a las tendencias narrativas que rodean la memoria de excombatientes y los trabajos con perspectiva de género, en Urrego Tovar (2019) es notoria otra tendencia de investigación que estudia las memorias desde los territorios azotados por el conflicto armado. Pobladores y líderes sociales son algunos de los actores que encarnan lo testimonial para pronunciarse sobre las huellas del conflicto armado y los retos que deja en los actuales escenarios aún en tensión. La construcción de paz territorial participa en las discusiones que ponen sobre la mesa la pregunta por el lugar del Estado y las actuales problemáticas en los territorios heredadas por las antiguas contiendas.

En síntesis, por una parte, las tendencias de investigación reconocidas coinciden en tratar la memoria como el medio para la comprensión de otros fenómenos cercanos, tales como la experiencia y los significados de los actores en contextos de conflicto armado (o reincorporación). También, en estos trabajos tienen lugar las vocaciones puntuales de la memoria como muestras de un saber en particular que albergan los responsables del conflicto, caso como

el de la memoria biocultural que ahonda Rodríguez (2020). Sin embargo, distinguimos que la memoria *per se*, como construcción, esto es, sus modos y los matices que puede ofrecer en el discurso de los excombatientes, no es tan abordada.

Por otra parte, las tendencias de investigación identificadas en la literatura coinciden en abordar la memoria como vehículo para entender experiencias puntuales de los firmantes, las tensiones del ser mujer (Acosta et al., 2022), las experiencias de género (Giraldo-Gil y Echavarría-López, 2023), los saberes construidos durante la militancia, los modos de relacionamiento con el campo y con los otros (Rodríguez, 2020), e incluso los significados elaborados frente la libertad o el perdón como aspectos cruciales en la sociedad tras la firma de los Acuerdos de Paz. (Castaño et al. 2020; Villa-Gómez et al., 2022).

La memoria como medio para narrar y acceder al entendimiento de los propios fenómenos vividos por los firmantes, y las construcciones conceptuales que estos mismos iluminan, es muy bien estudiada, caso distinto para la memoria como forma de diálogo. En la exploración de literatura se identifica que las investigaciones se centran un poco menos en ese medio que significa la memoria para forjar encuentros o des-encuentros, pero también para tensionar o nutrir las narrativas del conflicto y sus múltiples verdades y, así mismo, para la búsqueda de la paz o la reconciliación con otros. Dicho en otras palabras, si bien la memoria es estudiada como aquella capaz de dar cuenta de la experiencia, la memoria como objeto de intercambio y diálogo con el otro no suscita el mismo interés.

¿Es posible asumir la memoria no solo como relato que se deposita en la historia, sino como una conversación? Sí, es así, ¿cuáles son las gramáticas de este intercambio?; es decir, ¿cuáles son los órdenes simbólicos que guían esa conversación desde la voz de los excombatientes y un interlocutor que también construye narración, memoria y significado?

Si bien las voces de firmantes de paz se disponen para el encuentro con un Otro virtual (con mayúscula), sean las instancias ante las que comparecen o esa macro-entidad que representa la sociedad merecedora —y a veces juez— de las versiones de la verdad, hemos identificado que la memoria lleva un trayecto más incipiente en ser estudiada y abordada desde el encuentro con los otros (con minúscula) con quienes puede construir un diálogo, y en cuyas relaciones proliferan infinidad de inquietudes.

Cierto es que la época de conflicto armado y los episodios de guerras dejan un cúmulo de experiencias en quienes militaron en fuerzas armadas y en las comunidades que padecieron sus

acciones. Por ello, a cada una de estas orillas no le queda otro recurso distinto a la memoria para tramitar o compartir sus propias vivencias. Esto por separado responde al propósito de contar lo vivido para entenderlo y resignificarlo. A nuestro juicio, este contar desde la memoria puede ensancharse si se descubre a otro u otros a quiénes testimoniarse y a quienes devolverle sus resonancias sobre lo contado; entonces ya no hablaremos de una memoria para contar, sino de una memoria inserta en el diálogo, una memoria para, y desde, la conversación.

Ahora, si bien estas indagaciones ponen bajo la lupa los relatos de antiguos actores del conflicto armado y se acercan al reconocimiento de un país que en la construcción de paz debe contar con nuevas subjetividades y actores políticos, el lugar de la memoria en sí misma no figura como objeto de comprensión en cuanto posibilidad de pronunciamiento sobre la historia —transcurrida o en curso— y el encuentro con otros. De ahí que sea necesario acoger las voces de estos actores sociales para reconocer en ellas unas gramáticas de la memoria como esos énfasis particulares que llaman la atención sobre un aspecto puntual del vasto y complejo panorama del país que, en un solo presente, plantea conflicto armado, posacuerdo, reconciliación y paz.

Cabe preguntarse entonces por ¿cuáles de estas realidades tan distintas y solapadas son enfatizadas por las memorias de los antiguos actores del conflicto que transitan hacia la también compleja vida civil? ¿Cuáles son los virajes que se hacen desde el lenguaje para que una memoria sea de tal o cual naturaleza en la voz de quien la enuncia?

3. Una Justificación para Transitar La Memoria y la Narración en la Investigación Hermenéutica

Acercarse a las gramáticas de la memoria del conflicto armado desde las voces de sus actores responsables cobra relevancia en la educación y en las ciencias sociales, porque los relatos que las conforman se convierten en precedentes para que comunidades y actores sociales construyan en conjunto una memoria ejemplar (Todorov, 2000) que oriente las reflexiones éticas y políticas del presente. Es decir, hacer conscientes las organizaciones, énfasis o sugerencias del lenguaje en las memorias del conflicto armado moviliza una competencia mnemónica y social, si se quiere, capaz de distinguir los aprendizajes que deja el pasado de conflicto armado para la sociedad actual que viene reconfigurándose hacia horizontes de paz y bienestar social.

Es comprensible que después de largos períodos de confrontaciones armadas hayan aflorado estudios sobre las experiencias de afectación, la construcción de paz y la memoria colectiva que reivindican los relatos de los vulnerados; sin embargo, las voces de quienes caminaron por la otra orilla del río y hoy experimentan el proceso de paz no son comprendidas en su totalidad como el resultado de un orden de sus memorias narrativas (Jelin, 2002), y mucho menos son contempladas de lleno como testimonios que le aportan a la restauración del tejido social y a la memoria histórica nacional.

La memoria del conflicto armado y sus narrativas contienen las palabras de la guerra que significa ese pasado a recordar, a tensionar y a relatar. No obstante, estas voces que se pronuncian frente al conflicto también están llamadas a poner en la escena de la memoria las palabras de la paz que suponen el proceso de dejación de armas y la transición a la vida civil. De esta manera, resulta fundamental en el campo de las memorias acoger las voces de la alteridad del conflicto armado para sumar una pieza más al rompecabezas de la historia nacional que debe, además, legar unos aprendizajes para la convivencia y la paz de la sociedad actual.

Por lo anterior, este estudio en el marco de una Maestría en Educación significa un aporte a la formación de ciudadanías comprometidas con la construcción de paz territorial, la reconciliación y la transmisión de la memoria colectiva en atención a “desvelar críticamente la realidad compleja y conflictiva para situarse en ella y actuar en consecuencia” (Vidanes, 2007). Estos factores favorecen la reflexión en torno a la no repetición. En ese sentido, investigar sobre las memorias de los firmantes de paz se presenta como una oportunidad para, desde la Educación, enfocar una mirada histórica que aliente el pensamiento crítico, la capacidad de análisis y el diálogo intergeneracional hacia una pedagogía para la paz que fomente la empatía, la reconciliación, la cultura de paz y el desarrollo de prácticas de lenguaje, cognitivas y sociales que permitan encarar de manera pacífica los conflictos venideros.

Es por esto que comprender las memorias de los firmantes de paz, en el campo de La Enseñanza de la Lengua y la Literatura, desde las memorias vivas, nutre las discusiones sobre los lenguajes de la guerra, la paz y la reconciliación que expresan las distintas etapas de la historia reciente del país. Este estudio, a su vez, confiesa la importancia de la identidad narrativa de los firmantes de paz que insta detenerse en su lenguaje al momento de relatarse a sí mismos para comprender los sentidos a los que apuntan sus memorias y sus diálogos y, asimismo, para

dilucidar cuáles son las visiones y las proyecciones que estas plantean como proceso de reflexión y transformación social.

Reconocer las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz permite, por un lado, tensionar los relatos que dominan la historia desde los años 60, porque aquellas ofrecen discursos alternos a los promovidos por la oficialidad de las memorias hegemónicas que cuentan la historia del país. Y develar las gramáticas de la memoria de antiguos actores armados permite, por otro lado, centrar la atención en el lenguaje como medio simbólico y material para distinguir las formas comunicativas y discursivas que engrosan o debilitan los virajes que la ciudadanía puede hacer hacia una construcción de paz.

En suma, como sociedad, somos llamados a reconocer las narrativas de la guerra y erigir las narrativas de paz que iluminen el camino para superar posibles obstáculos o desafíos en la implementación de los Acuerdos, así como a diseñar estrategias pedagógicas de respaldo y acompañamiento. En este estudio cobra importancia comprender las memorias de los firmantes de paz para ensanchar las múltiples respuestas que tiene la pregunta por el ¿Qué pasó?, en la época del conflicto; pero también, para añadir al debate político y ético del conflicto, y del posacuerdo, las respuestas del ¿Qué pasa?, desde los distintos actores que pudieron experimentar este paso en el tiempo.

Convidamos entonces a la interpretación de las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz porque somos conscientes de su riqueza narrativa e histórica; su significancia académica, su potencialidad para aportar a la construcción de paz y a la discusión frente a otros procesos de dejación de armas y reincorporación a la vida civil.

Fase II. Adjetivos de la Memoria: Algunos Énfasis y Dimensiones

Tanto si nos reconocemos en los héroes como en las víctimas, en los aviadores que concluyeron la Segunda Guerra Mundial o en la población pasiva que sufrió el infierno del aniquilamiento atómico, siempre estamos del lado de los «inocentes» y de los «buenos». La única oportunidad que tenemos de progresar en la escala de la moral consiste en reconocer y en combatir el mal en nosotros mismos. (Todorov, 2004, p. 172)

1. La Historia de la Memoria. Antecedentes Conceptuales

Antes de 1870 no había una noción de memoria que circulara en el campo de las ciencias sociales, más bien, la memoria hacía parte de un campo experimental de las ciencias consideradas duras. Finalizó el siglo XIX y la memoria empezó a ser abordada por la psicología experimental, cuyo tratamiento se daba de forma positivista desde la categoría del recuerdo. Memoria era, a la luz de estas disciplinas, la capacidad del cerebro para recordar información. Hacia 1878, Hermann Ebbinghaus (citado por Sprung y Sprung, 1986) estudió la capacidad de memorización y su “test de lagunas” le permitió teorizar sobre la curva del olvido y del aprendizaje. Ebbinghaus comprendió la memoria como la retención y como condición necesaria para el aprendizaje

Entre 1896 y 1900, Henri Bergson teoriza sobre la memoria en un diálogo con ciencias como la biología, la psicología y la medicina. En *Materia y memoria* (2006) Bergson dio cuenta de la memoria como un depósito de imágenes. En términos de duración, una memoria se entendía como la supervivencia de las imágenes pasadas que se mezclan con la percepción del presente de modo tan persistente que pueden llegar a sustituir esta última. Desde la concepción de materia como una entidad que nos suscita diferentes representaciones, Bergson (2006) explica la percepción respecto de las funciones biológicas, y a su vez, acompañada de la memoria. De esta forma, postula la memoria como la forma en que se relacionan la materia y el espíritu. La materia es para Bergson un conjunto de imágenes y la memoria es aquella que le da duración a la percepción de estas, un proceso individual y psíquico.

Fue después de 1918, tras la Primera Guerra Mundial y el desencadenamiento de los totalitarismos en Europa, que se empezó a apelar a la memoria para alentar a la conmemoración de las muertes y al sentimiento patriótico de varias de las naciones tocadas por la guerra. Alrededor de 1920, Maurice Halbwachs (2005), basado en el concepto conciencia colectiva de Emile Durkheim, se convierte en el pionero y defensor de la tesis de una memoria colectiva. Para el sociólogo, memoria e historia eran campos distintos. Mientras veía en la memoria un acercamiento subjetivo al pasado, en la historia veía un análisis y reconstrucción de hechos factuales como forma racionalizada y objetiva. Por tanto, desde esta mirada, la historia, a diferencia de la memoria, se acercaba a un pasado muerto que es un objeto de investigación en sí mismo. Para esta instancia, la memoria cobraba mayor relevancia en las ciencias sociales y en las agendas públicas de gobiernos, razón de que dejara de ser considerada un asunto individual. La

memoria se empezaba a considerar entonces como un proceso vivo de implicación social ligado a la subjetividad y a la identidad.

El estudio de Halbwachs (2005) conecta con el auge de los nacionalismos en el siglo XIX donde, los estados-nación se interesaban por revisar su pasado histórico reciente. Por ejemplo, desde la historia y memoria de la nación francesa se entendió que “la nación es en gran medida una formación (y una selección) de memorias y de olvidos [porque] para que haya una nación es necesario recordar juntos y olvidar juntos” (Vezzetti, 2015, p. 25).

Desde otro ángulo, la Gran Guerra y el Holocausto hicieron saber a la sociedad que ante la barbarie el dolor supera lo individual y puede trascender tanto a lo colectivo como a lo público, de ahí las crecientes prácticas de conmemoración de víctimas frente a los pasados dolorosos de pérdidas o frente a los patriotismos alentados por las batallas “heroicas”. De manera que, el curso siguiente del siglo XX y la emergencia de los totalitarismos en el mundo dejaron mucho qué considerar frente a otras formas de entender y hacer uso de la memoria.

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) mostró que élites dominantes se atrevieron a moldear el pasado para intentar controlarlo y favorecer sus propios intereses. Por ejemplo, los cadáveres de los campos de concentración se quemaban en el régimen nazi para evitar recuerdos molestos; “la Historia era reescrita por el poder a la misma vez que los acontecimientos estaban sucediendo” (Bejines y Gómez, 2015, p. 19).

Luego de Halbwachs, Pierre Nora (1984) en su obra *Lugares de la memoria*, amplía la noción de memoria colectiva y habla de *lugares de memoria* no solo como espacios físicos, sino también como los símbolos inmateriales que funcionan a modo de patrimonio de una comunidad; símbolos sobre los cuales se tejen rituales y donde los colectivos o estados-nación resignifican sus memorias.

Pierre Nora expone una comprensión de la memoria en términos vitalistas y trascendentales. Esta interpretación muestra el desarraigo de una mirada experimental y positivista, una distancia marcada frente a la concepción de la memoria como proceso psíquico e individual del siglo XIX. Para la época, sostenía Nora (1984) que

La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones. (p. 21)

De esta forma, las comprensiones de la memoria que se centraban en lo racional e individual se ensanchan en las voces de estudiosos como Maurice Halbwachs (2005) y Pierre Nora (1984), abriéndose hacia lo colectivo y lo contingente, y dejan como precedentes no solo la memoria como construcción desde los objetos y prácticas colectivas, sino también el cambio constante como unos de los rasgos que persisten hasta hoy desde una mirada histórico-sociológica.

1.1. ¿Qué es la Memoria?

En la esfera humana la comprensión de la memoria como labor pide abrirse a otras posibilidades debido a su complejidad. Junto a la retención de datos existen unos procesos indispensables en la subjetividad que matizan y diversifican tanto la capacidad que tenemos de recordar como las subsiguientes definiciones que se puedan elaborar sobre la memoria.

Frente al artificio tecnológico, del que hoy se resalta la bondad de una gran capacidad de almacenamiento, hay que tener en cuenta que “conservar sin elegir no es todavía una labor de memoria” (Todorov, 2004, p. 153) y que, junto a la elección, deben considerarse otros procesos humanos como el olvido.

Paul Ricoeur (1999), por ejemplo, sostiene que en toda elaboración narrativa que provenga de la memoria hay olvidos, algunos de ellos necesarios en el mismo acto de narrar y otros, inevitables en la actitud de quienes intentan recordar para contar. De este modo, hacen parte del campo de la memoria el *olvido activo* (Ricoeur, 1999) que tiene lugar en el marco de grandes pérdidas, catástrofes, guerras o masacres, y que surge, como una forma de eludir el sufrimiento que puede reaparecer con el recuerdo de estos sucesos. Por esta misma vía circula el *olvido liberador* que plantea Jelin (2002), aquel “que libera de la carga del pasado para así poder mirar hacia el futuro. Es el olvido «necesario» en la vida individual” (p. 32).

Ricoeur (1999), a su vez, expone un *olvido pasivo* que se encarga de velar o suprimir algunos recuerdos, de manera tal que estos no estén disponibles para el sujeto y permanezcan en el inconsciente. Sostiene, además, que en estos casos se necesita hacer un trabajo del recuerdo que procure la búsqueda de caminos para expresar lo olvidado y hacer que emerja hacia el consciente. Sumado a estos, está el *olvido evasivo* en el que hay cierta voluntad de no querer saber o recordar; pero, frente a este y aquellos, existe otro olvido más justificable: *el olvido selectivo*, “que es consustancial a la operación de elaborar una trama [pues] para contar algo, hay

que omitir numerosos acontecimientos, peripecias y episodios considerados no significativos o no importantes desde el punto de vista de la trama privilegiada” (Ricoeur, 1999, p. 59).

Visto así, la memoria es un proceso de selección donde interactúan la supresión y la conservación de los sucesos (Tóдоров, 2000) que, antes que oponerse al olvido lo incluye como una de sus etapas y sus posibilidades, siempre que “algunos rasgos del suceso sean conservados, otros inmediata o progresivamente marginados y luego olvidados” (p. 13). De esta manera, tanto la selección como el olvido son particularidades de la memoria y rasgos constitutivos de su ser, ello explica que lejos de ser un producto terminado donde el recuerdo u olvido de sucesos se dé por sentado como una arbitrariedad, detrás de cada remembranza hay procesos conscientes e inconscientes que abren y cierran caminos para que las memorias salgan a la luz o permanezcan en las sombras.

Los silencios, lo no dicho y lo reprimido, también hacen parte de este mundo de la memoria y plantean fronteras dinámicas, pues los recuerdos pueden estar confinados esperando un momento adecuado para expresarse, ya que “el largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales” (Pollak, 2006, p. 19).

Hablar en términos de las aperturas y los cierres que el consciente o el inconsciente construyen hacia los sucesos que anidan en la memoria, o más bien de las conservaciones y supresiones que se hagan; sugiere también la comprensión de la memoria como un recorrido por aquello que el interior o la subjetividad misma ponen al descubierto o en velo, pues “de todos los rastros dejados por el pasado, decidiremos retener y consignar solo algunos, considerándolos, por una u otra razón, dignos de ser perpetuados” (Tóдоров, 2004, p. 147), procesos donde también intervienen como auxiliares los trabajos de disposición y jerarquización cuya labor, además, pone algunos hechos de relieve y otros en la periferia.

Si bien la idea de la memoria como recorrido por el pasado da cuenta con carácter móvil, es necesario considerar que esta movilidad no es lineal ni mucho menos en expresa dirección hacia el pasado; en su lugar, los movimientos y viajes que se hacen en los procesos de memoria pueden seguir rutas interrumpidas o curvas que oscilan entre presente, pasado y futuro. De hecho, pensar en posibles recorridos que mental o narrativamente vayan desde el pasado hacia el futuro (o viceversa) desdibuja tanto el curso de lo lineal, que al respecto resulta más preciso

hablar de saltos de la memoria o de las *instalaciones* que enuncia Joan-Carles Mèlich (2004) en su visión de memoria como

La facultad que permite a los seres humanos instalarse en su «trayecto espacio-temporal» [que] remite al pasado, bajo la forma del «recuerdo/olvido», al presente, bajo la forma de la «crítica al mundo dado por supuesto», y al futuro, bajo la forma del «anhelo», del «deseo», de la «esperanza» y de la «utopía». (p. 35)

Esta concepción que acogemos como norte de la investigación, de alguna manera, refiere a que estos trayectos espacio-temporales fungen como destinos de partida o llegada o, en palabras de Mèlich (2010a), puntos en los cuales instalarse. También, es clara la sugerencia de que el recuerdo, el olvido, la crítica y la esperanza obran en la memoria como directores que ayudan a posicionarse en determinados trayectos de vida. Dicho brevemente, la mirada de Mèlich centra la memoria como una posibilidad humana de remitirse a diferentes tiempos de vida en que los distintos trayectos resultan fines, y el recuerdo, el olvido, la crítica o la esperanza resultan medios.

Como se esboza, hacer memoria no es solamente almacenar datos o recuerdos; aunque esta sea una parte vital de procesos, no basta desde una dimensión más orientada hacia lo cultural, o bien, hacia lo ético, lo político y lo formativo, donde la retención es apenas una condición primaria de los individuos y las sociedades que establecen relaciones complejas tanto con sus experiencias como con las percepciones mnemónicas de las mismas.

Si la mirada de Todorov (2004) impulsa a ver la labor de hacer memoria como el conjunto de todas las maniobras de selección-marginación (relieve-olvido) e interpretación que se hacen respecto de los acontecimientos y experiencias vividas, por su parte Mèlich (2010a) nos ayuda a comprender que, desde luego, estas maniobras operan en función de un recorrido o de las instalaciones que sujetos y sociedades hacemos hacia determinados tiempos o épocas.

1.2. Memoria y Narración

Si se parte de la idea de que “la memoria es el elemento inspirador de la narración” (Benjamín, 2016, p. 68), es justo reconocer que en el mundo de lo rememorado los acontecimientos pueden estar almacenados de forma secuencial o, al contrario, pueden navegar en un caos difícil de entender y comunicar. De ahí que, pese a la naturaleza móvil de la memoria

y a la subjetividad implicada en ella, la elaboración narrativa obre entonces como la organización de la experiencia en el mismo acto de contar.

Esto hace que el recuerdo sea uno de los primeros eslabones donde empieza la narración de una experiencia, de hecho, podría decirse que toda remembranza es una *historia potencial* (Ricoeur, 1995). No en vano “un relato es una especie de recipiente natural para la memoria; un modo de secuencia a un conjunto de imágenes a través de conexiones lógicas y semánticas [...] un relato es un recordatorio a gran escala” (Fentress y Wickham, 2003, p. 73).

Si apoyados en Benjamín (2016) entendemos que el recuerdo, la imagen, el sonido y el aroma del relato hacen parte de los eslabones entre memoria y narración, desde Fentress y Wikcham (2003) estos se entreen como partes de la *topografía mental* y la cadena de relaciones e ideas que se entrelazan en el acto de graficar los planos de una experiencia.

La forma en que se materializan las memorias es una condición sin la cual es imposible hablar de memoria social, toda vez que la narrativa y la construcción de relatos obran como uno de los vehículos por excelencia en que la memoria vierte sus sentidos en una trama narrativa para alcanzar a los otros, ya que es “mediante la narrativa [que] construimos, reconstruimos, en cierto sentido hasta reinventamos, nuestro ayer y nuestro mañana.” (Bruner, 2003, p. 130). Frente a esto, hay que considerar que “una memoria solo puede ser social si es capaz de transmitirse y, para ello, primero debe articularse. Por lo tanto, la memoria social es memoria articulada” (Fentress y Wickham, 2003, p. 69). Aquí comprendemos la articulación como esa operación en la que los individuos o los grupos sacan a flote sus memorias (de su consciente o inconsciente) para participar de la escena social y transmitirlas. Por eso, pensar en las narraciones de los firmantes de paz sobre sus experiencias tanto en la guerra como en el tránsito a la vida civil, nos insta a considerar el proceso de memoria e individualización por el que se debe atravesar antes de elaborar y comunicar sus historias como un proceso que llama al autoconocimiento y a la reflexión de sí, pero también a la interacción con los demás. Un proceso de memoria individual y colectiva que, además, persigue el objetivo de reconocer al otro y reconocerse en el otro.

1.3. El Espacio Individual y Colectivo de la Memoria

Si se tiene en cuenta la multiplicidad de interpretaciones y discursos posibles de quienes inciden en el espacio social, es preciso preguntarse si debe la memoria cuidarse de ser “empañada” por esos otros actores, o si, por el contrario, puede compartirse con los demás; si

debe la memoria ser tratada como un tesoro inmutable que se guarda desde lo personal e íntimo hasta lo colectivo y lo público, o si puede la memoria ser una iniciativa de la alteridad para ser compartida. La cuestión sobre la compatibilidad o individualidad de la memoria plantea la necesidad de diferenciar entre recuerdos colectivos e individuales. Sobre este asunto es complejo trazar un límite que separe uno de otro; sin embargo, identificar la forma en que se relacionan estos dos campos es un tanto menos complejo.

Hay que considerar que para recordar es posible apoyarse en otros y que, como enuncia Halbwachs (2005), “sólo tenemos la capacidad de recordar cuando nos situamos en el punto de vista de uno o de varios grupos y nos ubicamos nuevamente en una o más corrientes de pensamiento colectivo” (p. 172). Aquí es comprensible que, aunque cada grupo en la sociedad tenga sus propios marcos de pensamiento, y que es en el límite de estos marcos donde se producen sus memorias, cuando grupos heterogéneos coexisten —de manera tal que sus relaciones se prolongan en el tiempo— se habla de recuerdos compartidos que brotan de sus lugares comunes o, mejor dicho, de los marcos de pensamiento colectivo.

También, existen impresiones comprendidas por el individuo que, si bien se forman en marcos espaciales y temporales compartidos con otros, son únicas por emerger de cierta disposición íntima, de los pensamientos, imágenes y preocupaciones que en el acto de evocar afectan de manera particular al individuo y, por tanto, escapan a la memoria y al pensamiento de los otros. Esta relación tan estrecha entre los individuos y sus colectivos explica que si “la memoria colectiva extrae su fuerza y su duración del hecho de tener como soporte un conjunto de hombres son [...] los individuos quienes recuerdan, en tanto miembros del grupo” (p. 186).

Por eso, en los procesos de construcción de memoria no hay que perder de vista que los recuerdos más personales resultan de la influencia de distintos elementos y que en el estado de conciencia individual también pueden encontrarse distintas influencias que lo modifican. De ahí que “lo que está en juego en la memoria es también el sentido de la identidad individual y del grupo” (Pollack, 2006, p. 26).

Desde otro ángulo, y si se tiene presente la noción de memoria colectiva de Halbwachs (2005), otros autores optan, en su lugar, por hablar de memoria social para profundizar en los rasgos y relaciones de la memoria individual que están dentro de los grupos. Aun así, las relaciones entre lo individual y lo colectivo parecen más claras en las palabras de Jelin (2001), quien resuelve la cuestión de los términos y las dimensiones —social, colectiva e individual— de

la memoria en una síntesis que las vincula a los discursos como punto de encuentro y bifurcación:

Las memorias son simultáneamente individuales y sociales o colectivas, ya que en la medida en que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas, la experiencia también lo es. Las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido sin la presencia de discursos culturales, y éstos son siempre colectivos. A su vez, la experiencia y las memorias individuales no existen en sí, sino que se manifiestan y se tornan colectivas en el acto de compartir. O sea, la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido. (p. 90)

Es así, lo que hace que las memorias circulen son los discursos compartidos o socializados, cuya ampliación también se explica en el contar y narrar que, poco a poco, trasciende de lo individual a lo colectivo y a lo comunitario. En este camino que oscila entre individuo y colectivo vemos la narrativa como la manifestación última de la memoria, aquella expresión significable y, por tanto, susceptible de ser interpretada, una manifestación capaz de compartir y de exponer la experiencia que los sujetos viven en el tiempo, sea en vínculo con el pasado, con el presente o, incluso, con las expectativas del futuro.

1.4. De las Memorias Literal y Ejemplar a las Memorias para la Guerra y la Paz

Merece atención la idea de que todos los actores de acontecimientos históricos tienen lugar y responsabilidad en su asimilación o en su reparación, y es por esto por lo que se convocan a la elaboración de los sentidos del pasado para la no repetición, es decir, para el no-exterminio, para la no barbarie y para la no-guerra, si se quiere. Sin embargo, es comprensible que desde alguna orilla de los acontecimientos surjan resistencias y cuestionamientos que pongan en tensión el lugar que pudieran ocupar los responsables del conflicto en la construcción de memoria, cuyo centro son las comunidades más vulneradas. Aunque, ¿no deberían también hacer memoria, reflexión y construcción de sentido los partícipes de toda afrenta a los derechos humanos? Mejor dicho, ¿no es inevitable la memoria de los responsables en el proceso de comparecencia y reparación? Y más aún, ¿no deberían también los responsables interpelarse a través de los sentidos que les puedan reclamar o suscitar su propio pasado y su expectativa de futuro?

La memoria, en sí misma, no es ni buena ni mala. Depende del objetivo y las lecturas que propicie su construcción se hablaría, más bien, de un uso o un abuso de la memoria. Son diversas las posibilidades y propósitos que puede perseguir, por esto, “sacralizar la memoria es otra manera de hacerla estéril” (Todorov, 2000, p. 33), ya que “no siempre sirve para las buenas causas” (p. 28). Esto quiere decir, primero, que nuestras pasiones y afectos son tintes inevitables que modifican las formas de entender el pasado y, segundo, que no todo en el campo de la memoria obedece a la consecución de paz, porque, en efecto, hay quienes sostienen el recuerdo como consigna para la venganza, para la guerra y, además, para obtener algún provecho particular.

De cualquier manera, se hace memoria o se recuerda no solo *para volver a pasar por el corazón* (Galeano, 2000), también se hace memoria para rescatar ese corazón de la guerra, o bien, para alentarlos a batallar por venganza o por poder. De hecho, la memoria está tan abierta al arbitrio humano que, así como se puede usar para tensionar el poder que tanto se pelea en los conflictos, también se puede hacer memoria para recobrar la humanidad, el empoderamiento y la dignidad socavados por su barbarie.

Sin enfrascarnos, consentimos que los abusos de la memoria son aquellos en que se “utiliza la memoria para «explotar este pasado de sufrimientos como una fuente de poderes y privilegios»” (Steele, 1991, citada en Todorov, 2000, p. 171), mientras que los usos de la memoria son aquellos que están orientados a la construcción de sentidos (Jelin, 2002), a la dignificación, a la cicatrización de las heridas y a la realimentación de las inquietudes que el pasado haya suscitado en la sociedad o, en definitiva, a los usos que prefieren la paz en vez de la guerra (Todorov, 2000).

Ahora bien, los usos y abusos que se hacen de la memoria se vinculan con la memoria literal y ejemplar venidas, a su vez, de las formas de leer el pasado. Existen entonces dos formas de leer los acontecimientos que rememoramos, una literal y otra ejemplar (Todorov, 2000). En la lectura literal, el acontecimiento que recordamos se comprende como un hecho único y tan distinto a los demás que no encuentra puntos de conversación con ningún otro. Por consiguiente, los sentidos de este no pueden extenderse ni compartirse. El ejemplo más puntual resulta de entender lo acaecido en Auschwitz como un suceso único, cuyo espacio temporal remite, a la catástrofe (durante la Segunda Guerra Mundial) donde el régimen Nazi persiguió y asesinó a más de 6 millones de judíos.

Luego, está la lectura ejemplar del pasado, donde se asumen los acontecimientos como sucesos tan amplios y generalizables que pueden asemejarse a lo vivido por otros. Desde esta lectura del pasado hay una apuesta por interpretar las enseñanzas que nos deja la historia de guerras y conflictos padecidos por la humanidad. De ahí que “el uso ejemplar, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (Todorov, 2000, p. 32).

Siguiendo el ejemplo de Auschwitz, desde una lectura ejemplar, este se asumiría como un acontecimiento simbólico que no refiere a lo acontecido en el mismo espacio de los campos de concentración, sino a los distintos escenarios concentracionarios de muerte en el mundo. El Auschwitz simbólico deja de ser un acontecimiento singular y se abre a una lectura plural multi-temporal y multi-espacial que les concierne a las sociedades de latitudes y contextos distintos por estar expuestas a violencias y anulaciones del otro como forma de dirimir sus luchas sociales o conflictos.

Desde la óptica de la memoria ejemplar es posible extraer una lección de todo acontecimiento, siempre y cuando se asuma en este la posibilidad de actualizarse por medio de otros acontecimientos (Duch, 2004). Este simbolismo con que se asume un acontecimiento afianza el vínculo con la lectura ejemplar que procura una lección del pasado puesta en el presente. Si se parte de lo anterior, lo que suscita Auschwitz como gran acontecimiento en la historia de la humanidad ayuda a aclarar la forma del conflicto armado colombiano como un fenómeno que demuestra que puede actualizarse en un tropel de Auschwitz históricos (Mèlich, 2004) o reciclarse por medio de otros actores y otros móviles (Sánchez Meertens, 2017).

Luego, si Auschwitz sirve como una base macro para evidenciar las formas y los adjetivos que toma la memoria, la guerra en Colombia no se queda atrás. En los escenarios que guardan relación con el conflicto armado colombiano y sus huellas, se dan batallas de palabras y discursos donde los actores exponen sus repertorios o sus universos de sentido. La cultura de estos actores es determinante porque organiza las políticas de su memoria, esto es, los sentidos, los discursos y las coordenadas que los orientan en los espacios y tiempos recorridos con la memoria (Wills, 2022).

De este modo, a la luz de la realidad colombiana en que las memorias participan de una batalla discursiva, María Emma Wills (2022) propone una distinción entre tipos de memoria

según los propósitos que persigue. Para Wills, mientras existen unas memorias que “pueden profundizar asimetrías de poder y humillaciones al opositor”, hay otras memorias que “pueden estar encaminadas a la aceptación de la pluralidad y el encuentro democrático” (p. 38).

Semejante al encuentro y desencuentro con el otro desde las memorias ejemplar y literal de Todorov (2000).

Del lado de las memorias que profundizan las asimetrías están las memorias totales, que asumen la versión propia del pasado como única verdad del conflicto armado. El efecto que logra esta asimetría es el desdén hacia las memorias de los actores que se consideran enemigos por no comulgar con la propia versión, “es[t]as memorias constituyen un relato militante de pasados contenciosos que exaltan a sus héroes para, en el mismo gesto hundir y desacreditar a sus adversarios. Son relatos binarios, de héroes y villanos” (Wills, 2022, p. 38) que vendrían a constituirse como memorias para la guerra, ya que los énfasis en la validez de la propia voz, y en la descalificación de la del otro, atizan los odios con las justificaciones de un combate contra el otro como enemigo.

Por otro lado, hay unas “memorias democráticas que conducen al encuentro para reconocer la diversidad de las memorias [del otro] y resguardar su pluralidad” (Wills, 2022, p. 38). Estas pretensiones del encuentro y del reconocimiento desde la pluralidad vendrían a constituirse en memorias que afianzan el diálogo con lo alterno, lo que Wills atina en nombrar *memorias para la paz*. En definitiva, el espíritu de las memorias para la paz se explica en que no se hace memoria para dar validez a las voces hegemónicas ni a sus relatos preestablecidos, sino para brindar un espacio de reconocimiento donde se dignifique a los que son afectados por la guerra y donde, además, se validen los énfasis y los significados que dan a lo vivido (Wills, 2002).

El Holocausto de Auschwitz es la realidad sobre la que Todorov analiza las formas de hacer memoria, desde allí el autor defiende una lectura literal y ejemplar de los acontecimientos que toman forma en una memoria literal y otra ejemplar. Sin embargo, también el conflicto armado colombiano es el escenario del que parten autores como María Emma Wills para hablar de memorias totales y memorias democráticas como formas de relacionarse con la voz del otro, ideas que se concretan en las nociones de memorias para la guerra y memorias para la paz.

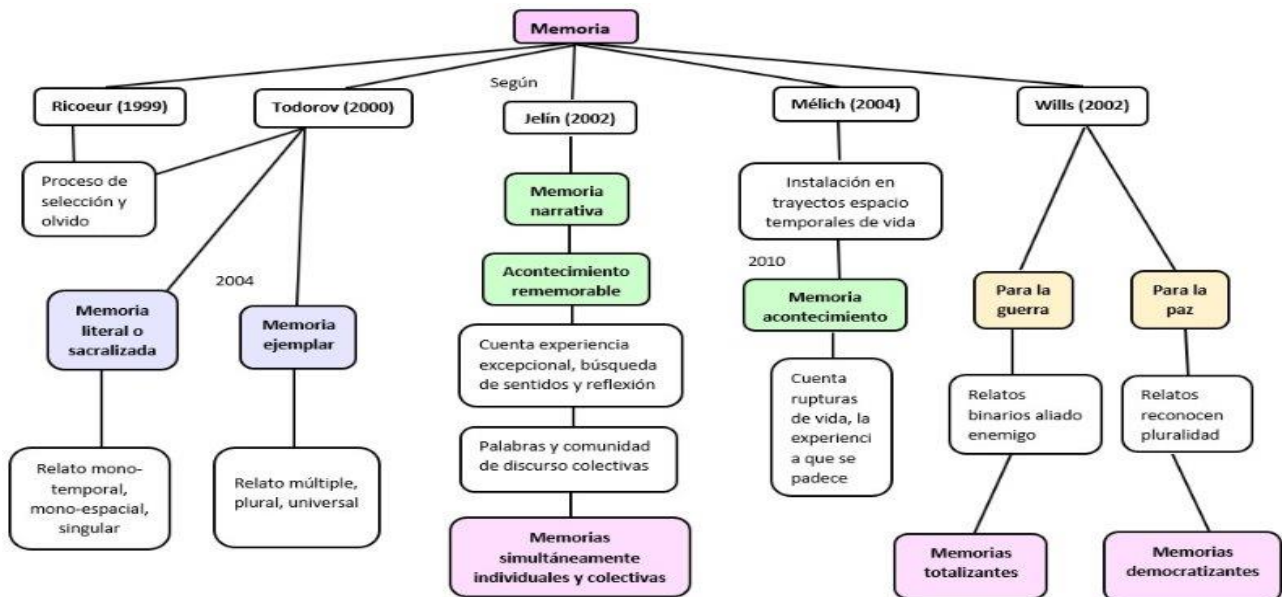
Hasta ahora nuestra comprensión puede sintetizar que las lecciones de la memoria son posibles gracias a la actualización de los acontecimientos que propicia la lectura de una memoria

ejemplar. Aunado a esto, también hay que considerar que la lección es inseparable de la lectura, porque «dar una lección» significa «dar a leer» (Mèlich, 2004, p. 20), y esto supone, desde luego, un ofrecimiento de la palabra donde se llama a un recibimiento, un recibimiento en que se dejan las puertas abiertas a la interpretación.

Ahora, en virtud de lo que significa dar una lección y actualizar, es preciso que el acontecimiento se movilice desde su pasado, que se convierta en presente y en futuro (Mèlich, 2004), pero también, darlo a leer. Por eso, concluimos en asumir desde Wills (2022) que la relación entre memoria como coordenada de lenguajes y la relación entre los lenguajes como coordenadas de la memoria dejan comprender cada campo como una construcción de sentido tocada por la cultura y la autorrepresentación manifiestas en los discursos. Las memorias obran entonces como múltiples lecturas y escrituras de los acontecimientos que se actualizan en la evocación, en el recuerdo y en el narrar.

En síntesis, hasta ahora hemos reconocido una diversidad de adjetivos y énfasis que se teorizan sobre la memoria, así como las nociones que la definen. Proponemos el siguiente esquema para tener en cuenta en la identificación de las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz.

Imagen 1. Concepciones teóricas de la noción de memoria según autores. Elaboración propia.



2. Memoria y Gramática

Dice Mèlich (2021) que ser en el mundo “es habitar una gramática que, de forma insistente y temblorosa, nos vincula a una historia y a un relato” (p. 25). Del lado de la idea de gramática que viene ligada al mundo aparece el lugar de las gramáticas de los sujetos que venimos a habitarlo. No cabe duda de que las sociedades o colectivos son poseedoras de sus propios órdenes, valores, memorias y representaciones y que, sobre estos, se erigen gran parte de sus identidades. Los sujetos, por tanto, están llamados a heredar las gramáticas de esos mundos en los que nacen, pero también, junto a la necesaria apropiación de la gramática heredada resulta inevitable la reflexión e interpretación con que la subjetividad da a luz a la creación de gramáticas propias para guiarse en el acontecer de la vida. Es decir, las gramáticas se postulan como las formas de ser, de habitar los mundos de referencia y, asimismo, como los sentidos construidos en esta misma habitanza. De hecho,

La gramática hace posible la orientación en la selva de los símbolos, sitúa a cada recién llegado en su entorno más cercano, guía las relaciones con los demás y con el mundo, soluciona los problemas primarios, ofrece respuestas establecidas, previsibles y repetitivas, da respuesta a los interrogantes inmediatos: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde puedo dirigirme? (Mèlich, 2010a, p. 16)

Estos interrogantes se extienden y profundizan en el vínculo que se asoma entre gramática y memoria, pues, ¿acaso no son las preguntas que esta gramática resuelve una alusión a los mismos trayectos espacio-temporales de vida en que nuestra memoria puede instalarse? Es evidente que el *quién soy* acentúa el ahora como punto de referencia; el *de dónde vengo* reclama el recuento de un trayecto que solo es posible encontrar en el pasado; y el *hacia dónde voy* exige el movimiento de adelantar la mirada hacia lo futuro.

Si se considera que el mundo es mi representación coexistiendo con la de los demás; que las épocas, los trayectos de vida donde nos situamos nos pueden suscitar distintos órdenes y valores, y sobre todo distintas significaciones, es posible que las gramáticas que correspondan a esos tiempos de vida rememorados sean distinguibles en las representaciones e interpretaciones de la experiencia que la memoria trae al presente.

Para llegar a la comprensión de una noción de *gramáticas de la memoria* es necesario repasar las palabras de Mèlich (2010a), quien ve en la gramática “el conjunto de símbolos, signos, hábitos, ritos, valores, normas e instituciones que configuran un universo cultural” (p. 16)

y que se distancian de ser solo lenguaje decodificable. Por eso, es justo pensar que cuando los mundos habitados o proyectados se hacen *trama* en el relato es posible distinguir las gramáticas que le han correspondido, o bien, las gramáticas del sujeto que, reconfiguradas en su relato, traen a la memoria la experiencia de aquellos mundos habitados para que transiten entre los puentes tendidos entre el pasado, el presente y el futuro.

Desde esta mirada, la gramática puede asumirse en sí misma como el cúmulo de coordenadas simbólicas —del lenguaje, del ser, de la cultura— que permiten circular y reconocer los mundos vividos o proyectados o, en otras palabras, las instalaciones de la memoria. Esto, por supuesto, nos compromete a entender la doble vía que sigue esta relación: si, por un lado, las gramáticas pueden remitir a las instalaciones de la memoria en mundos pasados, presentes o futuros; por el otro lado, las instalaciones de la memoria pueden servir de apoyo para desentrañar las gramáticas que habitan o suscitan estos mundos evocados y narrados.

Ahora, las gramáticas de la memoria deben comprender unos acentos, unas sintaxis y unas semánticas, esto es, unos tonos, unas formas de enunciarse y unos significados —inevitables en toda gramática—. Pero, en nuestra escena, entendemos estos rasgos no desde un plano literal, verificable desde los accidentes de la palabra, sino más bien desde un plano simbólico, más comprensible desde las sugerencias del lenguaje y de las lecturas que se abren a interpretación. De cualquier modo, transitar entre las presencias del hoy y las ausencias del ayer que perduran es un movimiento en el que se cruzan tanto la esencia de la gramática como el de la memoria.

Entendemos así las gramáticas de la memoria como la misma memoria y la narración expresadas en los significados de mundo de los que nacen; como un orden de signos, de sentidos, de simbologías y, en definitiva, como “«la organización articulada de la percepción, la reflexión y la experiencia» a partir de signos, de símbolos, de normas y de gestos” (Steiner, 2001, como se citó en Mèlich, 2021, p. 55).

Conservando el sentido de lo dicho, las gramáticas de una o varias memorias son visibles en la narración de un acontecimiento que, al reflexionar y organizar la experiencia, hace énfasis en los sentidos construidos en torno al trayecto de vida evocado. Por eso, asumimos las *gramáticas de la memoria* no como las declinaciones del lenguaje de la palabra, sino más bien como las inclinaciones hacia los sentidos construidos desde la memoria y en la narración que, de facto, nos permiten comprender el pasado en su pluralidad de composiciones, significaciones e interpretaciones. Asimismo, las *gramáticas de la memoria* nos encaminan en la traducción del

presente como legado de un pasado que, en su momento, fue el presente de otros, quienes también significaron el mundo a partir de sus propias representaciones.

Verbigracia, los firmantes de paz, quienes en un pasado habitaron el mundo bélico, han llevado sus propias vidas desde las gramáticas y lógicas dominantes de un mundo en tensión por la guerra. Sin embargo, la firma de los Acuerdos de Paz, y su proceso de reincorporación, les implicó nacer de nuevo en otro mundo con gramáticas otras. Ahora bien, si “nacer es irrumpir en una secuencia temporal, en un mundo interpretado, en una gramática” (Mèlich, 2021, p. 22), y si las gramáticas también son parte de una herencia, la transición y la reincorporación les ha planteado a los hoy firmantes de paz el reto de la apropiación de estas gramáticas del posacuerdo y la simultánea conciliación con las del mundo del conflicto armado. ¿Cómo se concilian, o más bien, cómo se articulan, estas gramáticas en la memoria, en el relato y en la historia?

Partiendo de la idea de que la memoria no es ni buena ni mala, sino que le sirve a cualquier causa que esté en la voluntad humana, a un uso o a un abuso (Todorov, 2000), esto plantea una relación estrecha entre la memoria, sus *paraqués* y las causas que la alientan. Si tomamos por causa un conjunto de valores, de lecturas de contexto y hasta de proyecciones que orientan a la acción, preguntarse por las gramáticas de la memoria es semejante a plantear una búsqueda por las causas y los sentidos que se perciben en ella. No solo el sentido como la significación proveniente de la comunicación, sino también el sentido que está del lado de la afectación sentimental y el sentido como la expresión de un horizonte a la manera de un vector con un punto de partida y una dirección.

Al hablar de *gramáticas de la memoria* también estamos hablando del conjunto de perspectivas, de los *desde*, los *paraqués* y los *hacia dónde* que soportan sus expresiones. Con todo, la memoria está abierta a los propósitos *encausados* de la voluntad humana (causas-sentidos-gramáticas) y tras ella, en ella o bajo ella, hay dimensiones que funcionan como expresiones de los ideales y principios de acción humana que nos orientan. Por eso, teniendo en cuenta que “sólo podemos responder desde una perspectiva [y que] no podemos, como humanos, eludir el desde: la genealogía, la herencia, la historia, la memoria” (Mèlich, 2010, p. 76), entendemos que en los énfasis o inclinaciones del lenguaje se perciben las gramáticas de la memoria como derivaciones de las perspectivas *desde* donde se enuncian.

Añadimos pues que son estos mismos énfasis y sus intenciones los que dan cabida a considerar tres dimensiones en estas gramáticas:

2.1. Dimensión Ética

En la memoria que repasa las acciones del pasado, y los modos de ser posibles en el tiempo, hay una dimensión ética. Esta dimensión de la memoria es la capacidad de recordar y reflexionar sobre las experiencias y aprendizajes morales, proporcionando un marco para la toma de decisiones. En este contexto, la ética se revela como la posición fundamental que se adopta frente al otro ser humano que implica, en primer lugar, el reconocimiento de responsabilidades inherentes a nuestras acciones y elecciones.

Esta dimensión ética es también una *ética responsiva* por explicarse en la calidad de las respuestas dadas ante aquellas interpelaciones y acontecimientos que nos asaltan. Entonces, “la ética, si existe, es precisamente una respuesta a una demanda que se da en una situación en la que el marco moral, sea el que sea, se rompe, se quiebra, se resquebraja” (Mèlich, 2010a, p. 41). Por eso, es preciso decir que a nuestra condición corpórea le corresponde una ética que no comulga con una visión de sujeto enteramente autónomo, libre de ataduras y mucho menos dueño total de la historia. Como bien dice Marta Tafalla (2003):

La ética no surge de la autonomía del sujeto, sino cuando esa autonomía se ve sacudida por la violencia. No nace de la razón del sujeto sino de su dolor, o de la reacción ante el dolor ajeno. La ética no es algo originario, sino una respuesta a la realidad. (p. 135)

La ética como respuesta se concibe desde un sujeto sujetado, a su cuerpo, a los contextos, a lo situacional y a la fragilidad que esto le acarrea. Desde la ética de la fragilidad, mundo, espacio y tiempo trascienden al sujeto; de hecho, la condición de sujeto se explica en ese estar atado a estos agentes que lo influyen. De ahí que esa fragilidad, repetimos, no conciba una identidad o substancia inalterable en el sujeto; más bien, hace parte de la condición vulnerable en que el sujeto está alter-ado, lleno de alter-es y, por eso, el sujeto es él y los otros de sí mismo, somos nosotros y “los otros de nosotros mismos” (Mèlich, 2010b, p. 73).

Entender a los sujetos desde nuestra condición corpórea, desde nuestra vulnerabilidad, nos vincula directamente con una dimensión ética de la memoria y, de paso, con el reflejo y la necesidad de dar, o recibir, una respuesta de los otros. Ser corpóreo es la condición que hace al sujeto un ser vulnerable y *atado* a lo situacional del mundo, al tiempo y a los contextos. Así, emerge en él una ética desde lo frágil como aquella parte de lo humano que sobresale ante las demandas que nos sobrevienen, nos interpelan y piden una respuesta.

Las ideas del ser corpóreo y de una *ética responsiva* nos hacen figurar que, si “la ética es un responder a una demanda, a una apelación exterior que me rompe” (Mèlich, 2010, p. 75), pero, al fin y al cabo, una demanda que igualmente resuena en las alteridades que nos habitan e interpelan, entonces, también, somos ese montón de otros presentes en nuestras memorias en tanto versiones de respuestas *de y para* nuestras alteridades.

Así las cosas, nos abrimos, como manda la idea del ser corpóreo, a la noción de otros de sí, y de una ética responsiva; una ética que nace de la memoria como respuesta a “lo que me sucede, lo que me acontece o, mejor todavía, [...] [una ética como] la respuesta singular que cada uno da a los acontecimientos que le asaltan en su vida cotidiana” (Mèlich, 2010b, p. 74). De este modo, llenamos nuestra maleta de inquietudes preguntándonos también por ¿cuáles son los otros que habitan a los firmantes de paz en sí mismos? Y, sobre todo, ¿cuáles son las dimensiones éticas que se reconocen en las voces de esos otros?

En esta escena, se exhorta a mirar hacia atrás, a aprender de nuestras experiencias y a asumir la carga ética de nuestras decisiones, comprendiendo que nuestras acciones tienen consecuencias que impactan en el entorno social y humano. En ese sentido, la ética como dimensión de la memoria, abraza la capacidad de cuidar, tanto de sí mismos como de los demás; un acto de cuidado que no solo implica la preservación de la integridad personal, sino también la consideración y atención hacia los demás. Es así como la dimensión ética de la memoria nos recuerda que el bienestar propio está intrínsecamente ligado al bienestar colectivo, fomentando un enfoque ético centrado en el cuidado mutuo, desde el cual se nos invita a aproximarnos al otro con empatía y comprensión, reconociendo su otredad.

En consecuencia, la dimensión ética de la memoria nos desafía a reconocer la condición humana compartida que une a todos los individuos, ya que, al recordar nuestras propias vulnerabilidades y fortalezas, nos volvemos capaces de reconocer la humanidad en el otro, construyendo así puentes hacia la comprensión y el respeto mutuo.

2.2. Dimensión Política

Como evidencia la historia de tantos países, los conflictos y guerras influyen tanto en sus realidades políticas y culturales que para individuos y colectivos se hace inevitable tomar posición frente al pasado y desde allí orientar las acciones siguientes hacia el futuro.

Se sabe ya que la memoria es un espacio de lucha política (Jelin, 2002) y que los relatos del pasado son también memorias con enfoque que obran como caballos de troya en los que se albergan los ideales a defender. Así pues, desde la semántica que puede contener la memoria es posible distinguir tales posicionamientos e ideales; de hecho, Pilar Calveiro (2006) sostiene que

Puede haber muchas formas de entender la memoria y de practicarla, que están a su vez vinculadas con los usos políticos que se le dan a la misma porque, ciertamente, no existen las memorias neutrales sino formas diferentes de articular lo vivido con el presente. Y es en esta articulación precisa, y no en una u otra lectura del pasado, que reside la carga política que se le asigna a la memoria. (p. 377)

Ahora, desde un acento en la intención y en los destinatarios, reales o virtuales, a los que las memorias pueden apelar, es necesario considerar una *dimensión política*. Lifschitz (2012), por ejemplo, ve una distinción clara entre la memoria social y la memoria política que se centra en el binomio espontaneidad/intencionalidad. Mientras la razón de ser de la memoria social está en la creación de lazos que derivan en comunidades de entendimiento o marcos compartidos (Halbwachs, 2005), la razón de ser del vínculo que se forja desde la memoria política está totalmente ligada a las acciones intencionales.

En la memoria social las mutuas incidencias entre las corrientes de pensamiento colectivo y el individual son espontáneas, pero la memoria política se distancia de aquella espontaneidad dada su intención demarcada de incidir en una escena y un emisor puntuales, ya que esta memoria política toma mayor relieve al ingresar en la esfera pública, “porque su ‘otro’, el emisor\destinatario de su mensaje, siempre es el poder” (Lifschitz, 2012, p. 6).

Desde otro ángulo, pareciera que la *dimensión política* de la memoria ya ha tenido un origen en “los grupos subordinados [que] desarrollan formas ocultas de acción, creando y defendiendo un espacio social propio en una ‘trastienda’ donde expresan su disidencia del discurso de la dominación” (Jelin, 2001, p. 95). Lo que Lifschitz nos ayuda a ampliar sobre las palabras de Elizabeth Jelin es que la memoria política busca expresar, intencionalmente, estas disidencias del discurso de dominación para ponerlas a participar como correlatos, o como versiones otras, en la escena de los discursos “oficiales”.

En esta lógica, “el narrar de la memoria política busca intervenir en el mundo social, confrontando la realidad jurídica, cultural y política” (Lifschitz, 2012, p.6), razón de que la memoria política también se vea como un tipo de acción estratégica que busca posicionar, o

defender unos ideales que toman forma en el relato frente a las realidades nemónicas y a las prácticas de un referente social actual.

En esta instancia, es inevitable no ver la dimensión política de la memoria como aquella narración partícipe de las batallas simbólicas que suponen la coexistencia de memorias, olvidos y silencios tras la defensa de perspectivas e ideales propios. En suma, la narración de la memoria política se da como parte de la lucha por posicionar la memoria en los cursos de la historia nacional, colectiva o singular. No en vano, señala Jelín (2001) que

La lucha por el sentido del pasado se da en función de la lucha política presente y los proyectos. [...]. [y es por eso que] las rememoraciones colectivas cobran importancia política como instrumentos para legitimar discursos, como herramientas para establecer comunidades de pertenencia e identidades colectivas y como justificación para el accionar de movimientos sociales que promueven y empujan distintos modelos de futuro colectivo. (p. 99)

Por lo dicho, nos sumamos a la idea de una dimensión política de la memoria en la que, además de percibirse una clara defensa de ideales políticos —o de las versiones del pasado a incluir en el presente—, son distintivos dos rasgos de suma importancia: un mensaje o un narrar cuyo contenido es un ideal y una intención que es la confrontación de la realidad y la influencia en la esfera social (Lifschitz, 2012).

3.3. Dimensión Formativa

Una *dimensión formativa* de la memoria pareciera evidente al considerar que “retener, olvidar y recordar pertenecen a la constitución histórica del hombre y forman parte de su historia y de su formación” (Gadamer, 1993, p. 17). Sin embargo, hay que agregar que la formación, como proceso subjetivo en que el ser cambia de forma, se encuentra con la memoria cuando la conciencia del devenir propio, el de los otros, o el de la sociedad, conducen a la reflexividad que nos mueve a transformarnos y a reflejarnos en otros, ya que

Todo proceso formativo para merecer el nombre de tal implica la transformación de quienes se formaron o están siendo formados [...] si no hubiera movimiento, cambio, si nada nos pasara, podríamos decir entonces que, quizás y con suerte, estamos siendo o fuimos informados, aunque no formados. (Alliaud, 2011, p.55)

Justamente, la ligazón que hay entre memoria y formación permite la movilización de sí en el pensamiento, en el obrar y en el actuar que invitan a fijarse en las propias formas de ser o de haber sido, gracias a las lecturas del ayer hechas con los aprendizajes construidos en el hoy (y con las proyecciones de futuro) y, por tanto, con la mirada transformada en los encuentros con lo diferente, pues “habíamos destacado como característica general de la formación, mantenerse abierto hacia lo otro, hacia puntos de vista distintos y más generales” (Hegel, como se citó en Gadamer, 1993, p. 18).

Desde otro ángulo, y considerando el devenir que la memoria puede hacer consciente, para Christine Delory (2015) estamos constantemente moldeando nuestro pasado, o dicho en sus términos: *biografiando lo que vivimos*, inscribiéndolo en el curso de nuestra existencia y dándole forma y sentido en una historia que no paramos de escribir. De manera que, constantemente, también estamos dándole forma a nuestro devenir, a esa memoria en flujo que tratamos de retener en nuestras narraciones. Esta es la inscripción de nuestra experiencia en esquemas temporales que le dan un orden a nuestros gestos y a nuestras acciones según el sentimiento que tenemos de ser nosotros mismos a través del tiempo. Pero, ¿qué implicaciones tienen las biografías y las memorias de los otros en nuestra experiencia o en nuestra subjetividad? De la misma manera en que la memoria inscribe nuestra vida y nuestras experiencias en una biografía que relata nuestro ser en el tiempo, Delory invita a considerar las heterobiografías como relatos de los otros que nos influyen y en los que también podemos reflejarnos.

El término *heterobiografía* podría ser propuesto aquí para nombrar las formas de experiencia y de escritura de sí que practicamos cuando comprendemos el relato por el cual otro trae su experiencia, cuando nos lo apropiamos en el sentido de hacérselo propio, de, en tal relato, comprendernos a nosotros-mismos (Delory-Momberger, 2015).

Lo que para Delory es *heterobiografía*, podría leerse como el principio de una memoria colectiva en el que las voces de los otros, y los grupos a los que pertenecen, influyen en nuestras memorias y nos ayudan a construir nuestros propios relatos de vida e identidad. Ahora, teniendo como base que la formación parte de uno mismo y de la individualidad del sujeto (Vilanou, 2001), pero que “esta individualidad encuentra su proyección exterior en la universalidad de la participación en el mundo que reflejan los distintos proyectos o idearios humanitarios” (Vilanou, 2001, s.p.), hay que destacar la transmisión como el punto de encuentro entre los procesos de memoria y los de formación.

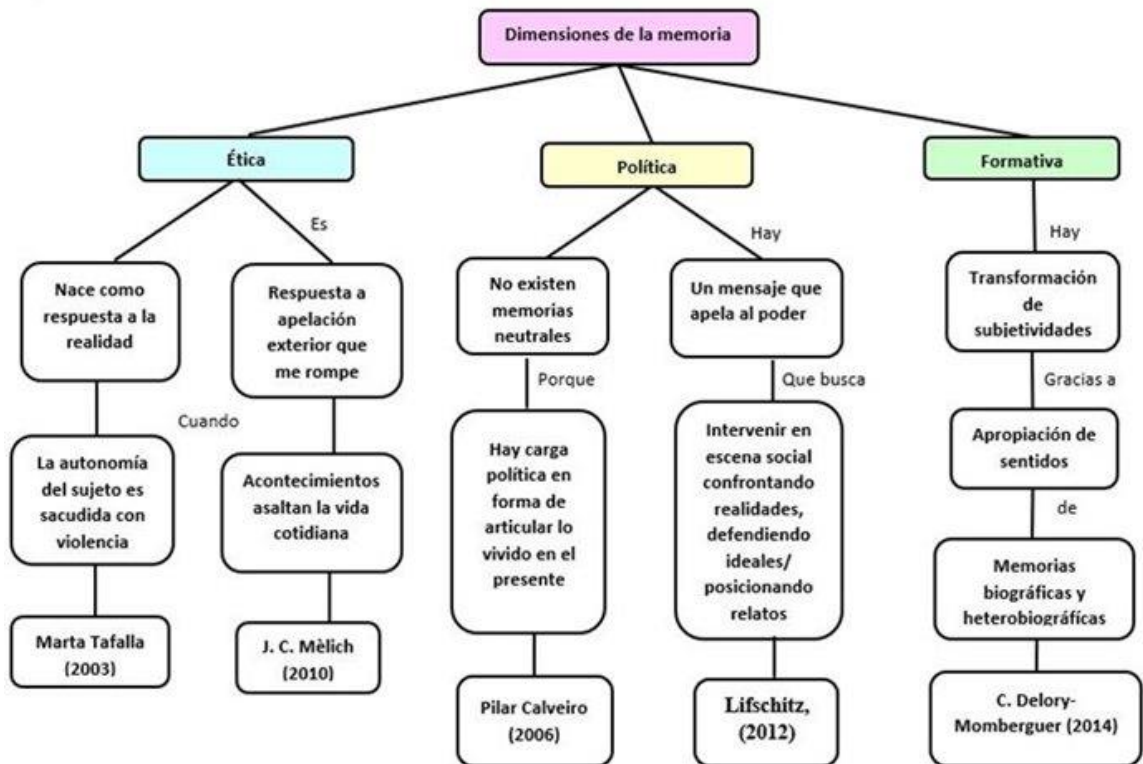
La transmisión es una parte consustancial a la memoria y a la formación, es el movimiento de acercar el conocimiento apropiado a otros, y del mismo modo, es apropiarnos del conocimiento compartido por aquellos; el conocimiento que trae el dominio de un saber específico o, bien, el que resulta de la experiencia de vida y sus acontecimientos. Esto nos permite decir que la construcción de memoria (y la transmisión) constituye en sí misma un proceso de formación conjunta en el que la experiencia se acerca a los otros; se acerca la percepción de pasado, presente y futuro como un objeto nuevo de conocimiento y digno de la puesta en común que se realimenta de las miradas de la otredad.

Así, la memoria de la propia vida (biografía) y la de los otros (heterobiografía) tienen la potencia de influenciar las subjetividades, las formas de ser, de percibir, de recordar. En otras palabras, ese contacto y apropiación de las memorias relatadas de los demás suceden en una dimensión formativa de la memoria en que, en el escenario ideal, los sujetos experimentan transformaciones respecto de sí mismos y frente a los otros.

En síntesis, la memoria, aunque volátil y cambiante, es el suelo de la narración. Y en el proceso de articulación que significa el contarnos como seres temporales de pasado, presente y futuro tendemos un orden y ponemos de manifiesto nuestros posicionamientos sobre la experiencia misma y la realidad. La narración de la memoria, también, es una forma de responder a lo que nos pasa y de apelar a contextos de poder, a nuestras decisiones y motivaciones, e incluso, a los demás y a nosotros mismos.

Las gramáticas de la memoria son parte de los énfasis de sentido que sobresalen en la construcción narrativa, desde esta mirada, también son relato, interpretación y posicionamiento. Proponemos el siguiente esquema para sintetizar los posibles sentidos de la memoria en las dimensiones que la misma puede enfatizar.

Imagen 2. Síntesis de las comprensiones teóricas sobre las dimensiones de las gramáticas de la memoria. Elaboración propia.



Fase III. Bifurcaciones del Camino Metodológico

“Y cuando salió la luna llena, Hansel tomó a la pequeña de la mano y siguió el camino marcado por los guijarros, que resplandecían a la luz de la luna como monedas recién acuñadas, mostrándoles el camino” (Hermanos Grimm, 1812).

En el propósito de interpretar las formas en que se constituyen las gramáticas de la memoria de las narrativas de los firmantes de paz —participantes de procesos de paz y reconciliación— resulta indispensable asumir el campo de la narrativa y el relato desde el simbolismo y lo mítico. Al pisar el terreno del relato surgido de la memoria, nos adentramos en el mundo de los signos y de lo figurativo que constantemente remiten a otras ideas, a la vida y a los acontecimientos que le asisten, a las partes o al todo de la historia que la enmarca. Y, ¿qué es el signo sino aquello que, como la memoria, evoca lo ausente, lo sugiere y hasta lo señala?

Adentrarse en la memoria como evocación materializada a través de signos es, dirían Sánchez Meertens (2017) y Mèlich (2010), navegar por un río heraclitiano que nunca es el mismo.

Hacer memoria invita a ir y volver de una tierra extraña que siempre que se pisa cambia, de forma, de contenido, de palabras y hasta de imágenes. De ahí que contar la memoria obre como el ritual de invocar una huella, la de lo vivido, cuya forma se desconoce solo hasta que es impresa y fijada en la palabra. Bien dice Ricoeur (2006) que tal es el enigma y la paradoja de la huella, que esta se reviste como impulso inicial de aquello sobre lo que es, al tiempo, signo y efecto de causa, y que “todas las huellas, en efecto, están en el presente; y depende siempre del pensamiento que la interpreta que la huella sea considerada como huella” (p. 148). Por tanto, esa memoria que nunca es la misma, aún después de narrada, guarda dentro de sí algo de desconocido y, sin embargo, de descifrable.

La palabra es huella de la memoria y la memoria repasa los rastros que dejan los trayectos, las huellas de las vidas que después de vividas y diluidas en el pasado no les queda otra forma de hacerse presentes y sólidas más que a través del relato (Ricoeur, 1999). Ese contar no es algo distinto a la narración que también pasa por nuestra escucha atenta, nuestras lecturas o nuestras significaciones; es decir, nuestras interpretaciones. La interpretación, por su parte, es un agregado simbólico sobre esa estela de las vidas que corren por los tiempos y los espacios; es una búsqueda de sentidos que se auxilia en las señales —rastros, símbolos, significados, énfasis— que da la palabra del otro como faro.

Dialogamos con el desciframiento cinegético de Ginzburg (1999) donde “se vislumbra el gesto tal vez más antiguo de la historia intelectual del género humano: el del cazador que tendido sobre el barro escudriña los rastros dejados por su presa” (p. 146). Adoptamos esos gestos intuitivos del cazador que va tras los rastros; partimos del rastro evidente de la disposición verbal —que organiza la memoria narrada— para ir hacia atrás, al acecho del sentido y de las gramáticas antecedentes que la ordenaron. Una actitud cuasi detectivesca en la que, como lectores, escuchas e intérpretes, no nos dirigimos a capturar los sentidos de las memorias para dejarlos presos, en el estatismo del cautiverio o el dato, sino para percibirlos y diversificarlos desde el despliegue hermenéutico que encuentra la imagen “del Hermes como símbolo de fertilidad” (Henderson, 2017, p. 156) y que ve en la narrativa una entrega de semillas que han de ser cultivadas.

Como las pisadas del tránsito, las palabras enunciadas por el otro y sus alteridades —es decir los *yoes* y las voces de sus memorias narradas— dejan un rastro que solo es posible de seguirse a través de la interpretación. Ésta como un lente se detiene en los simbolismos, en el querer decir tras lo dicho de un *yo* testimonial que va y viene dentro sí y del mundo para contarse. Por ello, reconocer las rutas de sentido dejadas por la narración de la memoria, implica detenerse en las palabras, en el aura que dejan —en la firmeza de la escritura, en el aire de la oralidad, o en los dobleces de la transcripción—; en últimas, en sus huellas y en la esencia del mensaje entregado como relevo hacia el nuevo cifrado que supone la construcción narrativa y su interpretación.

1. Hermes y la Interpretación

Es en la interpretación de estas huellas de la memoria, y de sus gramáticas, que apelamos al relato mítico y traemos a Hermes (en cuya historia se explica la labor hermenéutica) como un aliado que con sus estrategias nos sugiere las actitudes a asumir en el camino metodológico. Hermes es, según la mitología griega, el dios de la interpretación y en cuyas virtudes figura la traducción; el ser un intérprete de mensajes cuya tarea conlleva, “como bien nos lo ha enseñado Paul Ricoeur, tanto una voluntad de escucha como una voluntad de sospecha” (Vásquez, 2017, párr. 13).

Asumimos en la escucha e interpretación de las narrativas de los firmantes de paz la misma labor de Hermes como un traductor que traspola y desdobra los signos que le son dados; un viajero de fronteras que se adentra en la extrañeza de la memoria para rescatar de sus profundidades borrosas y multiformes los mensajes que la palabra encripta y sugiere.

La escucha y la sospecha a las que invita Hermes se ajustan a los retos de reconocer la multiplicidad de voces y alteres que cada vez se narran desde memorias antiguas y emergentes, pues interpretar la memoria, siendo esta por excelencia un proceso de selección y olvido (Todorov, 2002), exige la agudeza de un oído en sintonía con lo ambiguo (terreno de Hermes) y capaz de conciliar las supresiones del recuerdo para distinguir las tramas narrativas privilegiadas por sus narradores (Ricoeur, 1999).

Desde el lugar de caminantes del terreno cambiante y polimorfo de la memoria, Hermes resuena en nuestra apuesta metodológica como el orientador que la tradición mítica le resalta a través de la piedra como tributo por su guía a los expedicionarios de fronteras y regiones

desconocidas. Así, como Hansel y Gretel al atravesar el bosque veían en sus guijarros la posibilidad de repasar las huellas del camino dejado atrás (Grimm, 1812), vemos en la hermenéutica (y en las estrategias de Hermes) la forma indicada de andar las memorias de los firmantes de paz y repasarlas hasta el extravío que propicie el acontecimiento de la interpretación. Un movimiento análogo al de la construcción de memoria que se hace como un desandar de pasos y un repaso de trayectos.

Ocupamos de este modo la piel del hermeneuta para enfrentarnos a las encrucijadas del sentido con Hermes como “un guía para salir airoso[s] del conflicto de las interpretaciones” (Vásquez, 2017, párr. 15) y navegar éticamente entre las capas de significado en el discurso de los firmantes de paz. De tal modo, heredamos la estrategia de la mediación como coordinada hermenéutica, un conjunto de índices que remiten a la táctica lingüística de percibir y transitar las huellas que dejan las narrativas de sujetos biográficos e históricos.

En definitiva, vemos en la huella el antecedente simbólico más cercano a la memoria, el testimonio sónico del pretérito y por tanto la prueba del pasado en el presente que, además, sugiere un trayecto o, más bien, un futuro. Por esta razón, la palabra como huella es memoria y metonimia: la parte de un todo; la muestra de una gramática más amplia que extiende el sentido a lo largo de una memoria narrada.

1.1. Desde una Perspectiva Hermenéutica

Como observadores del mundo transitamos por el campo de la memoria sobre el conflicto, la paz y la reconciliación acogidos bajo un enfoque interpretativo que nos pone, como investigadores, en distintos escenarios en procura de entender e interpretar la realidad a partir de las significaciones que las personas construyen (Denzin y Lincoln, 2012), sean los firmantes de paz o nosotros como sujetos inmersos en una realidad por comprender. Por consiguiente, situados en suelo cualitativo, nos asomamos por las ventanas de la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer como perspectiva epistemológica que invita a ver en la interpretación y en el diálogo vías para la construcción de conocimiento donde “el lenguaje es el medio universal en el que se realiza la comprensión misma” (Gadamer, 1999, p. 467).

Ahora, al reconocer en la comprensión e interpretación de las gramáticas de la memoria una honda inquietud que tiene que ver con el lenguaje, el énfasis hermenéutico resulta indispensable cuando éste se compromete a que “el lenguaje y el fenómeno de la comunicación

estarán en el centro de su preocupación [y que] el entendimiento se verá asociado a los actos de expresar, de explicar, de traducir” (Echeverría, 2004, p. 107). Así, partimos de la convicción de que el lenguaje está en el centro de ese pasaje entre comprender e interpretar las experiencias y las realidades, los textos y los contextos. Pues es en ese sentido que asumimos que el lenguaje es protagónico tanto en la comunicación de la memoria como en la comprensión de las formas que la enuncian. La hermenéutica, por su parte, como dice Gadamer (1999), “tiene su fundamento en el hecho de que el lenguaje apunta siempre más allá de sí mismo y de lo que dice explícitamente” (p. 175), razón de que nos hayamos abocado hacia las memorias de los firmantes de paz para penetrar en aquello que está sugerido en sus relatos y entender lo no dicho.

Atendimos al lenguaje de los firmantes de paz al relatarse a sí mismos y a sus contextos para comprender los énfasis y los sentidos a los que apuntan sus memorias y diálogos, y dilucidar así las visiones y proyecciones planteadas. Al respecto, comulgamos con la idea de que “el lenguaje es la casa del ser” (Heidegger, 2009), la morada donde el ser habita y desde donde se posiciona frente al mundo. Por eso, si bien el lenguaje no es exclusivamente algo reductible a lo gramatical en tanto mundo de reglas y estructuras con que opera una lengua, a la luz de esta máxima heideggeriana la pregunta por las gramáticas de la memoria de excombatientes Farc es, si se quiere, una pregunta ontológica que se preocupa por ese ser que es, vive y luego rememora desde su lenguaje y su lengua. En ese sentido, la inquietud por las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz también hace parte de una pregunta epistemológica, en tanto en estas memorias hay unas construcciones de saber; y unas preguntas políticas, éticas y formativas, pues están en juego unos ideales, principios y una visión de sociedad.

En consonancia, la inquietud que nos convocó en este trabajo no fue otra que la de conocer a los firmantes de paz en su *casa del ser*; conocer sus enunciados y sus cosmovisiones en tanto seres que han hecho una transición histórica que va desde el conflicto armado hasta la firma de los Acuerdos de Paz firmados en 2016. De este modo, vimos en la labor de preguntar a los firmantes de paz por sus narrativas de vida un gesto semejante al de quien visita al otro en su morada de lenguaje y, desde luego, también entendimos su compartir de la experiencia como una correspondencia a tal solicitud; como una apertura a la relación dialógica o, en suma, como ese abrir las puertas e invitar a conocer el mundo de símbolos que cuelgan en aquella casa habitada.

Desde la hermenéutica de Gadamer no es posible separar la subjetividad del intérprete de la objetividad del sentido que se busca comprender. Por ejemplo, en el caso de los textos y las

narrativas estas son manifestaciones de la memoria, partes de una conversación hermenéutica que no pueden hablar por sí solas, y solo pueden ampliar sus sentidos a través de otras partes importantes que son los intérpretes, quienes revitalizan y amplían los sentidos en aras de la comprensión. De ahí que hayamos asumido el rol de intérpretes y mediadores de memorias de conflicto y transición convencidos de que el lenguaje “lleva siempre implícito un sentido depositado en él” (Gadamer 1999, p. 175) y que nos es posible reconocerlo a través de una inmersión profunda.

Dicho esto, la hermenéutica de Gadamer nos ofrece una mirada para cumplir el papel de intérpretes y constructores de aquellos textos y narraciones de memorias de los firmantes de paz. Desde esta lógica hacemos una lectura comprensiva de las gramáticas que cuentan acontecimientos y nociones de vida, una lectura comprensiva “no como la repetición de algo pasado, sino [como la] participación en un sentido presente” (1999, p. 471) que nutre la construcción de memoria sobre el conflicto y las reflexiones para vivir escenarios de paz.

Siendo la interpretación de la memoria no solo una fase o transversalidad de la investigación, sino un fin en sí mismo, nos resulta indispensable tener en cuenta que la implementación de la narrativa nos sitúa como investigadores en un segundo nivel de interpretación, pues al acercarnos a la narrativa que una persona hace sobre sí “interpretamos una producción del narrador que a su vez es una interpretación que hace de su propia vida” (Cornejo et al, 2008, p. 30), lo que nos compromete a un sumo respeto por las posiciones y enunciaciones que cada participante haga de sí o de sus contextos en las narrativas que comparte; pues sería imposible interpretar las gramáticas de la memoria en las narrativas de los firmantes de paz si en esas voces no hubiese ya una posición enunciada —al menos insinuada— o un énfasis interpretativo pasado por la experiencia y perspectiva de vida. Porque, son justamente el reconocimiento y la lectura de estas posiciones nuestra tarea como investigadores para nutrir la construcción y comprensión de unas gramáticas de la memoria. En otras palabras, la narrativa resulta un elemento central para la interpretación de las posiciones ideológicas o discursivas que toman los firmantes de paz a la hora de hacer memoria.

Y es que en esta investigación apelamos a las dimensiones sensibles del sujeto como sus experiencias de vida y la memoria en que se soporta para relatarlas. Jelin (2002) habla del *acontecimiento memorable* como aquel que surge tras la ruptura en la normalidad de la vida. Esto abre paso a comprender los giros de la historia y las singularidades que la componen como

movimientos imbricados que se alteran mutuamente. En esa misma línea, Mèlich (2006) define el *acontecimiento* como una ruptura de tiempo y espacio en la que se abren brechas en la vida de las personas o escisiones que encausan transformaciones radicales de identidad. Esta noción ilumina con intensidad la forma de asumir la figura de los firmantes de paz como sujetos de tensiones y rupturas venidos a un mundo que los bautiza con nuevos nombres y rótulos. Esta comunidad, desde luego, merece considerarse como un conjunto de actores que han atravesado una cantidad de umbrales históricos que les han dejado huellas en tanto acontecimientos que los deforman y transforman, pues el acontecimiento “transforma el trayecto vital de los que lo han sufrido hasta el punto de que los obliga a un radical replanteamiento de su modo de ser en el mundo” (Mèlich, 2006, p. 117).

1.2. Los Acontecimientos

Contar la historia de vida completa o contar un relato de la vida es también contar la forma en cómo esa vida ha ido sorteando los acontecimientos que vienen con las épocas y el tiempo. Desde luego, los traumas, las heridas y lo trágico también figuran en esos acontecimientos, y traerlos al presente para compartirlos implica mirar hacia el mar del pasado y atrapar, con la red de la memoria, esos recuerdos que reposan en lagunas. La memoria no contada es líquida y hasta gaseosa, tiende al escape y solo alcanza un poco de solidez en el sentido que dan el lenguaje y la palabra. Estos obran como manifestaciones del pensamiento que, en nuestro camino investigativo, se erigen como faro en el oscuro paisaje de la barbarie y la indiferencia que ha marcado la historia del conflicto armado en Colombia.

Pero, hay que distinguir qué es un acontecimiento y cuál es la memoria que le sirve de trampolín a su recuento, pues hay una gran diferencia entre lo habitual, lo que tanto individuos como colectivos vivimos y aprehendemos por la condición de pertenecer a grupos delimitados o enmarcados (Halbwachs, 2005) como la familia, la clase social u otras instituciones, y aquello que representa un hito o un suceso excepcional en ese curso “estable de vida”. Existe pues una memoria que le corresponde a lo cotidiano y que se expresa en el aprendizaje y reproducción de los comportamientos más normalizados de la rutina: las formas de hablar, de expresar afectos, formas de vestir, etc., *memorias automáticas* donde no hay reflexión (Jelin, 2001, p. 90) y que, si bien son compartidas, por ser “parte de la vida habitual, no alcanzan la calificación de memorables” (Jelin, 2002, p. 26).

Lo contrario pasa con los acontecimientos que por significar fuertes rupturas en aquellas rutinas de vida sí son memorables y se disponen al espacio de reflexión. Las rupturas trascendentales en la normalidad resultan tan influyentes en las subjetividades que pueden sumar una carga afectiva cuyo efecto empuja o a la negación o a la interrogación del pasado y, por ende, a la búsqueda de sentido, una tarea imposible sin la rememoración. De ahí que al ejercicio de memoria sobre estas experiencias de ruptura y a la intención de comunicarlas le corresponda entonces una memoria propia de lo extraordinario, es decir, una memoria propia de los acontecimientos, una *memoria narrativa* que es “la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia” (Jelin, 2002, p. 27).

Al respecto, Koselleck (1993) sugiere también una relación tripartita entre acontecimiento, sentido y narración cuando expresa que “los acontecimientos, [...] pueden ser experimentados por los contemporáneos afectados como un contexto de acontecimientos, como una unidad de sentido que se puede narrar” (p. 141). Aunque predecible, es necesario sentenciar que todo suceso extraordinario y además trascendental que comprometa nuestras vidas y el curso de su historia reclama un sentido de nuestra parte que es susceptible de leerse en el orden de su narrativa.

En la misma lógica del acontecimiento como punto de quiebre, como seres humanos siempre estamos expuestos a ser atravesados a lo largo de nuestras vidas por la experiencia de varios acontecimientos que no podemos dejar de padecer (Mèlich, 2010a), como la aparición repentina del nacimiento, del amor y de la muerte que plantean una ruptura radical que obliga a repensarlo todo. Allí, al lado del amor, justo en el espacio entre el nacimiento y la muerte habría que mencionar también la guerra y la paz como acontecimientos que significan un punto de inflexión o reflexión en la vida y en la sociedad, pues, aunque uno pueda rehacer su viejo proyecto vital, el acontecimiento siempre dejará una marca, una huella, una cicatriz, una herida incurable (Mèlich, 2010a, p. 28).

A la vista de las rupturas e hitos de vida, la *memoria narrativa* que defiende Jelin (2002) toma relieve como el formato de expresión que puede seguir, a su vez, la *memoria acontecimiento* que enuncia Mèlich (2010a):

Una memoria que asusta, como asustan todos los acontecimientos [...] que nos muestra la finitud de nuestra condición y la contingencia de nuestro modo de ser en el mundo. *La*

memoria acontecimiento es una memoria relativa a todos aquellos aspectos de la vida humana que podrían ser de otro modo, pero que una vez han tenido lugar no es posible cambiar porque dejan una huella imborrable, una cicatriz. (p. 162)

Por eso, decir que los acontecimientos siempre dejan una cicatriz es sentar la posibilidad de recorrer los relieves de esas cicatrices por medio de la memoria y, sobre todo, la posibilidad de reconocer sus gramáticas; es decir, las herencias y las transformaciones de los valores, de los símbolos y de las normas de ese universo pasado que orientaron y orientan, la relación con el mundo de entonces y el de hoy. Sea ruptura, quiebre o inflexión, por la fuerza que tienen los acontecimientos de irrumpir repentinamente y plantear giros o consecuencias inevitables, están del lado de las experiencias que no se hacen, sino que se padecen (Mèlich, 2010). Por eso, es claro que la consciencia del devenir individual y social se debe en gran parte a la memoria, a la capacidad de reconocer el estado actual de las cosas como el resultado de acontecimientos pasados, de ahí que la identidad de los seres humanos y la misma historia de la humanidad estén tan ligadas al recuento narrativo de estos giros trascendentales que suponen los acontecimientos.

De algún modo en nuestras narraciones hay una carga de conciencia que busca captar y reordenar el movimiento, a veces veloz y caótico, de lo que nos acontece. En síntesis, se entiende que, distinto de esa *memoria automática*, de rutina, la *memoria narrativa* está destinada a la narración de los acontecimientos que hacen tambalear la normalidad cotidiana. Así, los relatos e historias del acontecer son, ante todo, recuentos del padecer las deformaciones o transformaciones sufridas por las influencias de los ambientes o épocas que, además, impulsan a reformular los trayectos vitales.

A la luz de estas apreciaciones, ¿podrá entonces considerarse la participación en el conflicto armado parte de un acontecimiento cuya experiencia deja el eco de un viejo proyecto vital? ¿Es acaso la firma de los Acuerdos de Paz un acontecimiento que obliga a replantear las formas de lucha, los modos de vida e incluso los discursos de los excombatientes? En aras de preparar el oído para distinguir los ecos que resuenan en las memorias de los excombatientes Farc, no se puede perder de vista que “el pasado está hecho de acontecimientos múltiples de significación indeterminada; [y que] los actores presentes son los que deciden dotar a estos acontecimientos de un valor indudable” (Todorov, 2004, p. 172).

Las memorias narrativas (Jelin, 2002) pueden ser de gran importancia en la distinción de las gramáticas de la memoria que subyacen a los acontecimientos relatados por los firmantes de

paz, siempre que en ellos se compartan las experiencias de ruptura de vida y de historia que al tiempo que demandan construcción de nuevos sentidos invitan implícitamente a su interpretación.

Asumiendo entonces que para los hoy firmantes de paz las experiencias de guerra y reincorporación suponen grandes acontecimientos de vida, en los que se inscriben diversos tiempos y espacios de ruptura, es inevitable preguntarse por los replanteamientos vitales de aquellos que transitan hacia la vida civil, así como por las lecturas y relecturas que hacen de ese modo de ser en un mundo con dinámicas distintas a las del mundo habitado desde el uniforme. Dicho esto, pensar en los relatos de vida de firmantes de paz como narraciones de sus propios acontecimientos remite a uno de los rasgos del testimonio que defiende Mèlich (2006) como algo que no prueba, ni da cifras, que no dice, sino que muestra una experiencia a través de la «palabra inverificable» de que se estuvo allí donde señala la narración.

No obstante, hay que recalcar que el mismo sentido del relato como expresión del acontecimiento, o como testimonio de haberlo vivido, se distancia con el tercer postulado de Mèlich (2006), donde afirma que “la experiencia del testimonio es siempre la de un vacío, la de una ausencia [...] la víctima que no ha sobrevivido” (p. 120), pues, al contrario de esta visión, los relatos de los firmantes de paz no apuntan a dar cuenta de una ausencia de otro en tanto víctima, sino que insinúan la presencia de los otros reflexivos en que devienen como antiguos responsables tras la memoria y la narración de sus acontecimientos de vida.

Esta perspectiva resulta indispensable si se tiene en cuenta la implicación que tiene la postura biográfica en materia de memoria, ya que la reflexividad o la conciencia reflexiva que propician el relatar y narrar, además de ser condición *sine qua non* para la *memoria ejemplar* (Todorov, 2006), también es el estado necesario “para que el relato de vida pueda esbozarse o, más aún, para que se desarrolle” (Bertaux, 1999, p. 14).

Esta propuesta se hace pensando en la comprensión de nuestras realidades sociales y humanas, pues el paradigma cualitativo aparece justamente como la forma particular de entender la condición humana desde una perspectiva que no se reduce a la mirada ajena sobre los excombatientes, hoy firmantes de paz, y su responsabilidad en todo aquello que concierne al conflicto armado, sino que propicia una relación estrecha que incluye la interacción con el cuerpo, la palabra, el saber y el ser de quienes vivieron esta realidad desde el accionar bélico con quienes hoy buscamos comprenderla.

1.3. Hacia una Ética de la Investigación

“La búsqueda de algo perdido es, sin duda, el origen de la memoria”
(Zambrano, 2004, p. 233).

Inquietarse por las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz, durante y después de la guerra, requiere, además de unas consideraciones éticas, responsabilizarse frente a la acción política de narrarse. Desde nuestro lugar como investigadores, asumimos la interpretación como una construcción dinámica, subjetiva, en doble vía, que nos implica palpar y penetrar las diferentes capas de significado presentes en las narrativas, reconociendo que las representaciones producto de la memoria son complejas y están influenciadas por múltiples factores como la cultura, la política, la historia nacional y personal. Todo el andamiaje desde el que hemos caminado.

En ese sentido, desde nuestra apuesta investigativa, proponemos la discusión del alcance de la interpretación y el respeto de los límites que ella supone como un escenario de corresponsabilidad que, retomando a Sontag (1984), no debe limitarse a una búsqueda de un significado único y definitivo, pues las interpretaciones pueden variar y evolucionar a lo largo del tiempo y en diferentes contextos. La interpretación, en nuestra escena, desempeña un papel crucial en la comprensión de las narrativas y las representaciones simbólicas.

La interpretación es una forma de conocimiento y una práctica esencial para comprender el mundo y sus representaciones (Sontag, 1984). Así, interpretar las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz nos exige tensionar las narrativas dominantes y las construcciones simbólicas establecidas que pueden perpetuar interpretaciones sesgadas o simplificadas del conflicto armado, la memoria y la construcción de paz. De ahí que defendamos la necesidad de una interpretación crítica que nos permita dar lugar a múltiples perspectivas y voces que puedan haber sido ignoradas o silenciadas por un oído hegemónico.

La interpretación en una investigación hermenéutica debe estar conectada con la acción y el compromiso ético; “debe ser un encuentro entre sujetos, no el análisis monológico de cosas muertas, en que el único que tiene voz es el investigador (sus instrumentos, sus percepciones, sus

categorías) [...] debe ser una investigación dialógica: un encuentro activo entre sujetos subjetivándose” (Sisto, 2008, p. 124).

Desde esta perspectiva, la interpretación de las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz no busca comprender las estructuras discursivas utilizadas por los excombatientes, sino ampliar los sentidos de su experiencia histórica y personal a través de la construcción que permite una *fusión de horizontes* (Gadamer, 1999) para promover la justicia, la reconciliación y la construcción de una paz real y sostenible. Por eso, para nosotros, la interpretación se convierte en una herramienta de transformación social al desafiar los discursos que perpetúan la violencia y alentar nuevas formas de narrar y recordar que promuevan la comprensión mutua y la reconciliación entre quienes afrontaron el conflicto armado, indistintamente de la orilla desde la cual lo vivieron.

Significamos la interpretación como enfoque activo, crítico y comprometido desde el cual podemos contribuir a una comprensión más profunda de las narrativas de memoria y paz, y promover procesos de reconciliación y reconstrucción social más equitativos y justos. Pero la interpretación no se agota en este ámbito.

No acusamos la interpretación para volver socialmente domesticable lo narrativo o lo textual en el caso de la investigación hermenéutica sobre las gramáticas de la memoria, sino que acogemos la interpretación como oportunidad para realzar el valor simbólico y plural que puede ofrecer un texto, un discurso o una memoria al ser la expresión de un mundo de experiencias y significados que se extienden desde su literalidad hasta la recepción de la sociedad que escucha y lee.

Dice Julieta Leo (2016) que “la hermenéutica nace a partir de la polisemia, porque donde hay univocidad no hace falta la interpretación”, entonces, esta ruta de lectura es a su vez la propuesta de un camino interpretativo que conduce a entender las memorias como voces textuales que la sociedad está exigiendo para valorar, criticar e incluso validar sus procesos de reconstrucción y transformación social. Porque las memorias como textos también ponen sobre la mesa la pregunta por cómo relacionarnos con estos productos orales y escritos, y qué lugar darles si son ampliamente aceptados, rechazados, si son susceptibles de circulación y debate, o si son objeto de censura tal como lo han sido las voces (y los textos) que valores de la época miran con desdén.

En suma, asumimos la interpretación como un proceso dialógico, un ir y venir constantes entre el intérprete y lo interpretado; un proceso donde los sujetos “participan con todo lo suyo, con su historia de subjetivación, con su cuerpo, en definitiva, con su ser situado y concreto” (Sisto, 2008, p. 124), a partir de un ejercicio consciente y reflexivo de resignificación, una experiencia única e irrepetible puesta en la narración.

1.3.1. ¿Qué significa escuchar las narrativas de firmantes de paz como huellas de las gramáticas que subyacen a sus memorias? Escuchar las narrativas de los firmantes de paz significa para nosotros la posibilidad de acceder a una cadena de relaciones que profundizan en la condición humana de quienes se han visto despojados de ella por las narrativas dominantes. Una condición humana tan ambigua como contradictoria, tan responsable como doliente. Escuchar las narrativas de firmantes de paz es, de este modo, acceder a la memoria vinculada a la lengua; a la lengua vinculada al sujeto y al sujeto vinculado a su historia. Esas historias y las evocaciones de caminos recorridos (o proyectados) no son minúsculas por emerger del lado alterno de la Historia —con mayúscula— que parece petrificarse en el dato y pasar de soslayo la voz misma de la vida en confrontación, sea en el conflicto armado o en la transición hacia la experiencia de paz.

Se trata entonces de asumir la escucha en función de una *conversación hermenéutica* y de *una fusión de horizontes* (Gadamer, 1993) que permita interpretar el mensaje de los firmantes de paz desde sus mismas indicaciones para dialogar desde una voz ética dispuesta a comprometerse con las narrativas que cuentan distintos tonos de la verdad. Una *conversación hermenéutica* que, aun en su propia contingencia, demuestra su potencia como guía en una interpretación más profunda y significativa de la memoria, toda vez que “tiene su propio espíritu y [...] el lenguaje que discurre en ella lleva consigo su propia verdad, esto es, «desvela» y deja aparecer algo que desde ese momento es” (Gadamer, 1993, p. 235).

Para nosotros, afrontar el reto con el mensaje conlleva asumir la labor de escarbar en las palabras de aquellos que anduvieron las trochas colombianas y profundizar en su memoria, en ese boscoso pasado cargado de *porqués* y *paraqués*. Conversar sobre el pasado, presente y futuro con los firmantes de paz significa navegar la memoria sobre las palabras que pueden movilizar las voces encalladas a orillas de la historia; esa orilla que dibuja las causas sociales, ideológicas, políticas y económicas que alimentaron el fuego armado colombiano; pero también esa orilla a

donde llegan los actores del conflicto que transitaron hacia la paz. Entre estos vaivenes por las palabras de la memoria es donde debe inscribirse la resistencia al olvido, la celebración de la vida y la promesa de un futuro tejido con los hilos de nuestro pasado, pues

La memoria opera como puente que, articulando dos orillas diferentes, sin embargo, las conecta. Al hacerlo nos permite, como acto central, recordar aquello que se borra del pasado, o bien se confina en él, precisamente por sus incómodas resonancias con el presente. (Calveiro, 2006. p. 377)

Frente a este horizonte, la pregunta por las orillas de la memoria reconoce la pluralidad de rostros que surgen de esas memorias labradas con esmero; de ese mosaico de humanidad envuelta una vez en armas y tejida con hilos de dolor y esperanza. Aquí, cada narrativa de los firmantes de paz es una pincelada única; un matiz que enriquece nuestra memoria colectiva y se nos ofrece como una artesanía de la historia que se esculpe con precisión y detalle.

1.3.2. Consideraciones Éticas. Esta travesía investigativa fue enarbolada por la bandera de la reflexión, el respeto y el cuidado del otro como de sí mismo. Buscamos no solo asegurar la integridad y la validez de nuestra labor, sino también salvaguardar los derechos y el bienestar de los firmantes de paz que participan en esta construcción conjunta de conocimiento. Como investigadores de la Universidad de Antioquia, nos adherimos fielmente a las directrices delineadas por el Código de Ética en Investigación, impulsado por la Vicerrectoría de Investigación, la Comisión Institucional de Ética y el Comité Central de Ética en la Investigación.

Las consideraciones éticas que guiaron nuestra investigación promovieron un escenario donde los firmantes participaron movidos por su deseo de ser escuchados. Nos comprometimos a respetar la información aportada por cada uno, y su consentimiento expreso nos permite compartir y difundir lo puesto en los espacios de conversación. Acordamos cuidar sus datos personales con los cuales puedan vulnerar su privacidad e intimidad; algunos manifestaron querer ser llamados por “su nombre de guerra”, no porque deseen ocultar sus nombres de pila, sino porque desde estos han construido su identidad.

Con transparencia y honestidad expusimos de manera clara y precisa los objetivos de la investigación, nuestro rol y las formas en que organizamos los momentos compartidos y lo que allí se dialogó. No toleramos ningún tipo de engaño o manipulación, de ahí que fuéramos muy

cuidadosos en prevenir cualquier tipo de daño, tanto físico como emocional, a los firmantes de paz, quienes, con voces diversas y representativas, decidieron compartir sus memorias con nosotros. Al final, les compartimos cada producción escrita para validar su satisfacción y comodidad con lo construido a partir de su participación, en la que consideramos su autonomía, permitiéndoles proponer y relatar experiencias y significados en relación con el conflicto armado y los procesos de paz y reconciliación en los que participan.

2. Guajarros en el Camino: una Exploración Metodológica

Como sociedad hemos rotulado a quienes dejaron atrás las noches de guardia y las caminatas por las selvas de Colombia para transitar los senderos de la paz y la reconciliación. Esas etiquetas —al orden del día desde el estigma y el prejuicio, pero también desde el reconocimiento de los actos más atroces en contra de su mismo pueblo— han entorpecido la aceptación de un Acuerdo que, a la mirada del mundo, significa el alumbramiento para una nación en paz. Así es como los radicalismos encaran con sus claroscuros la fragilidad del ser humano frente a las posiciones de sujeto que llega a adoptar en su paso por la historia.

Los hoy firmantes de paz —quienes no nacieron empuñando un fúsil, pero sí heredaron un conflicto armado que data de finales del siglo XIX— decidieron un día alzarse en armas amparados en un ideal de país que los llevó, en su momento, a distanciarse de sus propias raíces y enrostrar las consecuencias del abandono estatal desde las filas de la guerra. De aquí que firmar el Acuerdo de Paz con el gobierno nacional representó para muchos la oportunidad de reconstruirse desde sus adentros; reencontrarse con sus familias; caminar en busca de sus sueños y seguir luchando por un ideal de nación desde el diálogo, las oportunidades y las acciones comunitarias.

2.1. Retrato del Firmante de Paz

Describir a cada firmante de paz es darle rostro a la investigación, es pintar con palabras la corporeidad de quienes a través de sus narrativas nos permitieron navegar por la otra orilla de la memoria para darle un sentido completo, al tiempo inacabado, a nuestra historia nacional que sigue tejiéndose con cada experiencia de vida que logra ser contada.

Francelly y Alejandro son oriundos de Medellín; ella, de Aranjuez y él, de Villa Hermosa; Marcos es de Quinchía (Risaralda), pero creció con sus familiares entre Pereira y

Medellín; Harrison, nacido y criado con el ejemplo de su abuelo y su padre, es un campesino del Urabá antioqueño. Sus estancias en las filas de las Farc fueron de larga data. Firmaron el Acuerdo y hoy, en su reincorporación, lideran procesos y proyectos encaminados a su cumplimiento: Francelly, lideresa social, presidenta del mercado de mujeres farianas, cursa sexto semestre de Sociología y trabaja con y por comunidades de mujeres indígenas y campesinas; Alejandro es representante en el Consejo de Paz de Antioquia; Harrison es presidente del AETCR de Dabeiba y dirige una cooperativa de cacaoteros del mismo territorio; y Marcos es miembro de la mesa directiva de Comunes en Bogotá.¹³

Cada uno participa de procesos de reincorporación que dan testimonio de su compromiso con las comunidades afectadas por sus acciones militares. Por eso, participar de los espacios donde los firmantes de paz narran sus experiencias durante y después de la guerra fue, es y será un punto de partida para reconocerlos como poseedores de una memoria y una historia viva que tensiona y resignifica la narrativa hegemónica, perpetuada a lo largo del tiempo.

Francelly Arias (nombre de pila) es una mujer de 50 años. Por casi 20 años vivió alzada en armas, esto, en inmediaciones de Nariño, Sonsón y Argelia, municipios del Suroriente antioqueño, pero también en Medellín. Fue condenada por rebelión a seis años de cárcel, de los cuales cumplió tres en un centro penitenciario y los otros tres fue beneficiada con casa por cárcel debido a su condición de madre, y que no tenía quién cuidara de sus dos hijos, hoy de 21 y 17 años. El mayor es estudiante universitario y la menor cursa su último grado de bachillerato. Su vida transcurre entre Medellín, la ciudad donde viven sus hijos; y Bogotá, su lugar de trabajo. Francelly participa en todo: capacitaciones, foros, asambleas, plenarias, iniciativas de memoria, paz y reconciliación; además, visita los AETCR presentes en Antioquia. En estos escenarios comparte con comunidades de mujeres, algunas víctimas de violencia sexual, otras campesinas, indígenas y lideresas sociales. Dentro de sus muchas pasiones predominan las artes plásticas, cultivarse en el estudio y compartir con las comunidades en los territorios.

Alejandro Posada (nombre de pila) es un hombre de 62 años, de los cuales 15 militó en las filas de las Farc. Purgó una condena de 15 años y recuperó su libertad gracias a la firma de los Acuerdos de Paz. Su lugar al interior de las Farc era de inteligencia, de diseño y activación de

¹³ Inicialmente convocamos a cinco firmantes paz para que participarán de la investigación: dos mujeres, Francelly y Mónica; y tres hombres, Alejandro, Harrison y Marcos. Mónica participó de varios escenarios de conversación al interior de su comunidad y con familias afectadas por el conflicto armado. Algunos espacios no pudieron darse puesto que es madre de una niña de tres años, estudia su pregrado en Psicología y hace parte de la mesa TOARJ.

carrosbomba. Es padre de dos hijos y abuelo de un niño a quien procura enseñarle que la violencia y las armas no son el camino. Sus días los pasa en los territorios, entre comunidades, asambleas, iniciativas de memoria, paz y reconciliación. Desea continuar aportando a los procesos de verdad, reparación y justicia restaurativa.

Harrison (nombre de guerra) a sus 65 años dedica su vida a sembrar cacao, café y plátano en las montañas de Llanogrande (Dabeiba). Convencido de su lucha de raíces campesinas, por más de 35 años fue comandante de las Farc, iniciando en el Urabá antioqueño y terminando sus días como alzado en armas en el Oriente: Sonsón, Argelia y Nariño. Llegando a este último, viniendo de San Vicente del Caguán, es capturado por un comando de la policía en límites con el departamento de Caldas. En la cárcel pagó una condena de 17 años, también recupera su libertad tras la firma de los Acuerdos de Paz.

Marcos Urbano (nombre de guerra) es un hombre de pocas palabras, pero precisas y directas. Con 64 años de vida caminó la ciudad y atravesó las montañas del Oriente de Antioquia por más de 30 años, muchos de ellos comandando varios frentes de las Farc. Padre de tres hijos de 25, 21 y 17 años: la primera, comunicadora social y estudiante de Derecho; el segundo, estudiante de Química; y la tercera, cursa su último año en secundaria. En sus hombros recayó la responsabilidad de muchas acciones y asaltos a las comunidades de algunos municipios, entre ellos, Nariño, Sonsón, Argelia y el norte del departamento de Caldas. Entre 2011 y 2017, años que estuvo privado de su libertad, tuvo la experiencia de convivir en la misma celda con un paramilitar y un policía; relación que suscitó que los hijos de todos compartieran en el patio de la cárcel, en los días de visita. En 2016 se firma el Acuerdo de Paz y es gracias a este que Marcos recupera su libertad y decide reincorporarse a la vida civil, continuando con su liderazgo al interior del partido Comunes, desde donde lucha con esmero por sus comunidades.

3. Hilando Memorias: Una Mimesis en Tres Actos sobre las Narrativas de Firmantes de paz

En estos contextos, donde la paz y la reconciliación son imperativas para la construcción de sociedades más justas y equitativas, propusimos, para realizar el análisis de datos e interpretación de resultados, una caja de herramientas que devino creación al asumir nuestro rol de investigadores como *bricoleurs*, aquellos que desde su oficio construyen a partir de retazos de mundo, echan mano de numerosos recursos y reutilizan los enfoques, métodos y técnicas propios

de distintas disciplinas de investigación (Denzin y Lincoln, 2012). En esta escena, como investigadores *bricoleurs*, no seguimos una metodología a la manera de un calco traído de otras fuentes descontextualizadas, sino que construimos nuestra propia metodología con las herramientas a nuestro alcance y en función de los propósitos de su nuestra investigación.

Es por eso que desde nuestra pregunta de investigación, las gramáticas de la memoria en tanto conjunto de signos, símbolos, coordenadas y énfasis en los acontecimientos se postularon susceptibles de ser *identificables* en la palabra y en los mensajes que estas mismas refirieron; *comprensibles* en la narración que entrañó los sentidos tras las formas enunciativas de la memoria; *interpretables* como formas de hacer lecturas de contexto y de sentar unas posiciones éticas, políticas y formativas frente a lo evocado y a la realidad aún conectada a los trayectos de vida del pasado y del futuro. Esto nos implicó entender cómo emergieron, se construyeron y se tensionaron sus significados, cómo se percibieron las decisiones pasadas y cómo se proyectaron en el por-venir.

En consecuencia, nuestra propuesta representó un valioso esfuerzo por profundizar nuestra comprensión de la complejidad humana en el contexto de la guerra y la reconciliación, ofreciendo perspectivas de la otra orilla de la historia que son de vital importancia para la consolidación de la paz en sociedades que, como la nuestra, han experimentado conflictos de larga data.

Como elemento fundamental, en el marco de esta investigación sobre las gramáticas de la memoria de firmantes de paz, la *triple mimesis* de Paul Ricoeur se nos presentó como un recurso esencial dentro de nuestra caja de herramientas, concebida y forjada en el espíritu del bricolaje investigativo. Acompañados de Ricoeur, timoneamos un proceso creativo de construcción metodológica que nos permitió articular, reinterpretar y reconstruir significados en un proceso continuo de construcción y deconstrucción de la historia nacional sobre el conflicto armado y los procesos de paz, enriqueciendo nuestras prácticas creativas y nuestra comprensión del ser humano y todo aquello que lo rodea.

3.1. La Triple Mimesis de Paul Ricoeur

Paul Ricoeur extrae de *La poética de Aristóteles* el modelo de construcción de la trama en la tragedia y así lo extiende a toda composición que llamamos narrativa. De este modo ve en el

mythos aristotélico el germen de aquello que denomina mimesis y que define como la labor de representar y configurar el mundo de la acción por medio de la narración.

Para Ricoeur (1995) hay una correlación evidente entre lo que significa narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana, por lo que refiere que “el tiempo se hace humano en la medida en que se articula en un modo narrativo” (p. 113). Al respecto, hay que añadir el lugar de la memoria como parte del conjunto de movimientos que supone ese *humanizar y articular* el tiempo de nuestra existencia; pues, en sí misma, la memoria posibilita las operaciones de *instalación* (Mèlich, 2010a), *selección y marginación* (Todorov, 2004) que conducen a una narración desde la conciencia de *ser y obrar* en el tiempo.

En la lógica Ricoeuriana de un tiempo humanizado por la vía narrada, esta narración “alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal (Ricoeur, 1995, p. 113). Pero, si la narración significa en relación con nuestra condición de existir en el tiempo, es preciso entender que la memoria significa en relación con la consciencia del obrar y acontecer en cada trayecto. Entonces, nos situamos del lado de Ricoeur cuando sostiene que “la narración es el objeto de la actividad mimética” (Ricoeur, 1995, p. 88) y que aquello que logra vincular el tiempo y la narración de la existencia es la *mimesis*, esa representación y disposición de hechos que se articulan en la creación narrativa.

Ahora bien, esta actividad mimética se distingue en tres momentos que transcurren desde una fase de *prefiguración* o etapa anterior a la narración (*mimesis I*); seguida por la fase de *configuración* narrativa que articula o entrama acontecimientos (*mimesis II*); y concluyendo en el terreno de la recepción donde la mirada del lector *reconfigura* los sentidos y las ideas elaboradas en la creación narrada (*mimesis III*).

3.2. Memoria y Mimesis: el Tránsito de una Historia Potencial hacia una Historia Efectiva

Desde la disposición de los hechos que permite la creación de una trama en la *mimesis*, la memoria es ese recuento de la acción susceptible de ser comprendido como antecedente de la narración y, a su vez, como aquello que la motiva. Ahora, no necesariamente lo no dicho y lo no narrado hacen parte de lo no recordado, estos silencios también pueden albergarse en la memoria a modo de resistencia, de trámite subjetivo o de recuerdo atesorado en la intimidad. Sin embargo, dice Ricoeur (1995) que “la historia de una vida procede desde historias no contadas e

inhibidas hacia historias efectivas que el sujeto podría hacer suyas y considerarlas como constitutivas de su identidad personal” (p. 144).

Al mismo tiempo, hay que considerar que “narrar, seguir, comprender historias no es más que la «continuación» de estas historias no dichas” (Ricoeur, 1995, p. 145). En esa medida, los terrenos de la memoria no solo son adyacentes a la narración, sino que también lindan con los de la pre-narración y de ahí que exista una estructura pre-narrativa de la experiencia que nos permite hablar de *historias potenciales* como aquellas que aún no han sido contadas y, en contraste, de *historias efectivas* como aquellas ya narradas o configuradas por una trama.

En esta escena, asumimos la memoria como parte fundamental de la *preconfiguración narrativa*, esa fase anterior a una historia y a la *disposición de los hechos* que logra la mimesis. Desde luego, consideramos que *las historias potenciales* reposan en la memoria que aguarda y motiva la narración, y que son la conversación, la escritura y articulación de las tramas aquello que permite acceder a la representación de las memorias materializadas en *historias efectivas*. De ahí que, en la labor de interpretar las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz, contemplemos una *triple mimesis* que permita acompañar el tránsito que da la memoria como historia potencial hacia la memoria narrada como historia efectiva, y en cuyas representaciones y disposición de hechos sean visibles sus propias gramáticas.

3.3. Aplicación de La Triple Mimesis

Mimesis I: como etapa anterior a la narración, en la *mimesis I* se precisa de comprender las acciones y los acontecimientos que tienen o tendrán lugar en la historia a narrar. Bien dice Ricoeur que “el sentido de *mimesis I* es el de “comprender previamente en qué consiste el obrar humano: su semántica, su realidad simbólica, su temporalidad” (Ricoeur, 1995, p. 129). Eso explica que en esta etapa sea crucial la identificación del obrar y del padecer del protagonista de una experiencia y, ocasionalmente, el de aquellos que tienen lugar en ella.

Las acciones, vistas estrictamente como aquello que alguien hace, implican fines, motivos, agentes, responsables, circunstancias, factores a favor o en contra y resultados. Dimensionar toda esta red conceptual que las rodea es aquello que Ricoeur (1995) llama *comprensión práctica de la acción* y, según él, sobreviene de manera más simple en las respuestas a preguntas por el "qué", el "por qué", el "quién", el "cómo" o el "contra quién" de la acción.

Ahora, sí “comprender una historia es comprender a la vez el lenguaje del hacer” (Ricoeur, 1995, p. 119), entonces en esta etapa procedemos a identificar las acciones y acontecimientos sugeridos por los firmantes de paz para luego proponer un orden sintagmático que las nombre sucesivamente, esto con miras a que después pueda articularse esa *comprensión práctica de la acción* en una composición narrada.

El siguiente es un ejemplo de la organización que postulamos para reconocer las acciones que los firmantes de paz refieren en sus memorias. Igualmente, relacionamos estas acciones a título de uno o varios acontecimientos que consideramos puntos de inflexión en la narración.

Imagen 3. Síntesis y adaptación propia de la Triple Mimesis de Paul Ricoeur implementada en la investigación.

Dimensión temporal	Acontecimientos	Acciones
Principios de 1980 (adolescencia)	Dimensionar a las Farc como único grupo insurgente con vocación de poder en el país	Escucha por la radio a General del ejército diciendo que el único grupo insurgente con vocación de poder en la época son las Farc.
	Padecer la ausencia del padre en el hogar	Ayuda a su madre con labores de costura.
	Reconocimiento de la pobreza y la riqueza Vivir las dos caras de la realidad social	Trabajó como mensajero en una empresa de decoración de eventos. Conoció lujos de personas adineradas de la ciudad. Reconoció las carencias y facilidades de su vida y entornos cercanos; trotaba desde su casa hasta Santa Elena, veía la pobreza de la periferia.
1985	Ingresar a la universidad, conocer distintas ideas	Renuncia al trabajo. Matricula en las dos universidades públicas de la ciudad (Universidad Nacional y Universidad de Antioquia).

	Vivir el regreso de su padre al hogar	
	Experimentar el ambiente de paro cívico en el país	Conoce luchas y liderazgos estudiantiles.
	Embarazo de su novia	Hace caminata hacia la montaña de El Retiro y sus compañeros le comparten lectura de estatuto agrario de las Farc.
	Primeros acercamientos de paz entre Farc y Belisario Betancur	Líder le ofrece acceder a un grupo insurgente, rechaza la propuesta y responde que las Farc son las únicas con vocación de poder en el país.
	Conoce a “Jimmy” en la universidad, un experto en explosivos	Asiste a charla de experto en explosivos de las Farc.
1987 (adultez)	Toma a puesto de policía en municipio de Granada, Antioquia	Participa en labores de inteligencia y recuperación de fusiles en comando de policía de Granada, Antioquia. Grito de “asesino” a comando de operación.
2016 en adelante	Firma de los Acuerdos de Paz	Tener encuentros y conversaciones con comunidades de víctimas. Leer cartas de víctimas del conflicto, escribir respuestas. Participación en escenarios de paz y reconciliación.

Mimesis II: dice Ricoeur (1995) que la mimesis en extenso es “el paso de un tiempo prefigurado a otro refigurado por la mediación de uno configurado” (p. 115). En otras palabras,

la *mimesis* es la mediación que ejerce la composición narrativa para permitir el tránsito de una precomprensión de la historia hacia un *después* en donde se reconfigura o se reinterpreta con su lectura. En ese sentido, la *mimesis*, a través de la trama, se ocupa de movilizar el sentido de las acciones y obra como un proceso de narración y entramado que busca transformar un sentido en otro. En esta etapa nos disponemos entonces a nutrirnos de las conversaciones con los firmantes de paz para asumir la tarea de construir la historia que rodea y articula los acontecimientos y acciones enunciadas.

Mimesis III: es importante resaltar que Ricoeur expresa una mayor función mediadora en la mimesis II que, así como la memoria, cumple la función de un puente entre un antes y un después de la narración. Aquí, en la mimesis III, la labor hermenéutica es fundamental para vislumbrar ese *después* en que la **interpretación** permite hablar de la reconfiguración en los órdenes y sugerencias de la misma narración. Por eso, entendemos también el momento de la mimesis III como parte vital de la comprensión de los énfasis y sentidos que, como parte de una disposición entramada de hechos, constituyen las gramáticas de la memoria en las narrativas de los firmantes de paz.

En síntesis, basados en la interpretación que elaboramos de la *triple mimesis* de Ricoeur, proponemos la siguiente comprensión de tres momentos y, así mismo, relacionamos cada uno de ellos a un proceso aportante en la fase de la investigación correspondiente al análisis e interpretación de las gramáticas de la memoria en los relatos de los firmantes de paz.

Imagen 4. Síntesis y adaptación propia de los momentos de la Triple Mimesis de Paul Ricoeur implementados en la investigación.

Momentos	Proceso de la actividad mimética
Mimesis I	
Etapa de precomprensión del obrar humano y su temporalidad, momento de prefiguración de la historia.	Identificar acontecimientos y acciones Reconocer las dimensiones temporales de la acción (etapas de la vida o, bien, pasado, presente y futuro)

Mimesis II	
Etapa de creación, momento de configuración de trama narrativa.	Hacer síntesis y despliegue de lo heterogéneo: disponer hechos y relacionar acontecimientos
	Transformar los acontecimientos en narración, historia
Mimesis III	
Etapa de poscomprensión y lectura. Es la intersección entre el mundo del texto y el del oyente o lector. Momento de refiguración de los sentidos a partir de la lectura.	—Responder a los objetivos de comprensión e interpretación— Aplicar lectura hermenéutica y análisis a los órdenes y énfasis de lo narrado
	Comprender las implicaciones de sentido y las refiguraciones (movilizaciones) de ideas o valores identificados en la narración

3.3.1. Escudriñando entre las Profundidades del Saber. Acto I

En esta etapa inicial, nos dispusimos a la identificación del problema que motivó nuestra investigación. Este momento fue precedido por conversaciones profundas y la participación en los encuentros entre firmantes del Acuerdo de Paz, así como la mediación de las conversaciones entre ellos y las comunidades afectadas por décadas de conflicto armado. Aquí, delineamos cuidadosamente nuestro enfoque epistemológico y diseñamos las estrategias que nos guiaron para alcanzar nuestros objetivos. Buscamos literatura relevante y ahondamos en los trabajos previos de otros investigadores para ampliar nuestro horizonte de posibilidades y ofrecer perspectivas otras ante nuestra comunidad de discusión académica.

La mayoría de los trabajos que referenciamos en el capítulo de Antecedentes vieron en sus testimonios la construcción de memoria frente a algún aspecto que tocó la experiencia de la militancia en tanto grupo Farc, o en tanto parte de las dinámicas del conflicto armado. Sin embargo, pusimos de relieve que, si bien en su conjunto los trabajos constataron la importancia de hablar de las memorias de estos actores en la sociedad de hoy que busca resignificar su

pasado, el vacío que vimos en los estudios no refirió la memoria como un todo vinculado a las distintas subjetividades de sus actores y, menos, un todo compuesto por los énfasis dados según los sujetos, sus causas o modos de enunciación.

Por consiguiente, desde nuestra pregunta de investigación propusimos la noción de *gramáticas de la memoria* en procura de comprender las derivas de la memoria, no como práctica que refiere un modo de hacer en el pasado, o un saber, sino como un mundo de signos, símbolos, énfasis tras lo relatado que develan posiciones y las coordenadas éticas con que el sujeto se mueve en su mundo, o en los mundos que evoca. Esta noción de memoria no ha sido abordada en los estudios que referenciamos, por eso resaltamos la importancia de las gramáticas de la memoria en tanto reconstrucción y diálogo alentado por las distintas voluntades, cosmovisiones del sujeto y, por tanto, como la forma en que una memoria multidimensional alberga las ideas, causas y preocupaciones de quien la enuncia, una memoria vinculada a la lengua del sujeto y a unas gramáticas, a su vez, variables.

3.3.2. Entre Textos, Contextos y Pretextos. II Acto. Hablar de textos no se limita únicamente a la escritura; también convoca la narración, el dibujo, la pintura, la fotografía... Nuestra comprensión sobre la investigación reconoce que este proceso no solo se trata de recopilar datos, de intercambiar información, sino de tejer la vida en palabras y construir significados a través de la interacción con otros. En este sentido, abordamos la pregunta sobre las gramáticas de la memoria en las narrativas de firmantes de paz desde una metodología que integró múltiples formas de expresión y diálogo: talleres, círculos de conversación, escritura de cartas, encuentros entre firmantes de paz y comunidades afectadas por el conflicto armado y entrevistas semiestructuradas; acciones desde las que se buscó profundizar en la comprensión de las narrativas individuales y colectivas que configuran la memoria de los actores involucrados en procesos de paz.

3.3.2.1. La Conversación Hermenéutica. Con-versar es versar con otros. Conversar es tejer la vida en palabras, es narrar para el otro, pero también para sí mismos. Conversar es suceder el turno, allí “una palabra conduce a la siguiente y la conversación gira hacia aquí o hacia allá, encuentra su curso y su desenlace” (Gadamer, 1994, p. 235). En ese camino coincidimos con la conversación hermenéutica (Gadamer, 1993), una estrategia metodológica

desde la que nos dispusimos a escuchar a ese otro para comprender su perspectiva y sumergirnos en un tejido interconectado de significado y comprensión que atraviesa el tiempo y el espacio.

Desandamos lo vivido al ritmo de la conversación hacia una interpretación más profunda y significativa de la memoria, un escenario donde “la conversación tiene su propio espíritu y [...] el lenguaje que discurre en ella lleva consigo su propia verdad, esto es, «desvela» y deja aparecer algo que desde ese momento es” (Gadamer, 1994, p. 235). Dicho esto, con la conversación hermenéutica como estrategia metodológica que trasciende las barreras del presente, extendiéndose tanto al pasado como al futuro, tuvimos la oportunidad para escuchar las voces históricamente marginadas; esa orilla de la memoria relegada para favorecer la narrativa de los vencedores. Conscientes de ello, en nuestro trayecto investigativo, caminamos como *mediadores* entre la memoria y sus gramáticas, esto es, entre la memoria y sus sentidos, sus énfasis, sus simbologías, asumiendo la tarea de descodificarla.

Si de *conversación hermenéutica* hablamos, desde el simbolismo que encarna Hermes pretendimos interpretar las formas en que se constituyen las gramáticas de la memoria de firmantes de paz que participan en procesos de paz y reconciliación, esto, a través de un compromiso ético que aliente una narrativa que abra horizontes para pensar la experiencia de la paz. Por eso, en este suelo, actuamos como puentes entre distintas orillas de la memoria; porque no se trata solo de traducir e interpretar el mensaje, sino de darle su justo lugar y valía (Vásquez, 2017, párr. 10). Tampoco comulgamos con la idea de interpretar como sinónimo de transportar información, pues sabemos que lo que afirmemos, de ahí en adelante, estará untado de nuestra percepción e impresión personal. Ahora bien, también es importante resaltar que la conversación hermenéutica puede presentar desafíos, como la necesidad de habilidades de comunicación intercultural y la posibilidad de sesgos en la interpretación. En consecuencia, consideramos importante promover la conversación en distintos espacios, donde las palabras fluyeron entre los participantes para acercarnos a las múltiples facetas de los firmantes de paz: responsables, comparecientes, padres o madres, líderes sociales; en suma, *seres humanos*.

Los círculos de conversación y los diálogos con comunidades afectadas por el conflicto armado fueron espacios donde se contemplaron como principios la escucha y el respeto. Sin embargo, fuimos conscientes y celebramos la casualidad, la emergencia y los rumbos que toma la interacción humana en la conversación poseedora de su propia voluntad, pues esta no es solo conducida por quienes conversan, sino que estos son también conducidos por ella (Vietta, 2004).

Comprometidos con la conversación hermenéutica, nos adentramos en un proceso profundo de indagación que asentó los cimientos de nuestra investigación sobre las gramáticas de la memoria de firmantes de paz. Cada interacción fue un viaje, donde las vivencias, las emociones, los cuestionamientos, las percepciones y las reflexiones propias se plasmaron a detalle en nuestros diarios de campo, los cuales no fueron solo un registro sino una herramienta esencial para estructurar nuestra comprensión, permitiéndonos articular nuestras intuiciones a partir de las experiencias vividas en cada espacio de conversación.

Las notas en nuestros diarios de campo nos permitieron volver sobre sus narrativas y reflexionar sobre cada encuentro con los firmantes de paz, nutriendo así el sendero hacia nuevas interpretaciones acerca de las distintas formas en que construyen y transmiten sus memorias.

Como cuando

Las palabras de Alejandro me permiten pensar que la memoria está muy cerca de la idea del dolor, de los dolores propios y de los ajenos que los acontecimientos dejan por tramitar desde la reflexión y la conversación y, además, que la construcción de memoria en colectivo a veces se trunca por el dolor que contiene o al que remite cuando se vuelve al pasado, como pudiera pasar con cualquier nariñense que se remita a los daños que sufrió su pueblo en la toma guerrillera del 99. (D. Posada, comunicación personal, 13 de marzo de 2023).

En esencia, el acto de escribir y leer nuestros diarios de campo, y volver sobre ellos, se convirtió en un ejercicio de gran valor que permeó todo el campo y dio espacio a nuestras propias narrativas en respuesta a las conversaciones. Por eso fue que en este proceso también emergieron nuestras propias gramáticas frente a las memorias de aquellos que nos acompañaron como participantes en este viaje investigativo.

3.3.2.2. Andanzas de la Memoria: Coordinadas de Otros Actores de la Historia. Solo hasta julio de 2022 tuvimos en frente a un firmante de paz. Para nosotros era común escuchar de ellos en los pasillos de la universidad, en podcasts, en conferencias, en sus audiencias virtuales; pero no los habíamos tenido en frente, y mucho menos habíamos escuchado los relatos de la guerra en la piel de quien la encarnó por tantos años.

Si nos preguntan cómo es un firmante de paz, la respuesta es simple: son personas como usted y como yo; no tienen nada distinto a nosotros, no tienen tres ojos, “no son monstruos”.¹⁴ Lo único es que por muchos años de sus vidas caminaron Colombia empuñando un fusil con la idea de un país distinto y, hoy, como firmantes del Acuerdo aseguran que para ellos “el proceso de paz no es un discurso, es una opción de vida” (Marcos, entrevista).

Nuestros primeros acercamientos con firmantes de paz se dieron cuando, inquietos por las formas en que se transmite la memoria entre las generaciones nariñenses, mediamos un proceso de intercambio epistolar entre jóvenes y firmantes, quienes, respectivamente, por un lado, corporeizaron la historia de sus familias; y por el otro, le dieron rostro a una guerra que ha puesto sus propios muertos. Firmantes y jóvenes se vincularon a través de sus letras, de sus interrogantes, de sus explicaciones. Para alimentar el proceso, Harrison, Francelly, Alejandro y Marcos participaron de talleres en torno a la oralidad, la lectura y la escritura. Estos encuentros, además de fortalecer las prácticas discursivas, posibilitaron una reflexión sobre el cómo están comunicando sus ideas, experiencias, opiniones, etc., bien sea en los territorios con personas afectadas por el conflicto, en comparecencias o en cualquier otro escenario.

Con detalle preparábamos cada encuentro, sin embargo, las mismas dinámicas de los firmantes –bien sea porque participan al tiempo de varios procesos o en medio de un relato emerge algún otro tema importante– los talleres no siempre se desarrollaron como los habíamos pensado. He ahí lo interesante de cohabitar la investigación con sujetos reales, dispuestos y puestos en la contingencia.

Cada visita a los firmantes implicó planear lo que haríamos con ellos; aunque, es muy complicado aterrizar lo que se planea. ¿Qué propósito tuvo ese encuentro? Desde la semana anterior les propusimos reflexionar y escribir individualmente, desde su lugar de firmantes de paz, sobre algunas de las preguntas que los muchachos de Nariño elaboraron en sus cartas, sin la presión de redactar respuestas políticamente correctas. No obstante, y como con ellos nunca se sabe, la conversación giró y estuvimos muy atentos a los relatos que emergieron de manera muy espontánea, y nos entregaron otras coordenadas para

¹⁴ Palabras de Alejandra Marín, una de las jóvenes participantes del colectivo de memoria intergeneracional del municipio de Nariño, que conversó, en compañía de dos compañeros suyos, con tres firmantes del Acuerdo de Paz, el 30 de mayo de 2023 en el Museo Casa de la Memoria de Medellín. *Poner cartas sobre el asunto. Jóvenes de Nariño conversan con firmantes de paz*. <https://www.facebook.com/facultad.educacion/videos/765086091777608/>

caminar tras los rastros de aquellas memorias que hasta ellos mismos creían olvidadas.
(M. Palacio, comunicación personal, 27 de febrero de 2023)

En total fueron 3 meses yendo y viniendo sobre la escritura de las cartas-respuestas. Nos tomamos el tiempo para escucharlos argumentar oralmente sus respuestas, para hacer ejercicios previos de escritura, para que entre ellos se hicieran sus propios comentarios. Dándole continuidad al proceso, los padres de los jóvenes, afectados directamente por el conflicto armado, quisieron darse la oportunidad para dialogar con quienes en su momento acabaron con la tranquilidad de su pueblo. Los firmantes de paz se dispusieron, al igual que las familias, para la conversación que tuvo lugar el 27 de mayo de 2023 en el municipio de Nariño.¹⁵

Propusimos convocar la ciudad al círculo de conversación, recogiendo esas andanzas de la memoria en la búsqueda del alivio para transitar los caminos hacia la reconciliación, el 30 de mayo de 2023 en el Museo Casa de la Memoria.¹⁶ A este espacio asistieron 170 personas aproximadamente: estudiantes universitarios, profesores, funcionarios públicos, entre otros visitantes que se fueron sumando. En el centro de la conversación estuvieron tres jóvenes del colectivo de memoria y tres firmantes de paz, quienes, además de narrar su experiencia durante ese año y medio de trabajo colectivo, respondieron a los interrogantes de aquellos que los escuchaban en el público.

Compartimos diferentes espacios con los firmantes de paz y algunos de sus familiares desde la presencialidad; no obstante, la virtualidad y la Internet también se nos ofrecieron como escenarios prolíficos a través de los cuales pudimos ensanchar nuestra lectura sobre la experiencia de los excombatientes. Tuvimos la oportunidad de acceder a materiales como audiencias voluntarias ante la JEP, entrevistas a medios de comunicación, fotografías, artículos académicos e informativos, reseñas, etc., y a partir abrimos camino adentro, en la espesura de lo que ha sido la historia reciente de nuestro país.

¹⁵ *Un paso a la vez: un encuentro alrededor de la memoria, la verdad y la reconciliación*. “Estudiantes, padres de familia y firmantes de paz tuvieron la oportunidad de conversar sobre las heridas del conflicto armado y participar en conjunto de la pintura de un mural como mensaje de reconciliación. El evento, liderado por los investigadores Diela Bibiana Betancur, Mariana Palacio y Daniel Posada, con motivos del cierre del proyecto Cartagraffias de la memoria, contó con el apoyo de la Gobernación de Antioquia y la presencia del Centro Nacional de Memoria Histórica”. Tomado de la página web de la Universidad de Antioquia. Consultar el enlace para conocer a detalle lo acontecido: <https://n9.cl/kimju>

¹⁶ *Poner las cartas sobre la mesa: jóvenes de Nariño conversan con firmantes del Acuerdo de Paz*. Invitación a visitar las páginas web de la Universidad de Antioquia y del Colectivo hacemos Memoria para conocer a detalle lo acontecido: <https://n9.cl/wfixo> y <https://n9.cl/i9fr6>

3.3.3. Desvelando las Gramáticas de la Memoria de Firmantes de paz: Entre la Ética, la Política y la Formación. Acto III. A través de un proceso hermenéutico, buscamos desentrañar e interpretar los signos, gestos, simbologías y sentidos, las formas en que los firmantes recuerdan, estructuran y comunican sus recuerdos, sus experiencias antes, durante y después de militar en las Farc. Identificamos los énfasis y los acontecimientos que, posteriormente, posibilitaron la comprensión de las memorias individuales y colectivas, permitiéndonos tejer una interpretación de los significados y narrativas subyacentes en sus relatos y disponer un escenario de discusión alrededor de la memoria de los excombatientes en procesos de reincorporación.

Fase IV. Hallazgos y Comprensiones. Una Composición a dos Voces.

“La experiencia y la expectativa [...] son condición de las historias posibles”
(Koselleck, 1993, p. 337).

En el presente capítulo presentamos el compendio de narrativas de Harrison, Francelly, Alejandro y Marcos, los hallazgos y las conclusiones de nuestra investigación sobre las gramáticas de la memoria de estos cuatro firmantes de paz. Los hallazgos derivaron de un análisis de conversaciones, entrevistas, escritura de cartas y escenarios de diálogo entre víctimas y firmantes, que proporcionaron una visión integral de sus experiencias y percepciones; de su memoria y su narración. Estos hallazgos no solo aportaron nuevas perspectivas sobre la memoria histórica del conflicto armado y los procesos de paz, sino que también destacaron las implicaciones sociales, políticas, éticas y formativas de cómo se narran y preservan estos recuerdos.

En este ejercicio de comprensión, las gramáticas de la memoria revelaron aspectos individuales de la memoria y reflejaron dinámicas colectivas y culturales que influyeron en la forma de reconstruir y reinterpretar los acontecimientos históricos. De ahí que, la memoria, en nuestra escena, se concibió no solo como un ejercicio de rememoración, sino como un acto de reconstrucción que está en constante diálogo con el presente y con las expectativas de futuro.

Este capítulo se trazó en tres momentos, a saber: Tras la tierra prometida: narrativas de humanidad en un mundo en guerra, Lo singular y lo plural en las memorias de los firmantes de paz: dimensiones ética, política y formativa, y el apartado de Conclusiones.

1. Tras la Tierra Prometida: Narrativas de Humanidad en un Mundo en Guerra

“Un hombre se confunde, gradualmente, con la forma de su destino; un hombre es, a la larga, sus circunstancias” (Borges, 1989, p. 598).

Presentamos las narrativas de los cuatro firmantes de paz: Harrison, Francelly, Alejandro y Marcos, quienes construyeron con nosotros esta investigación. Cada relato es el recuento de la vida acontecida en medio de la turbulencia del conflicto y la esperanza de la paz. Una construcción narrativa que tiene como base las palabras de los mismos firmantes relatadas en algunos de sus escritos o cartas a jóvenes, hijos del conflicto; en entrevistas, en los talleres que compartimos y, así mismo, en las conversaciones que llevaron a cabo con víctimas de la guerra. Esta es la forma en que graficamos la memoria de los firmantes de paz repasando las escenas significativas de su vida. Los acontecimientos aquí contados transcurren en sintonía con la historia del país, por eso, las transformaciones de los sujetos narrados circulan a la par que algunas de las coyunturas sociales de nuestro devenir histórico en Colombia. Son pues, historias singulares de insurgencia y ciudadanía que, además de mostrar los acontecimientos que suelen irrumpir en la vida, se reflejan en la influencia de un contexto de conflicto al que por años han perseguido los intentos de paz.

Los de Abajo. Narrativa de Harrison



Imagen 5. Harrison, firmante del Acuerdo de Paz

“Todavía me sobresalto en las noches. Muchas veces al despertar lo primero que hago es mandar la mano a ver si encuentro el fusil, la riata o el chaleco, son sombras que me acompañan” Harrison.

El Mundo y el Mar

En la finca siempre se formaba un corrillo los fines de semana. Después del chocolate con quesito se hacía el encuentro acostumbrado. Papá y el abuelo lideraban. Me dormía en las piernas del abuelo mientras escuchaba las historias de don Aquileo Quirós. El don empezaba las travesías de Juan sin miedo y de Arrancabejuco, luego los temas se ponían mucho más densos. Sentía la voz del viejo vibrando donde yo me recostaba. Era un arrullo. Cuando despertaba, podía recordar lo tratado en la reunión del partido. Sabía que habían hablado de campesinos que debían juntarse, del Che Guevara y de la revolución cubana; del partido comunista, de un tal Lenin y de sus contradicciones con otro tal Trotsky. Los señores debatían sobre cómo se movían las mercancías en el mundo.

Ese día interrumpí preguntando cómo era el mar del que tanto hablaban. El viejo me dijo en un tono rígido y a la vez tierno: —algún día lo llevo a conocer, somierdoso. No alcanzaron a pasar dos semanas cuando apareció en la puerta de la casa. —Présteme al nieto que me lo llevo a pasear —le dijo a papá. Caminamos por la cordillera de la finca hasta llegar a la parte más alta que tocaba la frontera con Panamá. Desde allá arriba alcanzamos a ver un pedazo de ese mundo que tanto querían reformar en el partido y del que discutían viernes y sábados. El abuelo señalaba: —ese del frente es el golfo de Urabá. Más adelante, están los barcos que vienen a cargar bananos

pa' las Europas; por ahí se llevan la madera;¹⁷ por ahí llegan las telas de este pantalón y las latas de sardina que tanto le gustan a usted. Ah, y en esa misma carga debe venir la loción que me gusta, esa *Old Spice* que usted me roba.

Ese día el abuelo me contó que había tenido una finca en Las Azules, una región chiquitica de la parte alta de Santafé, y que cuando se vino la Violencia, estando él muy joven, le mataron un hermano. Entonces, tuvo que salir huyendo. Vendió la tierra por cualquier cosa y se fue para los lados de Camparrusia.¹⁸ Por ahí trató de echar raíces y compró una parcela. Igual, la Violencia no había terminado, entonces le quemaron la casa, casi lo matan con todo y familia. Siguió huyendo hasta llegar a Urabá, a un pueblo que se llama Currulao. Consiguió una casita y montó una carnicería. Ahí, dice el abuelo, comenzaron a llegar familiares de otros lados. Es así como se mezclaron los Borja con los Garcés. Después se movieron pal departamento del Chocó y llegaron a Unguía.¹⁹

Los de Abajo y la Bonanza

Teníamos uniformes improvisados con los que empezamos cuatro compañeros y papá: unas camisas oscuras, unos costales a modo de equipo y unas botas de caucho corrientes. Esas botas no fueron militares sino hasta el 82 que dimos el salto a declararnos una guerrilla oficial. Recuerdo lo que el abuelo y papá me enseñaban, las reuniones del partido, la Juco, el amor por el Urabá chocoano, y a un muchacho alto y flaco que había llegado dos semanas después que yo. Se llamaba Jair. De su familia no se sabía nada, se rumoraba que unos encapuchados habían desaparecido a su papá un sábado después del corrillo del partido. En pocos días se ganó la confianza de los muchachos. Nadie lo llamaba por su nombre de pila. Lo bautizaron Huesín.

Éramos un grupo de jóvenes. Nos juntábamos a la sombra de cualquier racimo para leer y escribir. Aun sin las lecciones de una escuela, leíamos mucho sobre *La Guerra Armamentista*,²⁰ el pulso entre Rusia y Estados Unidos. Esas tensiones dejaban mucho que debatir. El mundo estaba partido por mitades: una de ellas vendía la palabra “comunismo” como se vende la

¹⁷ Según rutas del conflicto en la región hubo presencia de empresas como Maderas del Darién y Pizano que desde los años 60 han explotado las selvas, especialmente de la cuenca del río Cacarica.

¹⁸ Corregimiento del municipio de Dabeiba-Antioquia.

¹⁹ Municipio del departamento de Chocó ubicado a 478 km de la capital Quibdó.

²⁰ Hizo parte de una rivalidad entre Estados Unidos y Rusia, la carrera armamentista fue una tensión y forma de disputa por el dominio mundial entre los gobiernos capitalistas liderados por Estados Unidos y el bloque comunista liderado por la Unión Soviética. También incluyó la delegación de guerras libradas en América Latina, África y Asia. www.nationalgeographic.es.

imagen de cualquier demonio, una cosa roja y mala; y la otra, promulgaba la imagen de una hoz y un martillo capaces de dejar el pan partido en partes iguales. Parecía no alcanzar la saliva para debatir tantas cosas que no funcionaban bien a nuestro modo de ver. Para nosotros era un orgullo pertenecer a algo que aspirara a reformar toda esa chambonería del sistema. Hacíamos parte de la Juco.²¹ Los debates más largos eran sobre los que amasaban grandes pedazos de tierra sin dejarle ni un terrón al campesino que las trabajaba. De las reuniones con el abuelo sobrevivían las charlas sobre el Che y los ideales de una *clase* con mejores condiciones de vida. Papá Ramiro ya no asistía con tanta frecuencia, porque ahora lideraba uno de los primeros grupos guerrilleros del Chocó.

Yo sabía que los faltantes al corrillo de viernes y sábado seguían debatiendo allá en el monte con papá. A veces me cansaba de imaginar qué estarían haciendo e iba hasta las caletas. En esas épocas no eran campamentos en sí sino caletas. Me quedaba unos días y apenas sentía la necesidad volvía con el abuelo a ayudarlo con la finca, a cuidarle los caballos. Las estadías en las caletas se fueron alargando hasta que me hice uno más del grupo. Lo que había aprendido en la Juco le caía en gracia a papá. “Usté que es tan curioso y le gusta lo militar, debería ayudarme con las charlas de los que vayan llegando”, me dijo el día que me vio leyendo los panfletos de *la organización*.

Mi mamá, que había pasado por el monasterio, sabía leer y escribir como ningún otro campesino de Unguía. Había aprendido de Cruz Elena a juntar letras para entender sonidos, tal cual se lo enseñaron a ella las religiosas. Entonces, de la misma forma, comencé a enseñarles a los muchachos a juntar ideas para entender realidades. Era difícil. Enseñar cualquier cosa exige suma paciencia. Los muchachos olvidaban los escritos y las palabras más rápido de lo que las entendían. Yo era el que más aprendía, porque cada vez que debía repetir una idea les decía que quien enseña aprende dos veces.

Hablábamos de la urgencia de organizar a los oprimidos. Habían aparecido unos letreros en las casas de Unguía y Quebrada Bonita, eso mostraba la necesidad de hacer resistencia de alguna manera. Huesín se levantó de un tronco donde estaba sentado y preguntó sin reparo qué seguía después de que organizáramos la gente, ¿qué íbamos a hacer? Sin detenerme a pensar

²¹ Juventud Comunista de Colombia. Organización juvenil de carácter político, democrática, revolucionaria y antiimperialista, que lucha por la unidad de los jóvenes, por la defensa de sus derechos, por la paz con justicia social, la liberación nacional, la democracia y el socialismo. (Sitio web de la Alcaldía de Montería).

mucho, le respondí que si organizábamos la gente en una sola dirección lo que había que hacer era lo que hicieron entonces el Che, Fidel Castro y hasta Camilo Cienfuegos: lanzar una ofensiva, una insurrección para llegar al poder. “¿Pa’ qué?, y ¿qué sigue después?”, insistió Huesín. Pa’ que podamos gobernar nosotros los de abajo, le repliqué yo.

Con eso le bastó a Huesín para entender la causa. –Eso, ¡los de abajo! –Repetía alzando un puño. Los letreros eran órdenes de desalojo. Los pegaron en todas las fachadas y hasta en los portones de los solares de Unguía, de Cacarica y de Teguerré.²² Se leía claro en papel estucado: “se solicita predio para obra de interés nacional”. Ya el gobierno había dado el anuncio.²³ Había negociado con algunas familias para que se fueran de la zona. Les dieron cualquier peso. Realmente, menos de lo que valían esas tierras.

El gobierno²⁴ de ese entonces fue muy malicioso. Estaba aprovechando la bonanza de la mariguana para quitarles las tierras a los campesinos. Ese campesino que alentábamos a pelear por su tierra se desplazó, abandonó y se vino más hacia acá. Se dedicó a sembrar mariguana. La mafia lo hacía ver todo muy fácil: la siembra y la mercancía solo tenían que llegar hasta el río. Y hasta el río también llegaban los que pagaban por ellas. Aguas abajo desfilaban los trueques después del encuentro, por un lado, billetes, carabinas, pistolas, municiones y, por el otro, bultos y arrobos de mariguana. Nadie sabía cómo ni por qué. La bonanza²⁵ marimbera le hacía perder atractivo a cualquier otra siembra.

Esa bonanza y los sembrados que se tragó son un recuerdo de los más tristes. Los desalojos del 78 y 79 me dejaron una sensación de impotencia. En ese entonces con los muchachos les infundíamos a los vecinos el arraigo por el oficio y la tierra. En las juntas comunales, en las células del partido, en todo lugar, y a todo el que nos encontrábamos, le compartíamos la misma idea de seguridad alimentaria y de amor por lo propio.

²² Río chochoano situado cerca a pueblo conocido como La Honda. El firmante de paz refiere que los desalojos se dieron en la zona en que hoy opera la reserva y Parque Natural Los Katíos.

²³ La zona fue reservada, alinderada y declarada Parque Nacional Natural mediante el Acuerdo N° 037 de septiembre 10 de 1973. Abarcando inicialmente un área de 52,000 (y) buscando una mayor representatividad de ecosistemas y una mejor autorregulación ecológica, se modifican los linderos del Parque, aumentando su superficie hasta las 72.000 ha. Mediante Acuerdo N° 016 de junio 25 de 1979, aprobado por la Resolución Ejecutiva de la Presidencia de la República N° 239 del 12 de septiembre de 1979. <https://old.parquesnacionales.gov.co>.

²⁴ En la época que referencia el firmante de paz transcurría en Colombia el gobierno de Julio César Turbay Ayala (1978-1982).

²⁵ Se habla de la *bonanza marimbera* en Colombia entre 1974 y 1985 donde la actividad de bandas narcotraficantes produjo la entrada de grandes cantidades de dólares a Colombia por el cultivo y exportación ilícita de marihuana. Los primeros cultivos de marihuana se hicieron en la Sierra nevada de Santa Marta, la Serranía del Perijá y en La Guajira. Después se empezó a traficar marihuana desde el Urabá.

Dando una ronda por el Salaquí sentimos por enésima vez la necesidad de una lucha. Nos topamos con Pachamina, la zamba más conocida en Unguía. Se decía que era una mujer muy humana. Acostumbraba a adoptar a los niños más desprotegidos y les daba techo y trabajo en sus solares. El negocio la cambió. Pacha venía de cobrar una carga. Tenía motorista propio que le manejara. A bordo traía ocho cajas de cerveza, cuatro pacas de ron, un bafle y unos cuantos revólveres.—Pacha, ta' bueno eso de aprovechar pa' uno conseguirse un peso, pero, Pacha, no se puede descuidar la yuca. Le dije: hay que sembrar comida, porque tanto de lo mismo daña la tierra y lo daña a uno también.

—Nuah, niño, aquí lo que hay que sembrar es plata que es lo que nitamos. Con la mariguana compramos el plátano y la yuca, eso no hay niidad de sembralo.

Pacha escupió al agua, hizo un ademán con la cabeza y el motorista arrancó. A su espalda se distinguía una tula llena de billetes. Dos escopetas le hacían una equis en la cadera, parecía un personaje del viejo Oeste. Esa fue la última vez que la vi. De la fortuna que movió la bonanza en la región no quedó nada, solo la pobreza, las armas y las ganas de empuñar el poder: el poder volver a la tierra.

Los Ideales

La conformación por frentes trajo el entrenamiento militar al monte. Para entonces yo ya tenía algo de formación política y militar.

—Comusté siempre está pensando en la ofensiva, lo vamos a mandar pu allá pal mando superior —me había dicho mi papá antes de enrutarme fuera de Unguía.

De camino recordaba a mamá llorando de rabia y diciéndome: “de quedase aquí a que lo maten, mejor vaya muera peleando”. Esa vez, unos hombres voltearon patas arriba toda la casa. Esculcaban si teníamos material de la *basura liberal y comunista*, como decían ellos. Me iba bien con lo de la estrategia. Con la gente tenía cierto carisma, no me puedo quejar; eso me llevó a liderar varios comandos. Tiempo después de formarme con el mando superior, me delegaron el 36 Frente. Entendí el trasfondo: las Farc surgieron como reacción a la violencia de los terratenientes, latifundistas y poderosos de este país, y tomó más fuerza con la violencia bipartidista donde conservadores perseguían a liberales y a comunistas, eso hizo que surgiera una resistencia, que entendiera el por qué y para qué se fundó la guerrilla.

Tiempo después y en campaña selva adentro, los muchachos iban en fila india y a un metro de distancia. De un arbusto nos salió un joven con cara tiznada y un bigote grande.

—Amigo, llévenme.

—¿Y cómo paónde? Aquí no llevamos a nadie, esto es del que je quiera unir a la causa —le contestó uno de los comandantes.

—Pu eso, me voy con la causa.

—¿De dónde es usted?

—Del rancho de aquiabajo.

—¿Familia? —Preguntó el otro comandante.

— Tan desplazados, no tengo familia.

—¿Y edad?

—Tampoco.

Varios se echaron a reír.

—Camine, le dije yo.

Mientras andábamos le hablaba al pelao del bien común, de la lucha campesina y del poder de los de abajo. Le contaba lo que era para nosotros ser un guerrillero: al guerrillero no lo hace la metralleta ni el mortero. Al guerrillero lo hace una concepción ideológica. Un verdadero guerrillero es un hombre de principios. Un hombre que usa el último escalón de la lucha para llevar a cabo unos ideales. También le decía: “usted no se puede llamar Darío, porque la gente lo puede ubicar”. El tizne y el bigote me hacían pensar en ese campesino mexicano que el abuelo me había mostrado en una cartilla amarillosa. Un campesino de apellido Zapata, que dizque había hecho una revolución. Entonces quedamos en que el nombre de guerra iba a ser “Zapata”. Había sido bautizado en ese momento.

Con el tiempo todas esas jornadas a la intemperie y la sorpresa de sobrevivir en cada combate fortalecieron esa amistad entre Zapata y yo. Éramos camaradas de verdad. Nos cuidábamos la espalda, nos auxiliábamos en la rancho y hasta nos apoyábamos en las guardias. Hasta que la redada tuvo lugar en Pensilvania, Caldas. Yo creo que llevaban mucho tiempo planeando el operativo pa’ capturarme. Retener a uno de los mandos significaba un golpe duro contra la guerrilla y un logro que mostrar para la fuerza pública. Ahí comenzó mi desfile por las penitenciarías del país. Por mi alto perfil como mando me imponían el máximo de seguridad. La rotación por cada cárcel hacia parte de esa custodia. Empecé tras los barrotes de La 40 en

Pereira, luego me pasaron a un sitio al que llamaban “las jaulas” por no tener acceso a patios ni a luz. Pasé por Palogordo en Santander, por la cárcel de Itagüí donde van los políticos corruptos; por la de Doña Juana en la Dorada, Caldas, y hasta por la de San Isidro en Popayán.

Tantas formas de encierro no hacían más que alimentarme los deseos de escapar, entonces comencé a organizar la gente. Fue en La Picaleña que se pudo hacer algo. Entre la multitud de presos había varios compañeros capturados antes que yo. Como pude, llegué a un teléfono de esos clandestinos. Los caciques de los patios intercambiaban llamadas por favores y cosas que tuvieran algo de valor en un calabozo: cigarrillos, café, libros, cualquier cosa que ayudara a soportar el pasar de los días. Cuando hablé con los mandos de afuera ya había conseguido entrar varios explosivos. Propuse un plan como distractor para una fuga masiva, pero no fue tan bien recibido. “Pa’ que no se arriesgue usted mejor hagamos *el cambiazo*, eso ya funcionó en la de Bogotá”, me respondió el mando del otro lado. Y así fue.

Era sábado, día de visita de hombres. Los encuentros se daban de a cuatro personas; yo iba en una de esas tandas. Debía verme con mi visitante y hacer el cambiazo. El plan era un intercambio de fichas. Ya había atravesado cuatro rejas, la quinta era la del control de huellas. Pasaron presos antes que yo. Me llegó el turno: los guardias me tomaron las huellas de cada dedo. Entregué la documentación. Dieron la orden: ¡reja! Era Johana, la notificadora.

Por fin había pisado el exterior de la reja, solo faltaba el cambio de ropa y pasar la última salida. Johana miró a los guardias y me miro a mí. Yo sudaba, me caían las gotas por la frente. Johana les dijo: “este es un interno”. Todos se abalanzaron contra mí. El ruido de las alarmas ahogó los quejidos de la golpiza que me dieron ese día mientras me entraban pa’l calabozo. Adentro me amarraron a un catre por ocho días sin derecho al baño. Al noveno día, y todavía con el cuerpo molido, me mandaron pa’ otra penitenciaría. En el trasladado pensaba hasta dónde era capaz de llegar el enemigo cuando puede coger y volver una nada a su adversario. Si uno quiere conocer las bondades de un Estado, basta con conocer sus prisiones. Ahí no había derechos humanos, no había nada. No me cabía en la cabeza que 15 o 20 estuvieran dándole garrote a una persona.

Llevaba meses en el nuevo claustro. Juntando el tiempo en cada encierro iría a cumplir casi 17 años. La cárcel de Chiquinquirá se me antojaba más grande, y curiosamente más encerrada. Aunque nada distinto a las demás cárceles: había un cacique que tenía el mando y el respaldo de un grupo de presos. Quienes quisieran mitigar sus incomodidades solo tenían que ser

sus lavaperros y servirle. En el patio, uno de ellos manejaba el teléfono. Salí al patio. –Oe, tiene una –me dijo el tuso mostrándome el celular. Agarré esa carcasa y escuché que me dijeron: “no se desanime, que como va la cosa esta negociación puede dar sus frutos”, era Santrich.²⁶ Siguió hablando: “le vamos a mandar unos puntos del Acuerdo y nos da el visto bueno. Hay que ver si son verdad todas esas cosas”. Con cierta efusión, le respondí: “eso se sabe que si no me vuelo o si no me dan salida... me muero aquí. No hay más”. Colgué. Caminé hasta el centro del patio. Entre las cabezas del tumulto yo veía una cara morena y un tizne inconfundibles. “¡Viejo Harri!”. Escuché que gritaron. Era Zapata.

Me acordé de la vez que le había dado el ingreso al grupo y como escogimos su nombre de guerra. El amor por la tierra y el campo nos hizo camaradas en esas largas batallas. “Harri, Harri, están diciendo que ya casi dan salida”, me dijo Zapata sonriente. “Yo veo muy difícil la cosa, mejor pensemos como nos volamos”, le dije entre un suspiro.

La Paz

Siempre me ha gustado escribir. Algún día quisiera tener mi propio libro. Uno que hable de mi vida. Aunque no es tan fácil defenderse con palabras. Lo sé desde el día en que una niña me escribió una carta. Me preguntó por los daños que hicimos en su pueblo. Hasta me preguntó qué había ganado y perdido después de esta guerra. Se llama Sara, ya debe tener 17 años. Tiempo después pude tenerla de frente para leerle mi respuesta. Fue en Medellín, en la Universidad de Antioquia. Empuñar mis propias palabras me hacía temblar. No sé a qué le debía el nerviosismo, si a darles la cara a tantos jóvenes hijos de víctimas de la guerra o a entregar mi respuesta sabiendo que tal vez no iba a sanar ninguna ausencia. Soy consciente de que las balas que venían contra mí hicieron mucho daño, al igual que las que yo disparé. Ah, le dije a Sara que las mayores las pérdidas de la guerra fueron la familia y los compañeros caídos. En cambio, supe con esa conversación y con esos mensajes que las ganancias están del lado de la paz.

Es cierto, la guerra me dejó muchas experiencias y conocimientos, pero la mayor ganancia para mí es poder sentarme frente al anciano, el joven y las víctimas y decirles con franqueza mis errores como alguien de carne y hueso. Mejor dicho, la mayor ganancia ha sido volver a la tierra, a la gente.

²⁶ Antiguo cabecilla de las FARC-EP. Hizo parte del equipo negociador de las Farc en los Acuerdos de Paz firmados con el Gobierno.

Con el comienzo de la reincorporación muchos de los antiguos camaradas coincidimos en la finca de Llanogrande en Dabeiba. Volver a la vida civil nos exigía pasar por el ETCR.²⁷ Parecía una comarca, un campo grande con casas más bien modestas y con espacio pa' la siembra. Era la cuota inicial de un nuevo mundo. Desde allí recibimos la noticia del desarme.

Recuerdo mucho esas palabras del presidente Juan Manuel Santos, cuando en su momento dijo: “se firmó el final de la lucha armada, pero la lucha de clases continúa”. No mentía, hoy, la lucha continúa. El hecho de que hayamos dejado las armas y con ello cerrado un capítulo de la confrontación armada no quiere decir que es el fin de la lucha, no, la lucha continúa, porque la idea de nosotros los revolucionarios, los transformadores es siempre buscar un escenario para dar la pelea por lo que nosotros consideramos justo, y como hay tanta injusticia pues ahí encontramos nosotros las condiciones para seguir.

A los pocos días llegó una delegación acompañada de periodistas y fotógrafos. Los flashes alumbraron en todo momento, sobre todo cuando la guerrillera tiró sus fusiles al contenedor. Luego, los muchachos que tenían algo de dinero se juntaron para darle rienda suelta a un proyecto de producción de cacao. El cacao que se sembrara estaría comprometido para la Nacional S.A., la que más sabía de chocolates en la región. El proyecto comenzó dando buenos frutos; pero con el tiempo se hizo insostenible. Las ganancias apenas alcanzaban para fertilizantes y otros insumos. La mano de obra ni se mencionaba para no generar tensión. Los muchachos veían con ojos de agradecimiento el tan solo poder ir a clavar el azadón al terreno.

Trastabillando, y con todo en contra, el cacao siguió en pie, esperando mejores cifras para el negocio con cada brote nuevo. Esa esperanza tambaleó durante un largo tiempo cuando, en cuestión de días, se declaró la cuarentena nacional. El país cerró sus fronteras. Se prohibió a cada ciudadano salir a la calle y se mandó a guardar distancia de más de un metro. Era como si el mundo siguiera en guerra. La radio decía que un virus proveniente de China amenazaba al mundo. También se decía que la mejor cura vendría de Europa o del Norte. Había que taparse la boca y seguir en el encierro. Yo le decía a Zapata: “no me vuelvo a dejar encerrar por nada” y lo invitaba a caminar por las veredas. “Camíne”, me respondía él adelantándose tres pasos.

En una de esas andanzas don Uriel, un campesino de la zona, le ofreció a Zapata su tierra. Era un lote ahuecado, abandonado y lleno de maleza. Don Uriel no tenía los ánimos para

²⁷ Espacios territoriales de capacitación y reincorporación. Zonas destinadas en el Acuerdo de Paz para facilitar la transición a la vida civil de los firmantes de paz.

restaurarla. Nos dijo: “ombe, si a ustedes les gusta trabajar, asuman eso, yo les hago un papel. Me consiguen pa’ una aguardientera y pa’ devolverme pa’ mi pueblo”. Y, para convencer, seguía: “me pagan con el mismo producido de la finca, lo único que tienen que hacer es montarla”.

Después de firmar el papel, estuvimos voleándole machete a las cuatro hectáreas que figuraban en el documento. Una vez desmalezamos el terreno, descubrimos que tras la espesa capa de hierba se abrían los copos de café a punto de florecer. “Todo bobo es de buenas”, nos decíamos el uno al otro. Y comenzó la carrera por una nueva cosecha. Gestionamos como pudimos nuevos préstamos para comprar la aguardientera de don Uriel y para abonar el cafetal con foliares. El entusiasmo de tener tierra nos hacía preguntarnos por un nombre. Pensábamos en un antiguo camarada. El que habían extraditado. Lo recordábamos por su firmeza y compromiso con la causa. Así que la nueva finca debía llamarse Trinidad, como el compañero. Así, de la recién nombrada Trinidad, logramos recoger casi 14 cargas de café. Todavía tenemos una de las fotos más bellas de la vida. Estamos los dos, con los bultos en la cooperativa de cafeteros de Dabeiba.

—Zapata, ¿alguna vez habíamos tenido tanto en las manos?

—Nombre, Harri, ¡nunca!

—Ahora podemos decir que esto es de nosotros.

—De nosotros. Ya si podemos decir que de nosotros.

Más Vale Tarde. Narrativa de Francelly



Imagen 6. Francelly, firmante del Acuerdo de Paz

“Qué si me iba a morir, que me muriera peleando” (Francelly).

De La Unión a Sonsón las curvas le revuelcan a uno el estómago, y de Sonsón a Nariño no hay quién llegue entero. Los huecos de esa carretera son los mismos de hace veinticuatro años cuando caminábamos enfusilados por las veredas. No sé si el viaje se me hizo largo o corto; lo que sí sé es que volver al territorio me tenía con la ansiedad a tope. Mientras las llantas se comían los huecos y la brincadera aumentaba, a mi mente llegaban las imágenes más angustiantes: las dos tomas, el control del pueblo por casi un año, las ráfagas desde el aire. Fueron muchas las cosas que llegaron a mi memoria: en algunas mi voz resuena vivamente, en otras, son los relatos de mis camaradas los que dibujan los recuerdos. Entre tantas imágenes, el rostro de doña Rosalba, la señora de El Rosario, llega nítido a mi cabeza. Me parece estarla viendo parada en el marco de la puerta del corredor. Acostumbraba a preguntarme cómo estaba, me aconsejaba que volviera a la casa. Siempre me daba algo de comer, casi siempre arepa con quesito y aguapanela.

Ese era el momento para sincerarnos con las personas a las que les causamos tanto dolor.

Parqueamos el carro y bajamos la falda que nos llevaría hasta el colegio. De camino notamos tres mulitas amarradas en un lote baldío. Antes de la toma, ahí hubo una casa de dos plantas. *Parqueamos frente al comando de policía, tal cual lo hicimos esa tarde del 30 de julio del 99.* Si uno se para en esa esquina y mira con detalle hacia el cañón, puede contemplar la magia de ese pueblo: sus imponentes montañas, la inmensidad de su cielo, su aire cálido; todo un remanso de paz. El objetivo de esa toma era tumbar el comando, reducir a los policías y recuperar los fusiles. Los explosivos artesanales no fueron tan exactos: el carrobomba destruyó el parque y acabó con 16 personas. Sin duda, Nariño se vio obligado a levantarse y empezar de

cero; literalmente, a resurgir de las cenizas. Suena a frase de cajón, pero cuando se conoce la historia de este pueblo y más, cuando uno sabe que fue responsable de ese dolor, reconoce la valentía de su gente y se convence de su capacidad para resistir.

Llegamos al colegio, el único lugar donde los camaradas pudieron resguardarse de las ráfagas del helicóptero del ejército mientras “intentaban recuperar el control”. Desde ese helicóptero mataron a una civil. En el muro de la entrada principal aún están las marcas de las balas, igual que en el piso de uno de los salones de arriba. Como muchos otros, fuimos responsables de tantos años de dolor y sufrimiento; realmente no previmos las consecuencias de esa toma. Entramos. Nos esperaban los profes de la Universidad de Antioquia, algunos papás sobrevivientes de la toma del 99 con sus hijos y los jóvenes del colectivo de memoria del municipio. No exagero cuando digo que sentía el corazón palpitándome en la garganta.

Natalia con su liderazgo me recordó mi yo adolescente: una joven con muchas ganas de vivir, de salir al mundo; sin oportunidades, sin nadie que me escuchara. Nos sentamos juntas. Ella todavía no sabía que yo era una firmante de paz. Al mirarla no pude contener mi nostalgia: me vi enterrando a mi mamá a los catorce años; el único ser en el mundo que me hacía sentir segura. Después de la muerte de mi mamá, pocas cosas me han sacudido en la vida. Me quedé sola y estoy segura de que eso fue lo que me llevó a enfilarme. Le perdí el miedo a todo, incluso a la muerte. Es una locura, sí, pero creo que la muerte de mi mamá me afectó del todo. Unirme a las Farc fue una opción para tener otra vida, y malo decirlo, pero sí lo pensé, a lo mejor era una manera de encontrar la muerte de forma distinta y más rápida. Pasaba por mi cabeza la idea de que una bala de fusil me encontrara y ya, y que se acabara todo eso. No me importaban muchas cosas, estaba sola y quería irme lejos; y si me iba a morir, que me muriera peleando. El riesgo y el peligro que estaba asumiendo me eran indiferentes.

En las filas cada día traía su propio afán. Morir en medio de un enfrentamiento era una lotería. Las ráfagas iban y venían mientras, con equipos de más de 20 kilos a la espalda, nos camuflábamos en la espesura del monte. Mujeres y hombres compartíamos funciones; nadie cargaba lo de nadie. ¡¿Qué si nos ayudábamos?!, por supuesto, pero cada uno tenía claro su rol. Estábamos en medio de la nada y del todo. ¿Dormir?, ¿descansar?, no eran cosas que pudiéramos

hacer muy a menudo. Entre la guardia,²⁸ la rancho²⁹ y la inteligencia,³⁰ se gastaban los calendarios en la selva. Dependiendo de la crudeza de los operativos, sabíamos que en cuestión de horas toda la fuerza militar estaría encima de nosotros. Así que... pico y chao. Al salir a combate nos abrazábamos, nos deseábamos suerte por si no nos volvíamos a ver.

Poco a poco fui encontrando mi lugar en la organización, asumiendo el porqué de mi lucha. Nos aprendimos a querer como una familia.

Pienso mucho en los que se quedaron en el camino, en los que murieron, en los que de alguna manera compartieron con nosotros. No hablábamos del lugar de dónde veníamos ni del nombre, cada uno tenía su seudónimo para la guerra: el mío era Johana; aún vive en mí; está permanentemente conmigo y va a estar hasta el final de mis días. Johana es la mujer que me da ánimos y moral cuando siento como si todo estuviera perdido, como si no hubiera esperanza. Johana es esa mujer con anhelo de paz. Era fuerte y es quien hoy me invita a pensar que vale la pena continuar los procesos desde la resistencia.

Desde los cinco años me metieron a un internado. No sé por qué Natalia me revolcó la cabeza y me devolvió esos recuerdos. La miraba, detallaba su cabello ondulado luciendo una pañoleta, y pensaba: ¿será que ella tiene la posibilidad de comerse al menos un pan después de clase? Seguía escuchándola, se reía y me hablaba de los perros que se pasean por el parque, que no tienen dueño y que prácticamente los cuida el que se compadecía. Me hizo pensar mucho en mi juventud. Infinitudes de preguntas pasaron por mi cabeza, porque una de las razones –y sí lo he dicho muchas veces– es que creo que la decisión de tomar las armas, de haberme ido, tuvo que ver con la ausencia de mis padres y no haber tenido a alguien que me dijera que la salida podía ser otra.

A la edad de Natalia, yo estaba metida en todo cuanto me invitaban. En los grupos juveniles nos juntábamos. Le hablábamos a la gente de prevención de embarazos, de la importancia de cuidarnos, de gozar nuestra juventud y una cantidad de cosas; participaba en actividades barriales que se organizaban para ayudar a la comunidad. Siempre me ha gustado la

²⁸ Los guerrilleros debían organizarse en turnos para vigilar y asegurar los alrededores de los campamentos. Algunos eran de 12 horas seguidas, eso dependía de la zona y de la cantidad de activos que tuvieran en ese momento.

²⁹ Preparar los alimentos. Para ello también se organizaban en grupos de trabajo: unos cocinaban, otros buscaban la leña, etc.

³⁰ Observar atentamente las dinámicas de las comunidades rurales y urbanas: ¿quién llega?, ¿quién se va?, ¿rutinas de la fuerza pública?, etc., para, de acuerdo a ello, tomar decisiones y proyectarse.

labor social y todo lo relacionado con las artes plásticas y los trabajos manuales. Anhele, de todo corazón, algún día aprender a pintar en óleo.

El reloj nos mostraba las 8:30 de la mañana del 27 de mayo de 2023. El encuentro con los papás y los muchachos inició con un espacio de reflexión. Todos los presentes, formando un círculo, mientras leíamos “Miedo global” de Eduardo Galeano. Cada uno de nosotros entregó su chispita para que el fuego de la esperanza pudiera alumbrar el corazón de los que estábamos en el patio del colegio. Fue impresionante ver que los muchachos, acompañados por los profes, eran quienes mediaban la conversación con una propiedad increíble. Su disposición a escucharnos, el llamado a no juzgar, el respeto con que se dirigían a nosotros, me tenían sin palabras. Cada cosa estaba puesta en su lugar: un altar de velas y flores en el centro, algunos ejemplares del libro en el que se publicaron las cartas que nos intercambiamos con los chicos, una pintura en acuarela que retrata la vida campesina, la bandera de la Comisión de la Verdad amarrada a una ventana y, lo más bello de todo, la disposición de las sillas en círculo que nos permitía sentarnos unos con otros.

Avanzó el tiempo y llegó mi turno.

Alejandra es una de las chicas del colectivo de memoria de Nariño. Disfruta mucho cantar y bailar, y siempre dice lo que piensa. Es muy inquieta. Me miró y me dijo que la siguiente pregunta era para mí; esa pregunta se multiplicó por tres. Una agüita helada me bajó desde la cabeza hasta el estómago. Los pies me temblaban, las manos me sudaban; sin embargo, intenté estar tranquila. Alejandra me preguntó: “¿cuál era su rol al interior de las filas? ¿Es verdad que las mujeres en la guerra eran tenidas como objetos sexuales? ¿Qué pasaba si ustedes quedaban en embarazo, las hacían abortar? Yo me esperaba algo más o menos así; los rumores que hoy circulan sobre nosotros nos avecinaban pasos de animal grande. Era el momento apropiado para contar mi experiencia no solo como mujer sino como alzada en armas.

Si bien algunas gentes decían que a las mujeres de las Farc nos usaban como objetos sexuales, que no nos podíamos embarazar y muchas otras cosas –no faltará quien lo haya vivido–, ese no fue mi caso. Narré mi experiencia en las filas, que empezó cuando yo era niña y me tocó ver mucha violencia contra mi familia por parte de las fuerzas militares y de la policía. Recuerdo que buscaban a un tío mío que era algo lidioso y, de paso, maltrataban a mi abuelo y a mis primos hombres cuando hacían operaciones de búsqueda. Lo peor fue cuando, en el barrio donde

vivíamos, mataron a mi hermana de 17 años; yo tenía 13 más o menos. Eso fue muy teso, me marcó demasiado.

Desde muy niña, estoy hablando por ahí desde los 10-11 años, le decía a mi mamá que quería ser guerrillera. Mis tías, aterradas, decían: “esta muchachita está muy rayada, debe tener un problema muy verraco”. Les daba risa porque yo era muy niña. Yo me imaginaba en el monte bien enfusilada. La verdad, no sé si haya tenido que ver o no, pero a mí me encantaba estar en la universidad y escuchar esas charlas de izquierda, más bolchevique; eso sí, yo no hacía parte de ningún grupo ni de izquierda ni armado, nada de esas cosas. Solo me gustaba escuchar a las personas en esos cabildos, en los sindicatos. Así me fui metiendo. Para el 85, con Belisario Betancur en la Presidencia y con lo de la tregua, el boom era la paloma de la paz, pintarla, y todo ese cuento. A mis 16 ya buscaba la ruta.

Empecé a entender las diferencias y desigualdades de clase, la falta de oportunidades, la estigmatización para los jóvenes de las comunas. Si se era de tal barrio uno tenía la posibilidad de conseguir empleo; pero si decía que era de tal comuna, y específicamente de un barrio pobre, no le daban la oportunidad. Era mejor que se inventara que vivía en otro barrio si quería que le dieran trabajo.

Estuve embarazada y aborté. ¿Me obligaron? No. Asumí la responsabilidad de interrumpir el embarazo porque sabía que no era el momento para traer un hijo al mundo, no podía quedarme con él estando en el monte. Por ejemplo, fueron muchísimas las veces que tuvimos que levantar campamento en medio de un aguacero. Íbamos en la marcha, y de un momento a otro el torrencial y debíamos parar. Como fuera armábamos una carpa y nos metíamos ahí, cinco, seis, los que cupiéramos. Muchas veces el agua no amainaba y teníamos que pasar la noche apretujados en la carpa. Ahí solo eran contingencias naturales; imagínense una emboscada, tener que empacar a medianoche, atravesar una montaña o un río con el niño en brazos, no era algo que pudiera hacerse. Eso sí, en caso tal de que decidiéramos tenerlo, lo dejábamos al cuidado de un familiar o de alguien de la comunidad; de él no volvíamos a saber nada.

Mucho tiempo después y con las reglas en contra, me embaracé. Mi pareja y yo militábamos juntos. Tuve a Sebastián y luego a Sofía, hermanos por parte de papá y mamá. Entre ellos se llevan cuatro años. Fue muy triste, Sofía nació muy enferma, por eso tomé la decisión de hablar con el camarada Iván Márquez. Le dije que yo no iba a dejar a la niña, que yo desde

Medellín podía hacer otras tareas, y él accedió. Soy madre de dos hijos a los que amo con el alma y lamento no compartir mucho con ellos por las decisiones que tomé en su momento. Hoy no desaprovecho nada, Sebas y Sofía son mis cómplices. Cada proceso que he venido adelantando, desde la firma de los Acuerdos, se los he contado: las dificultades, esos asuntos que nosotros ni siquiera como firmantes de paz hemos tramitado con nosotros mismos, esas impotencias, las angustias, los miedos.

Me sentía extraña porque contadas veces hablo sobre mi maternidad. Generalmente las preguntas que me hacen en los espacios en los que participo se relacionan con mi lugar en las filas, las zonas en las que operé, si conozco coordenadas para encontrar desaparecidos; pero poco me preguntan por la Francelly mujer-madre. Por eso ese momento con las familias de Nariño lo atesoro en mi memoria, porque, aun sabiendo que en el pasado empuñé un fusil e hice tantas cosas equivocadas, se interesaron por conocerme, por escucharme con respeto y reconocirme como un ser humano con aciertos y desaciertos. Y en cada conversación aflora mi mamá. ¡Cuánta falta me hace! Cada palabra me la recuerda. El amor que yo le tenía a esa mujer era otra cosa. Dependía de un todo y por todo de ella. Su muerte y separarme de mis hijos al caer en la cárcel son las cosas más horribles que me han pasado en la vida.

En el 2012 estaba en el centro con el papá de mis hijos haciendo una diligencia. La policía nos detuvo, ya tenían mucha información sobre nosotros, demasiada diría yo. En ese momento fuimos privados de la libertad. Mis niños quedaron al cuidado de una prima mía. Nunca sabré qué me dio más duro: si despedirme de mi mamá o desprenderme de mis hijos. Mi condena fue de seis años. Reconocí rebelión.

Mi paso por El Pedregal³¹ fue muy desgarrador. Llegué a la cárcel a las 6 de la tarde y, no suficiente con atravesar varias puertas de seguridad, pasar por el fichaje, las requisas en cada puesto de control, todas las celdas estaban ya cerradas. Tuve que pasar la noche en el patio. Recuerdo que algunas internas, bien malvadas, de una forma u otra me infundían miedo; supe que lo hacían cuando llegaban las nuevas. Esa noche les pegaban a las rejas y gritaban “ganado nuevo”, hicieron tremendo escándalo. Al otro día, sin que hubiera salido el sol, muy a las 5:30, nos bañamos; todas me miraban como a bicho raro.

Me tocó en una celda con otras tres mujeres, había una de mucha edad que me decía que estuviera tranquila, que no me preocupara por nada. Qué tan curioso que a los dos días se me

³¹ Complejo Carcelario y Penitenciario con Alta y Media Seguridad de Medellín.

arrimó una de ellas para decirme que nada malo iba a pasarme, que ella sabía quién era yo, que iba a cuidarme. Entonces, sin demostrar mucho susto, le pregunté que quién le había hablado de mí. Para mi sorpresa, ella era guerrillera y me dijo que, al día siguiente, en la mañana, me iban a llamar. Desde otra cárcel me llamó el papá de mis hijos, me pedía que me mantuviera tranquila, de nuevo, que nada me pasaría.

Nunca hablaba de mí, no le decía a nadie quién era yo; decía que estaba ahí por la ley 30, eso como para tener tema de conversación, porque prácticamente todas estaban por narcotráfico. Analizaba la situación de cada una, tenía tiempo para pensar en todo: pensaba en la descomposición social que estábamos viviendo; pensaba en esas mujeres, ¡algunas tan jóvenes!, otras con sus niños muy pequeños. Y es que la cárcel la sufrimos todos, sea por la situación que sea, y la ausencia de los seres queridos es lo más difícil de sobrellevar. En mi caso, sí, eso fue lo más duro.

Los años pasaban y Johana me seguía acompañando. Johana me hizo sentir más fuerte y fue quien de alguna manera me ayudó a continuar en esto y no fue nada fácil. Al cumplir tres años, me dieron domiciliaria. Mi vida, sin duda, una ruleta rusa. Desde entonces ha dado unos giros, ha tenido unas subidas y unas bajadas que sinceramente no me esperaba. Y Johana sigue caminando conmigo. Resiste.

Era septiembre de 2016 y nosotros con el alma en un hilo. Desde el corazón anhelábamos la firma de los Acuerdos como ninguna otra cosa. Nos la estábamos jugando toda: ese era el único camino para poder soñar con otra vida. Aunque parezca de no creer, a alguien un día se le ocurrió rifar si vivíamos en paz o nos manteníamos en guerra; lo más triste es que la mayoría de los ciudadanos, votantes del plebiscito por la paz, el 2 de octubre, estuvo a favor de no firmar los Acuerdos; de alimentar el rumor de que con esa firma “le iban a entregar el país a la guerrilla”. Las ilusiones empezaron a verse cada vez más borrosas, pero se lograron mantener las negociaciones y se ajustó el documento de acuerdo con x o y condiciones. Por fin la firma de ambas partes se selló el 24 de noviembre de 2016. La felicidad.

Una vez que me llegó la exención de pena, me vinculé a varios procesos de dejación de armas, entre ellos en el Mariana Páez y en la Simón Trinidad. Volvíamos al territorio siendo libres; sin escondernos; sin temor a ser cazados y torturados. A veces, cuando hablamos de los Acuerdos de Paz, al parecer todavía no dimensionamos su importancia; porque es que no es un

papel firmado y sellado entre el gobierno y las Farc y ya, es el anhelo de un país cansado de tanto dolor y tanta violencia.

Los que estábamos afuera solamente pensábamos en nuestros familiares y compañeros. Muy pronto iban a salir, pero el proceso era lento. El papá de mis hijos seguía encerrado. De uno en uno fueron llegando los comunicados avisando la salida. Algunos fueron llevados a la Simón Trinidad en Mesetas, Meta, para cumplir con unos tiempos bajo la supervisión del Inpec.³² Cada ocho días pasaban revista hasta que por fin todos en libertad.

Él y yo somos de Medellín. Nos permitieron volver a la ciudad para iniciar el proceso de reincorporación al lado de la familia. Nuestros hijos nos esperaban y, aunque mi relación con él ya no era de pareja, siempre hemos sido camaradas. Cuando estábamos en la lucha hablábamos de sueños individuales y colectivos; de la posibilidad de que algún día se diera un proceso de paz, que hubiera una salida política para el conflicto armado y tener una vida distinta. Soñábamos tantas cosas, algunos decíamos qué bueno estudiar, otros decían qué bueno tener hijos, tener una familia, porque muchos que tuvimos hijos desafortunadamente no los vimos crecer. La vida es bella y mis hijos me esperaron. Sofía y Sebas se las arreglaron para que mi ausencia no se notara, aunque en su corazón extrañaran tanto a su mamá y a su papá. Es duro decirlo: el tiempo no alcanza; sin embargo, hago lo posible por compartir con mis hijos lo más que pueda, cuando por fin llego a la casa. Los dos son mi orgullo: Sofí es excelente con los idiomas, tiene una destreza bellísima con el grafiti, y Sebas, aunque estudia Química, pasa sus días entre la fotografía y la música.

A los tres nos encanta el arte, pero siempre quise ser socióloga. Estoy estudiando en la UNAD, ya voy en el séptimo semestre. Ninguno de mis compañeros sabe que soy excombatiente. No lo oculto, pero pienso que todavía hay muchos prejuicios con quienes alguna vez empuñamos un arma. A veces se quedan cortos los tiempos para estudiar, trabajar y estar en la casa. Todavía llevo conmigo el primer libro que Sebastián me regaló. En la primera página escribió: “con amor para mi Socióloga favorita”.

Este proceso ha sido de muchos aprendizajes. Disfruto mucho trabajar con las comunidades de Mutatá y Dabeiba. Allá puedo compartir con las mujeres indígenas y las

³² Institución pública, garante de la ejecución de las penas, que ejerce la vigilancia, custodia, atención social y tratamiento de las personas privadas de la libertad, en el marco de la transparencia, la integridad, los derechos humanos y el enfoque diferencial.

mujeres campesinas. Entre todas las maravillas que he encontrado en los territorios, las manillas tejidas por estas mujeres se han convertido en un tesoro para mí. Cada una, tan colorida, cuenta una historia de resistencia y resiliencia; por eso, llevar una manilla puesta, para mí, es llevar un pedacito de esperanza y conexión con estas comunidades tan especiales a las que me debo como mujer líder en mi compromiso con los Acuerdos de Paz.

No sé si mi intervención fue acertada, si hablé mucho o poco, solo recuerdo los rostros de los papás, de los profes y de los muchachos atentos a mis palabras. Fue realmente especial sentir la energía de Natalia, de Sara y de Gregory a mi lado mientras, con mucho temor, exponía mi vida en cada palabra. Al terminar de hablar me sentí invadida por una tranquilidad que no puedo describir. Como si no fuera suficiente la generosidad de esta comunidad, uno de los papás termina el encuentro convocando a un abrazo de perdón. No voy a negar que por algunos segundos pensé que nadie iba a responder a su petición, pero, para mi sorpresa fuimos muchos los que nos unimos en un abrazo de reconocimiento.

Al compartir mi historia como la Francelly del presente que mira hacia atrás y se pregunta: ¿y qué sigue?, es imposible no sentirme agradecida con la experiencia que los jóvenes y sus familias me permitieron vivir. Estos jóvenes me enseñaron a seguir creyendo en este proceso; en lo valioso de vernos a la cara y reconocernos como semejantes; en seguir caminando por los territorios que en medio de la guerra dañamos y que hoy abrazamos con la palabra que encarna verdad. Cada gesto y cada palabra de estos jóvenes me llevó a reflexionar y encontrarme con unos sentimientos y emociones muy particulares; porque, como dicen los muchachos, la paz también se construye desde lo privado, desde el seno del hogar. Creo que, a nosotros, como firmantes de paz, estos jóvenes nos dejan una lección tremenda: el camino empieza encontrándonos en la diferencia.

En Nombre de la Causa. Narrativa de Alejandro



Imagen 7. Alejandro, firmante del Acuerdo de Paz

“Mirar a los ojos a los más afectados mueve fibras, porque es deshacer los pasos [...] Es encontrarse no solo con lo físico sino con los dolores que buscamos hablar para construir un país distinto”
(Alejandro)

Dicen algunos camaradas que no entienden esta forma de vestir. Las bufandas me gustan mucho; me las pongo, aunque esté haciendo calor. Marujita las hace, me gusta que se entretenga a sus 93 años. Por ejemplo, esta camisa también me la hizo ella: guayabera de tela hindú. Pego estos grabados pensando en reivindicar de alguna manera a los palestinos. Ya han aguantado mucho. Lo que hicieron fue increíble: burlar toda esa tecnología de Israel. Siendo minoría penetrar toda esa seguridad. ¡Qué hazaña! Apenas se veían esos del HAMAS cayendo en paracaídas, pasando esas fronteras tan custodiadas. Tuvo que haber sido un trabajo de inteligencia muy verraco, porque los ejércitos de Israel están armados hasta los dientes y, en cambio, los palestinos no tienen nada.

Ni la gorra ni los lentes me pueden faltar. A veces me confunden con Jacobo Arenas;³³ pero no creo que nos parezcamos tanto. No sé de donde venga el gusto por la ruana, tal vez me acostumbré al frío del Oriente antioqueño. Lo cierto es que así soy yo, adonde sea que me convoquen a hablar de conflicto y de paz llego con mis telas y mi bandera de la Comisión de la Verdad.

Crecí en Villa Hermosa. Cuenta mi mamá que en el barrio me decían ‘míster’ por ser tan mono. La casa donde vivíamos la consiguió el abuelo por 10 centavos vara. Juan Clímaco

³³ Líder e ideólogo político de las FARC-EP, uno de sus principales cofundadores.

Vélez³⁴ se llamaba, trabajó en una emisora y escribió tan buena poesía que le alcanzó para conseguir algún dinero con los poemas que vendía. Dice Marujita que una vez llegué muy asustado de la escuela porque vi un señor tendido en el suelo, estaba muerto. Le dije que si era verdad que uno se tenía que morir que yo no me quería morir por nada. La verdad, yo ni me acuerdo. Seguro fue en esa época en que Medellín estaba tan caliente y cada semana resultaban cuatro o cinco muertos en el barrio.

La muerte y el conflicto estaban a la orden del día en las calles. En los 80, Colombia pasaba por una oleada de violencia muy fuerte. Siendo el 82-83, que ya me había enamorado de la Yiya, nos tocó ver un *Rocket* que le lanzaron al batallón de Girardot. Ella vivía detrás del batallón, cerca al parque de Villa Hermosa. Cada que podía iba a verla. En una de esas visitas sentimos el bombazo. Vimos a los soldados salir sin zapatos, voleando el fusil. Cuando llegaron ya habían matado a los muchachos que hicieron el atentado. En adelante la cosa empeoró. Hubo más violencia.

En aquel entonces, no se me olvida, estaba pegado a la radio de la casa. Escuchaba el programa de una periodista; le hacían una entrevista al General Landazábal Reyes.³⁵ Le preguntaban por la situación del país y por las insurgencias. El hombre hablaba de las Farc, del ELN, del EPL; hablaba de Quintín Lame³⁶ y hacía un balance desde lo militar. Decía que cuando combatían contra el EPL o el M-19 utilizaban un soldado; contra el ELN mandaban tres soldados; pero cuando tenían enfrentamientos con las Farc necesitaban por cada guerrillero cinco soldados. Yo no imaginaba que eso que estaban diciendo en la radio me iba a dejar una huella tan grande. El general decía que de todas esas guerrillas la única que tenía vocación de poder en el país eran las Farc, y cuando habló de la distribución de los frentes guerrilleros lo que se me quedó fue que los únicos que tenían realmente cómo dar ese salto al poder podrían ser las Farc. Esa conclusión me caló profundamente.

³⁴ Poeta, escritor, compositor y dramaturgo colombiano, nacido en Medellín en 1898 y muerto en esa ciudad en 1944 a la edad de 46 años. Contrajo matrimonio con Carmen Emilia Villalba. De este matrimonio nacieron diez hijos: Darío y Hugo Vélez; Blanca, Yolanda, Flor, Emilia, Elvia (mamá del protagonista de este relato), Noemí, Estela y Helena Vélez. Tomado de https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Cl%C3%ADmaco_V%C3%A9lez.

³⁵ General Fernando Landazábal Reyes. Ministro de Defensa entre 1982 y 1983, en el Gobierno de Belisario Betancur. Siendo Ministro le atribuyó el panorama violento del país al Partido Comunista. Para el General Landazábal este Partido era el patrocinador de la guerrilla en Colombia.

³⁶ Líder indígena que participó en la guerra de los mil días. Su impronta en la historia de Colombia fue la lucha que abanderó por la tierra y la identidad del pueblo indígena.

Estudiaba en la universidad. Siendo primíparo ya distinguía varios líderes de movimientos estudiantiles. Salía a ver las marchas y las quemas de buses. Estaba explorando. Esa vez una de las muchachas líderes me invitó a conocer; me pasó documentación. En el plegable había un papel que tenía el himno de una de estas organizaciones. Me dijo: “Alejo, ¿vos por qué no ingresás?”. Ahí mismo le respondí que el día que yo ingresara a una guerrilla, ingresaba era a las Farc. Entonces como que se delicó, porque me dijo: “¿ah, pero por qué si todos somos lo mismo?” Y yo, con las mismas palabras que había escuchado en la radio, le dije: ustedes no son lo mismo, “aquí la única que tiene vocación real de poder son las Farc”.

Las Dos Caras de la Moneda

Ser hijo de obreros no me impidió conocer las distintas realidades de clase del país, esa *otra cara de la moneda* como se dice. De algún modo, desde estas raíces uno no solo reconoce las brechas sociales, sino que las padece en carne propia. Hubo un tiempo en que mi papá se fue de la casa. Quedamos solo Marujita y yo. Mi mamá se mataba como una mula cosiendo; yo amanecía con ella pegando botones, puliendo con tijeras. Aun así, no alcanzaba. Tocaba hacer algo pa’ sostenernos. Claro, había que entrar dinero pa’ comer. Tenía 15 años. Todavía no me daban trabajo por ser menor de edad. Fue por medio de las conocidas a las que Marujita les cosía que pude conseguir un trabajo de medio tiempo.

Marujita siempre ha trabajado en costura. Se reunía en El refugio Santa Ana del Centro con otras madres de familia que también iban a coser. Por eso, era muy normal que le trabajara a toda esa gente prestante haciéndole puntadas y arreglos. Mamá le llegó a coser a Eugenia Gaviria y hasta a Ardila Lule,³⁷ el esposo. Ese mundo de la costura me permitió conocer gente de la burguesía de esta ciudad. Yo era simplemente el hijo de la modista. Era un muchacho peludo, con los jeans rotos. Me sentía bien así. Cuando fui a conversar con los dueños del negocio me vio una de las hijas y dijo: “ese mensajero no me sirve por la presentación”. Los jefes me vieron tan mal presentado que le regalaron a mi mamá unas ropas de ellos. Ropa de marca, más bien costosa. Lo que hacía Marujita era que les cogía un poquito y así ya quedaba al pelo. Entonces, ya con otra ropa me empezaron a aceptar en su entorno.

³⁷ Empresario colombiano. Según la revista *Forbes* figuró varios años consecutivos como uno de los hombres más ricos de Colombia.

Era una empresa de fiestas, decoraciones y matrimonios. El lujo de esas fiestas que a veces ayudaba a decorar era muy distinto a las fachadas que distinguía en los trotes que hacía por las mañanas. Subía desde Villa Hermosa hasta las cascadas de Santa Elena; entre un punto y otro veía casi toda la periferia de Medellín con los techos de lata y paredes de cartón. Mientras tanto, me imaginaba a la gente por allá en los clubes con sus trajes elegantes: brindando con vino por cada evento de sus vidas. Cada evento favorecía a la empresa. Todo un negocio de la celebración del privilegio. Ahí empecé a conocer otra gente, fue donde pude dimensionar las verdaderas diferencias de clase. No bastaba con meterse en la ropa de las élites para uno sentirse cómodo; para ellos la clase no se impone, usted nace con clase y simplemente lo refleja. Por mi parte, creo que yo reflejaba mi propia clase, porque el trabajo que hacía un mensajero de tiempo completo yo lo hacía en medio tiempo. Trabajaba como una mula.

Después de cinco años mi papá volvió a la casa. Fue un respiro para mi mamá y para mí. Su llegada coincidió con la época en que yo estaba terminando el bachillerato. Tenía muchas ganas de entrar a la universidad. Si quería estudiar necesitaba más tiempo y energía, eso me implicaba tomar la decisión de dejar el trabajo con doña Merced Elena. Cuando la busqué para ponerla al tanto de mi decisión, sus palabras tuvieron mucho de esperanza y otro poco de profecía. Estaba dichoso porque había pasado los exámenes de admisión de la universidad; ya me había ganado el cupo para psicología en la de Antioquia y para ingeniería en la Nacional. A la jefe le preocupó mucho saber que yo podía parar en una universidad pública. Siempre que escuchaba de las manifestaciones decía que era puro terrorismo. Tenía sus prejuicios y no le temblaba la boca para compartírmelos.

Cuando le dije a Merced Elena que hasta ahí trabajaba para ellos, porque empezaba la universidad, me contestó sin titubeos: “Alejo, te vas a volver guerrillero”. ¿Qué pudo ver ella en mí, que me clavó esa sentencia? Creo que leer nuestros propios contextos, que conocí mucho de su clase y que las condiciones de mi familia eran de gente humilde. Hasta ella en algún momento tuvo que haber pensado que no es justo que unos tengan tanto y otros tan poco. Digo yo, pues. A la mirada de Merced Elena me iban a lavar el cerebro. Pero esa experiencia del contraste de clases y mi forma de ser iban a ser la mecha a encender en esos entornos estudiantiles y sindicalistas; alentados en la otra sociedad, en la otra cara de la moneda.

La Universidad y El Paro del 85

Andar los caminos de la vida no es tan fácil como traspasar una puerta. A veces, uno está en tránsito y las fronteras que separan un mundo de otro no son tan distinguibles en los propios pasos. Por eso no hablo de un momento específico de ingreso a las filas. Sé, en cambio, que mi paso por la universidad se alineó con una época de conflicto donde había que hacer resistencia y revolución. Cierta día, unos muchachos de la JUCO³⁸ me invitaron a una salida de campo. Fui desinteresadamente. Salimos de Envigado; la ruta acababa monte arriba, en El Retiro. Yo no llevaba la ropa ideal para un recorrido tan largo ni mucho menos equipo para uno estar a la intemperie; solo llevaba una mochila y unos libros. Era un universitario fuera del salón y puesto a escalar el filo. Tal vez, pisar ese destino tan escondido entre montañas ya me estaba anticipando un cambio drástico. Si la fe mueve montañas, los ideales las alcanzan, porque apenas llegamos a la cima un muchacho de esos sacó los estatutos de las Farc.

Para los que fuimos, hubo en ese acto algo poderoso y simbólico que significaba más que el respaldo que pudieran dar las armas, era algo que se sobreponía al hambre y al cansancio que llevábamos de tanto andar. Ahí no había una aguja, lo único que había eran unos estatutos. El muchacho nos leyó la primera parte del programa agrario de las Farc, y nosotros felices. Desde entonces venía anunciándose por radio y por televisión una tregua. Era muy esquiva la paz en el país. En esa época las Farc estaban dando posibles acercamientos con Belisario Betancur, hablando de negociaciones y tal cosa. En ese tiempo de negociaciones fue que vi por primera vez a un guerrillero, se llamaba Jimmy, creo que venía del 18 Frente. Llegó a dar unas charlas del proceso y en qué consistía el cese al fuego con las Farc. Estuvo en la Universidad de Antioquia y en la Nacho.³⁹

Compartir con varios compañeros y líderes estudiantiles me enteró de las luchas que daba la sociedad en el momento. Se estaba preparando el paro del 85.⁴⁰ Era muy probable que en una

³⁸ Organización juvenil de carácter comunista marxista-leninista vinculada con el Partido Comunista Colombiano.

³⁹ Coloquialismo con que se le conoce a la Universidad Nacional de Colombia.

⁴⁰ Según la Unidad de Investigación y Acusación de la JEP: "El paro cívico de 1985 fue liderado por la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC), junto con sindicatos independientes, y otros sectores creando en conjunto un comando nacional de paro [...] El paro cívico estuvo cimentado en demandas relacionadas con aspectos principalmente económicos. Dentro de las reivindicaciones se encontraban: la suspensión del pago de la deuda externa, la derogación de los acuerdos del gobierno con el Fondo Monetario Internacional, el alza de salarios, subsidios al desempleo y congelación de los precios de artículos de primera necesidad, de los servicios públicos y del combustible; a estas peticiones se sumaron los actores de televisión que decidieron apoyar el paro [...] El paro tuvo despliegue a nivel nacional principalmente con la suspensión del transporte o disminución en la prestación del servicio

movilización con las ambiciones de paralizar la ciudad y sacudir al país hubiera detonaciones, ahí fue donde nos hicieron la propuesta: recibir un curso de explosivos en otro sitio. Fue en una finca en Guarne. El material tenía forma de chorizo. Aún recuerdo ese olor penetrante, las texturas del TNT y el nitro con los que practicamos ese día. La clase tuvo tanta chispa que me deslumbré. El que dio el curso habló de la historia de la dinamita y explicó la diferencia entre los explosivos según la velocidad de la detonación. Una cosa fascinante. Yo creo que lo que me enfocó a mí en este tema de explosivos, fue ese muchacho. Se llamaba Erick, y era muy bueno; además era muy didáctico a la hora de enseñar el tema. Después de esa clase, me vi en la biblioteca buscando las referencias que Erick había mencionado. Necesitaba comprobar que lo que nos había enseñado era tan escaso y único que no se podía aprender en ningún libro de la universidad, en ninguno de las dos universidades.

El Novato

Era diciembre del 87. Los muchachos planeaban tomarse San Carlos. Los planes cambiaron cuando encontraron armas y explosivos saboteados. Así que, aprovechando la cercanía, suspendieron lo de San Carlos y entonces dijeron: "vámonos pa' Granada por los fusiles". Para estos casos en que se busca el armamento o el dinero, en el grupo se utiliza la palabra *recuperar*. Recuperar no tiene la misma connotación que quitar; se dice recuperar para distinguir un delito común de uno político. La misión parecía sencilla. Se resumía en un solo objetivo: recuperar los fusiles del comando de policía de Granada. Cuando me comentaron a mí yo era el novato, incluso fue muy improvisado el asunto.

La labor mía era de inteligencia: mirar condiciones en el terreno y, de acuerdo con la fuerza que se tuviera, informar para tomar las decisiones sobre cómo actuar. Ya había identificado la rutina de los policías y las rutas de guardia. En la mañana salían. Abajo en el parquecito estaba la Caja Agraria, entonces, ellos iban y le daban vuelta. Ya tenía todo el espacio estudiado. Recuerdo incluso que dibujé en la arena de la cancha el mapa del pueblo para

y algunos eventos ocurrieron en varios departamentos dentro de los cuales se encuentran: Antioquia, Cesar, Santander, Cauca, Bolívar, Huila, Valle del Cauca y Norte de Santander [...] La denominada "escalada terrorista" previa al paro conllevó la quema de buses, atentados a oleoductos y afectaciones al servicio eléctrico en diferentes ciudades. Dentro de las actividades de la jornada de paro la principal fue la parálisis del transporte, el bloqueo de algunas de las vías y marchas" (p. 14).

<https://www.jep.gov.co/JEP/documents/1/Gravedad%20de%20la%20situaci%C3%B3n%20de%20derechos%20humanos%20en%20Colombia.pdf>

explicarles a los muchachos las calles por las que andaba la policía y las posibles rutas de salida. Tal cómo estaba armado el plan, los demás debían contrarrestar a los policías sobre esa ruta de vigilancia, tomar los fusiles y salir.

Se estaban demorando mucho para empezar. Pensaba que si esos manes no hacían nada entonces me iba a tocar a mí. Cuando los policías suben yo les salgo detrás de una escalera y, como la orden no era reducir sino disparar, claro, cojo y de a dos tiros pa' cada uno. Uno de ellos llevaba el fusil desasegurado, con el alcance cortico como para responder con un rafagazo. Me pasó por encima; los dos estaban cayendo al suelo, entonces yo le eche mano al fusil. Era un G-3. Todo fue muy rápido: los policías, los disparos, el fusil, muy rápido. Escasos minutos y es como si la imagen fuera eterna. Todavía me acuerdo de que le estoy echando mano al fusil. Alonso Noveno se viene, no lo había visto. Cuando menos pensé, les pega en la cabeza y me vuela sangre de los sesos a la cara. Yo volteo y le digo: "asesino". Se supone que ellos eran los que tenían experiencia en eso.

Entonces, claro, Alonso era el que estaba planeando la acción, era el responsable de ese comandito. El comandito de la operación lo conformaban 4 hombres: Agustín, Alonso, Champion y yo. Cuando escucharon los tiros salientes del parque, se asomaron y dijeron: "quítenles la forniture"⁴¹. ¿Y yo qué iba a quitar?, no sabía manejar fusil siquiera, escasamente sabía manejar pistola, yo decía: "eso no sale, hermano". A lo mejor en la cara llena de sangre no se me veía, pero me sentía demasiado ofendido con la forma en como remataron a los policías.

La misión se había cumplido, sin embargo, tenía cierto sin sabor. Hay cosas que uno piensa que no coinciden con la realidad: el romanticismo de la guerra y toda esa mierda. Ellos, los del comandito, salieron despavoridos, gritando que cubrieran las esquinas, yo salí de último, corriendo con un fusil chilingueando y la pistola en la mano. Cuando llegamos al campamento, estaba preocupado. ¿Cómo fui capaz de gritarle asesino a Alonso? "No, no, tranquilo que no pasa nada", me decían. Tranquilo, lo vamos a sacar por San Luis. Alonso me abrazó y me dijo *camarada*.

Las Rejas

⁴¹ Explica en su relato que la forniture es parte de la dotación de la policía, la correa que llevan en la cintura, "donde llevan colgados los proveedores, esa era una correa de cuero".

Mi vida se dividió en dos pedazos grandes, cada uno con la misma cantidad de tiempo: 15 años en la guerrilla y 15 en la cárcel. Estuve preso en Itagüí,⁴² en Cóbbita⁴³ y en Palogordo.⁴⁴

La primera meta que me tracé al estar tras las rejas fue terminar la universidad. La única Institución que tenía convenio con la cárcel era la UNAD, pero solo para los de la guardia, no para los internos. Cada vez que tenía acceso a un teléfono llamaba a la UNAD,⁴⁵ averiguaba por un convenio para reclusos. Insistí exactamente un año. Pude contactarme con María Elena, así se llamaba la directora. Quería estudiar a toda costa. Se necesitaban 15 internos para cumplir con la cuota para empezar las clases, decía ella. Empecé a hablar con traquetos, con paras, con mafiosos; a cuanto preso conocía le vendía la idea de estudiar. El hecho es que a lo último me confirmaron quince y permanecemos solo tres.

Cuando me trasladaron para la cárcel de Cóbbita ya iba por el tercer o cuarto semestre. Los guardias encargados me prohibieron tener libros en la celda, algo comprensible, porque un libro es peligroso en cualquier lugar, y a un rebelde con ideas vivas ni enjaulado lo marchitan. Entonces empecé a pelear a punta de cartas. Les escribí hasta el cansancio al juez de ejecución y al director regional del INPEC⁴⁶ hasta que pude conseguir la garantía de seguir estudiando y de ingresar mi material de estudio.

En la cárcel de Palogordo solo los jefes tenían derecho a computador, había un guardia que también cursaba ingeniería de sistemas. Gestionaba para llevar equipos a la sede, porque había que montar una sala de informática. Esa era la condición para que operara en la cárcel un instituto que apoyara con las clases. Me metí a montar la sala de informática con el guardia, adecuamos todo: el cableado, la infraestructura, las mesas, todo, incluso el PEI.⁴⁷ Nunca creí que pudiera hacer algo distinto a vivir el encierro de 4 paredes. Con el tiempo me convertí en instructor. Tuve algo de libertad en cada quehacer que me exigía aprender para enseñar. Las profesoras de la cárcel me respaldaron ese interés por ayudar desde ahí, ellas nos acompañaban los fines de semana. Montamos laboratorio de química, aunque siempre levantó sospechas. A los

⁴² Cárcel y Penitenciaría con Alta y Media Seguridad ubicada en el municipio de Itagüí, Antioquia.

⁴³ Cárcel de máxima seguridad El Barne, establecimiento penitenciario ubicado en el municipio de Cóbbita (Boyacá), en el kilómetro 17 de la vía Tunja-Paipa.

⁴⁴ Cárcel y Penitenciaría con Alta y Media Seguridad ubicada en el municipio de Girón, Santander.

⁴⁵ Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

⁴⁶ Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario de Colombia.

⁴⁷ Proyecto Educativo Institucional, el documento que toda institución con fines educativos debe tener como hoja de ruta para sus procesos, debe contemplar el enfoque y el reglamento para el desarrollo de las labores educativas.

ojos de los guardias tenía que haber algo oscuro tras un guerrillero conocedor de explosivos enseñando química. Volar las paredes, hacer un túnel, qué se yo.

Después de la Firma

En el 2022, estuve cerca de una señora en Nariño, Antioquia. La explosión de la toma le dejó una pérdida grande de movilidad. El carrobomba de la toma del 99 era una Toyota que los muchachos habían recuperado en Pensilvania; le había quitado la puerta para ganar tiempo y no enredarme en la salida, porque una vez arranca el temporizador no hay cómo atajarlo. Parquéé al frente del comando y me tiré de inmediato, pero el carro se desengranó y siguió rodando. El tiempo para el bombazo seguía descontándose, la Toyota dio contra la garita del puesto de policía e impactó la casa del frente. La onda explosiva me zarandó tres veces, busqué refugio por la falda del colegio. Después de eso pasaron las 36 horas más largas de tropel en el pueblo. Esa explosión y el fuego cruzado afectaron a la señora que pasaba por el parque.

Cuando tuve a la señora de frente en el evento de paz, sentí que ella necesitaba saber esa verdad. Le dije que yo había hecho parte de la toma. Nunca me creyó. Hizo una mueca de desconfianza y resopló. Mirar a los ojos a los más afectados mueve fibras, porque es deshacer los pasos; es llegar a los pueblos que vimos antes de la guerra, en medio de la guerra y, ahora, después de la guerra. Es encontrarse no solo con lo físico sino con los dolores que buscamos hablar para construir un país distinto. La paz no simplemente fue la firma en La Habana o en el Teatro Colón, es un proceso que se construye desde los territorios; sin embargo, conversar con víctimas es muy complejo. A veces ni sé cómo hablar o qué decir para no revictimizar a nadie.

Ninguno como el encuentro que tuve con Marta Inés, esposa viuda de Gilberto Echeverri Mejía⁴⁸. Gilberto fue el Comisionado de Paz de la Gobernación Gaviria en 2001. Ambos, Gilberto Echeverri y Guillermo Gaviria, fueron secuestrados y luego asesinados a manos del 34 Frente de las Farc en el 2003. No hice parte de ese operativo, pero con la conversación de aquel día me incluyo en parte del desenlace. La agenda de ese día estuvo programada para una

⁴⁸ El secuestro de Gaviria y Echeverri sucedió en el umbral del recrudescimiento del conflicto armado en Antioquia y el país (1995-2002). En ese periodo Colombia vivió el fracaso de un acuerdo de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP, presenció la segunda ofensiva paramilitar, enfrentó el mayor control territorial y social de las guerrillas, y resistió una arremetida de la fuerza pública que impactó a la sociedad civil. En esa etapa el secuestro fue una de las principales armas políticas y económicas de los grupos armados, principalmente de las guerrillas del ELN, las FARC-EP y el EPL. Tomado de <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/comision-verdad-farc-secuestro-guillermo-gaviria-gilberto-echeverri>.

conversación entre responsables y víctimas de ese hecho en particular. Trujillo había hecho parte de este frente; yo llegué por acompañarlo. Siempre he pensado que el viejo Trujillo encarna las verdaderas raíces campesinas de lo que es un guerrillero. En su hablar se sienten el campo y la ideología sin perder la calidez por lo humano. Después de las demandas de verdad y de hablar sobre lo sucedido, Marta Inés nos dijo mirándonos a la cara: “no los perdono, que los perdone Dios, eso sí, necesito seguir conversando con ustedes”. Eso para mí significó una puerta que la familia de una víctima nos dejó entreabierta. Es una señal posible para volver a los territorios, para mirarnos a la cara, para reconstruir juntos la verdad de lo que como pueblo afrontamos. Con cada diálogo voy descubriendo más el miedo que tuvo la gente y mis remordimientos. El pasado impone cargas tan pesadas que tendrán que ser muchos los encuentros para reconocer y superar, de alguna manera, el daño ocasionado.

Marcos de la Guerra y la Paz. Narrativa de Marcos Urbano



Imagen 8. Marcos Urbano, firmante del Acuerdo de Paz

“La guerra deshumaniza.
En la guerra el enemigo es un
bulto más. Uno no ve al ser humano
detrás del fusil”
Marcos Urbano.

Soy Marcos Urbano.⁴⁹ Desde 1982 me uní a las Farc. Aún conservo mi nombre de guerra porque no reniego de lo que fui, porque en él está mi identidad, mis últimos 40 años de vida. En 2011 fui procesado por rebelión y conflicto armado. Pasé seis años en un patio de máxima en Pedregal.⁵⁰ Todo ese tiempo compartimos celda: uno de la oficina,⁵¹ uno de los rastrojos,⁵² un policía y yo. Dos camarotes en menos de dos metros cuadrados. Uno se termina acostumbrando a hacer todo con ellos: comer, dormir, hasta ducharse. Los domingos era el desfile de visitas de aquí y de allá; conocí a sus familias, nuestros hijos jugaban juntos, sin miedos ni prevenciones. Los veía contentos y eso para mí era suficiente. Claro, los tenía cerca.

Cuando recuerdo mi paso por las filas, vienen a mi cabeza las tomas de los pueblos, los botines de guerra, la firma del Acuerdo de Paz; pero, sin dudarlo, lo que más tesoro es el nacimiento de Valentina,⁵³ mi primera hija. Para esos días tenía 25 años. Su llegada me reafirmó en la filosofía humanista que fundamentaba a las Farc. Valentina nació en Territorio del

⁴⁹ Jesús Mario Arenas Rojas, miembro del Estado Mayor Central de las FARC-EP. Coordinador del Bloque José María Córdova en el Oriente antioqueño.

⁵⁰ Centro Penitenciario y Carcelario de máxima seguridad en Medellín, Antioquia.

⁵¹ Organización criminal originaria del municipio de Envigado, Antioquia. Surgió como un combo sicarial al servicio del cartel de Medellín y después se convirtió en una organización criminal o banda criminal (BACRIM), nombre dado por el expresidente Álvaro Uribe al crimen organizado y a la reestructuración de los grupos de las Autodefensas. Sus actividades principales están concentradas en el Área Metropolitana de Medellín.

⁵² Grupo criminal colombiano con influencia en Norte de Santander, departamento fronterizo entre Colombia y Venezuela. Si bien alguna vez fueron considerados como la organización criminal más grande de Colombia, son ahora un grupo reducido con presencia territorial limitada

<https://insightcrime.org/es/noticias-crimen-organizado-colombia/rastrojos-perfil/>.

⁵³ Seudónimo de la primera hija de Marcos Urbano.

secretariado, en La Caucha, lo que llamaban Casa Verde.⁵⁴ Jacobo Arenas,⁵⁵ Manuel Marulanda⁵⁶ y el propio Raúl Reyes⁵⁷ estuvieron con Nadia⁵⁸ y la bebé para cuidarlas. Mientras tanto, yo estaba en la ciudad esperando autorización para volver al campamento. Pasaron cuatro meses antes de que pudiera conocerla. Organizamos todo para traerla a Medellín; la sacamos por el Páramo de Sumapaz.

Nadia era la escolta de Jacobo, una mujer recta y digna de toda confianza. Cuando la niña nació, ella recibió el licenciamiento,⁵⁹ un beneficio que aprovechamos para que saliera, se instalara en la ciudad y juntas empezaran una nueva vida. Para esos días yo coordinaba la estructura aquí en Medellín, lo que me permitió estar con ella en sus primeros tres años. Los operativos eran cada vez más agresivos: la policía y el ejército llegaban a la casa de madrugada, hasta perseguían a mi familia. Decidimos que lo mejor era que se fueran lejos. Fue muy duro separarme de ellas, pero había que hacerlo. Años después, cuando ya estaba encanado, Sebastián⁶⁰ y Sofía,⁶¹ mis dos hijos menores, tuvieron que ver cómo allanaban el apartamento donde vivíamos.

Si nos devolvemos por los 80, era posible que una guerrillera tuviera su hijo, hasta dos; pero eso era porque los enfrentamientos no eran tan constantes ni tan violentos, así que se podían atender los partos sin problemas. Es más, hubo quienes se quedaron con sus hijos en los campamentos. Por eso digo que Nadia no fue la única que recibió beneficios, así como ella hubo otras camaradas; por ejemplo, a una que tenía dos hijos, que la llamaban casi que diario, le llegó el día en que le dieron licenciamiento y pudo reunirse con ellos. Pero la violencia se agudizó.

⁵⁴ Espacio geográfico donde vivían los dirigentes de la guerrilla de las FARC. En este lugar se movían con cierta tranquilidad y holgura. Ubicado en Meta, está en una posición central y en términos tácticos muy cercano a la capital del país, pero de difícil acceso, pues estaba en el cañón del río Duda. (Portal de noticias. Universidad del Norte).

⁵⁵ Luis Alberto Morantes Jaimes fue un guerrillero colombiano. Principal líder ideológico y cofundador de la guerrilla de las Fuerzas Armadas revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) desde 1964 hasta su muerte. Fue partícipe en la organización y creación del partido político Unión Patriótica en 1985.

⁵⁶ Pedro Antonio Marín Marín, conocido por sus alias de Manuel Marulanda Vélez y Tirofijo, fue un campesino y guerrillero comunista colombiano, considerado el más veterano del mundo y de su tiempo. Cofundó con alias Jacobo Arenas la guerrilla Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) y perteneció a su órgano directivo (Secretariado de las FARC-EP) desde su fundación en 1964 hasta su muerte en el 2008.

⁵⁷ Luis Édgar Devia Silva fue un guerrillero colombiano. Miembro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), parte del Secretariado, portavoz y asesor del Bloque Sur de esa organización. Murió en territorio ecuatoriano durante la Operación Fénix de las Fuerzas Militares de Colombia.

⁵⁸ Seudónimo de la primera compañera sentimental de Marcos Urbano.

⁵⁹ Permiso otorgado por el Secretariado de las FARC-EP para abandonar las filas.

⁶⁰ Seudónimo del hijo de Marcos Urbano.

⁶¹ Seudónimo de la hija menor de Marcos Urbano.

Los hostigamientos, las escaladas, las emboscadas, los combates, los bombardeos a los campamentos se volvieron la constante. Fue entonces que en la Séptima Conferencia en el 82 se entregaron directrices nacionales de cero embarazos. Quienes estuvieran en cinta debían interrumpirlo.

Mi segunda compañera, Ana,⁶² por orientaciones nacionales se practicó dos abortos. Si bien era una directriz, también estaba en su deseo no tenerlos porque sabía dónde estábamos y lo peligroso que era exponerse en el momento del parto; podían cogerlos en un retén, torturarlos y desaparecerlos. Los enfermeros eran temporales, duraban en los campamentos unos seis meses, más o menos, y luego rotaban. Hacían varios tipos de procedimientos: algunos legrados, aplicaban inyecciones; eran subordinados, de ellos no dependía si interrumpirlo o no, solo la forma, pues eran los expertos. Después de muchos años, Ana decidió dar a luz en dos oportunidades. La niñez de nuestros hijos fue muy turbulenta, porque a ella y a mí nos cogieron presos. A Ana le dieron seis años por rebelión y, por su condición de madre de dos pequeños, a los tres años le dieron casa por cárcel. Me visitaron cada semana. Hoy son buenos muchachos, no han cogido vicios, no están en combos. Mi hija menor es la mejor, parece que tuviera 50 años, esa es la jefa de la casa; es una tesa con los idiomas. Hace poco me pidió una charla, dice que quiere que le cuente mi historia, y la quiere con detalles. Con Ana los inscribimos en un proyecto de una cooperativa de hijos de nosotros: Sebastián, que hoy estudia Química, se metió con algo de fotografía, y van a los barrios a dictar talleres con jóvenes; y Sofía está encuentada con el grafiti.

Pero la posibilidad de tener a mis dos hijos menores llegó mucho tiempo después de orientar varios abortos en las unidades que comandaba. Empezamos con una brigada nacional de planificación con la t de cobre. A algunas camaradas les hacía mucho daño, entonces se tuvieron en cuenta las barritas o las inyecciones. Intentamos dar condones, pero hubo quienes por machismo no se los ponían. Estaba la discusión sobre por qué solo las compañeras debían protegerse. Somos producto de una sociedad machista y nosotros también lo éramos. También dependía mucho de la situación, por ejemplo, en otros bloques hubo más flexibilidad con esta norma, porque la guerra no era tan cruda; en cambio, en la zona en la que nosotros estábamos había una presión muy grande. El Bloque Metro y los batallones presionaron demasiado,

⁶² Seudónimo de la segunda compañera sentimental de Marcos Urbano.

arrasaron y nosotros también contestamos fuerte. A uno sí le da verraquera porque hubo compañeras de cinco meses de embarazo que abortaron.

Sé que en su momento recibiré el llamado ante la Magistratura para rendir mi versión sobre los hechos; por eso, intento dar el primer paso y cumplir con lo firmado en los Acuerdos: aportar al esclarecimiento de la verdad. Ojalá y pudiera recordar los nombres de cada una, se lo debo a mis compañeras; porque cumplíamos una orden y pusimos lo militar por encima de cualquier cosa, hasta de la vida misma.

Si el Acuerdo de Paz no se hubiera firmado, no podría pensar siquiera en la posibilidad de vivir como un ciudadano cualquiera. Aunque siendo sincero, antes del gobierno Santos, en el Caguán,⁶³ tuvimos una oportunidad de oro para quitarle fuerza a la guerra y no lo hicimos. La gente quería la paz, pero nosotros, ciegos, dijimos que no, que íbamos era por todo el poder. Nos sabíamos fuertes, con armamento, con una estructura sólida a nivel militar y de masas, teníamos muchos territorios controlados; por eso fue que nos metimos en una guerra de aparatos y nos vimos envueltos en toda esta dinámica de violencia. Con la muerte de Jacobo Arenas tuvimos un vacío muy grande en la organización. Estoy seguro de que si él hubiera estado vivo en ese momento hubiéramos firmado el Acuerdo de Paz en el Caguán. Hay que reconocer que nos faltó análisis político. Marulanda era muy terco y Alfonso Reyes, que era el político, no tenía una voz tan fuerte. Reyes era nuevo, tenía que ser más contundente. Nos hubiéramos ahorrado muchos muertos y tal vez la historia habría sido otra.

Desde el 2000 entramos en una dinámica meramente militar. Antes de eso teníamos escuelas de formación, nos metíamos a la selva tres, cuatro meses para dar y recibir instrucciones políticas, ideológicas, militares; pero eso se cortó. Por eso cuando dejamos de recibir la formación se perdió el norte ideológico, no se sabía para dónde íbamos. Eso fue un aspecto fundamental, sumado a la muerte de muchos líderes, para que la dirección de los nuevos frentes la asumieran muchachos sin mucha formación, solo con experiencia militar. Se les hizo fácil desviarse porque su gusto estaba puesto en la plata, la vida buena y las muchachas. Las generaciones anteriores siempre le dimos prelación a lo ideológico, a lo político, a la idea. Con

⁶³ El municipio es conocido en la opinión pública nacional por los fallidos diálogos de paz del Caguán entre las FARC y el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002). Carga entonces el estigma de haber sido zona de retaguardia guerrillera en un conflicto armado que duró cincuenta y dos años. Sin embargo, quedarse con esta imagen sería pasar de largo las complejidades que encierra un territorio como el de San Vicente y el mismo conflicto armado colombiano. (Banco de la República).

Jacobo Arenas y Marulanda había una escuela permanente, a uno lo llamaba el secretariado y no sabía cuánto tiempo se quedaría en formación: llegaba hoy y lo podían soltar a los seis meses. Allá lo ponían a estudiar, a trabajar; aunque fuera el mando más reconocido, allá tenía que ir a ranchar, a pagar guardia, volvía a ser un guerrillero raso, no tenía privilegios. Ellos hacían eso como parte de la formación de cuadros y de mandos, Jacobo y Marulanda le decían el don de mando, el cómo mandar, cómo conducir. En la última etapa no se podían hacer reuniones, había comisiones que se veían cada año; uno con cincuenta hombres por allá, solamente informando por radio, informaba lo que quería. Uno podía informar una cosa y hacer otra.

Las negociaciones con el gobierno avanzaron. En el 2016 nos llevaron al Yarí a veinte guerrilleros que estábamos presos a nivel nacional; eso fue un acuerdo con el gobierno para participar en la Décima Conferencia de las Farc. Quedamos en que íbamos allá quince días y volvíamos a la cárcel. Yo le decía a Carlos Antonio⁶⁴ que entregáramos algo para no tener que volver antes del plebiscito.⁶⁵ Él hablaba de entregar una dinamita y otras cosas, pero yo tenía ese palpito, no quería que ese plebiscito nos tocara estando encerrados. Cuando el helicóptero volvió por nosotros y empezó a sobrevolar yo pensé en perderme. Me escondí por más de dos horas, hasta un campesino me ofreció su choza mientras que decidía qué hacer. Pero ahí es donde juega la vaina de la lealtad, de la palabra, del compromiso adquirido. Si me volaba se dañaba el proceso, todo un escándalo. Imagínese, un mando y desobedeciendo, ¡cuál era la seriedad de esto! Me subí al helicóptero. Cuando llegué a Pedregal me decían que yo si era muy pendejo, que cómo estando libre volví a la cárcel por cuenta propia, no entendían por qué lo hice. Solo les respondía: la palabra es la palabra. Claro, yo sabía que por justicia ordinaria nunca iba a salir, que si no era con el proceso de paz allá me iba a podrir. Era poner toda la esperanza en esa firma.

⁶⁴ Julián Gallo Cubides, conocido como Carlos Antonio Lozada, militó en las filas de las FARC-EP por 39 años y actualmente es integrante del Consejo Político Nacional de la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común Farc, partido fundado tras la transformación de la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Fue nombrado responsable de las Comunicaciones del Partido. En julio de 2015 asumió desde la subcomisión técnica para el fin del conflicto, la tarea de conducir a la guerrilla al fin de la rebelión armada, a dar el paso definitivo a la vida política legal. Fue integrante del Secretariado de las FARC-EP desde el 2010 y de los Comandos Urbanos como la Red Urbana Antonio Nariño. (Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales).

⁶⁵ El plebiscito por la paz de 2016 ponía a prueba una apuesta común, prometía el cierre de un conflicto entre dos enemigos ahora sentados en la mesa, un escenario similar al del inicio de este relato histórico: en 1957, a través de un plebiscito, la ciudadanía le había dado un espaldarazo a la propuesta de un Frente Nacional que prometía la pacificación de Colombia. Casi sesenta años después, los colombianos debían volver a las urnas para decidir si aceptaban el acuerdo de paz firmado por el Gobierno y el grupo insurgente más importante del país, justamente nacido durante el Frente Nacional. (Comisión de la Verdad).

Firmamos 13500 hombres y mujeres, y de esos hay más o menos 12 mil que continúan en el proceso, es decir, la deserción ronda por el 5 por ciento. Hubo quienes volvieron a coger las armas por incumplimiento del Acuerdo, por entrapamiento, por muchas otras cosas volvieron al monte. Pero la mayoría de los que están en las disidencias son muchachos jóvenes, nuevos; porque en el campo el joven no tiene opción y el grupo armado que está en la zona se aprovecha y lo seduce por plata, por cualquier chichigua.

A 8 años de la firma estoy convencido de la necesidad de hacer memoria, porque la disputa por la verdad está muy parcializada hacia el relato dominante; ese relato del establecimiento, el del que ganó. Por ejemplo, en el Oriente antioqueño se ha instalado en la mente de mucha gente el relato institucional que dice que fuimos un ejército de invasión, que no éramos de allá, que nos fueron sacando, que tal cosa, que tal otra, y no miran porqué se procedió allá. Hacer memoria ayuda a mirar desde diferentes ángulos la historia de un proceso. A nosotros nadie nos ha consultado nada. Nuestro relato no es tenido en cuenta y nosotros también ejercimos acciones violentas en Urabá, en Medellín, en el Oriente antioqueño, en todas partes. Es importante conversar y hacer memoria para hacer saber que mucha gente nuestra también murió ahí, que eran líderes en los territorios; que la lucha por el bienestar de la gente es una lucha muy difícil, porque es una lucha muy desigual.

Para avanzar en un territorio, para recuperar armamento, las dinámicas que se daban en la guerra eran muchas, entre tantas, la infiltración. Cogimos varios pelaitos de 14 años. Hasta uno siendo guerrero quedaba de una sola pieza cuando contaban cómo empezaron a matar. Los preparaban en cursos contrainsurgentes y de saboteo. Para nosotros fueron operaciones masivas y tenían cierto modus operandi: defecar en las aguas con las que hacíamos las comidas o cerquita de los puestos de guardia; dañar las armas; poner cosas brillantes para que nos ubicaran desde el aire y hacer simbologías en los árboles como señal de que por ahí habíamos pasado.

Recuerdo mucho a Yeison,⁶⁶ un pelaito muy avisado. Llegó a cagarse en el agua sin que nos diéramos cuenta. Todo lo que hizo lo contó sin pena ni gloria. Nos contó que venía de las Autodefensas del Magdalena Medio, que había ingresado a los 10 años. Era muy frentero. Muchos de ellos hacían parte de la policía juvenil o infantil. Entonces, claro, al principio les enseñaban primeros auxilios, a levantar campamentos, tareas bacanas; pero después les empezaron a dar misiones para que estuvieran pendientes de gente rara que apareciera en el

⁶⁶ Nombre ficticio del protagonista del recuerdo narrado por Marcos Urbano.

pueblo y, a cambio, recibían plata. Así era que los metían en esa línea, los llevaban, les daban charlas, y como eran pelaos del área, los metían en zonas donde estaba la guerrilla, porque sabían que la guerrilla crecía con pelaos de las veredas, con campesinos. Yeison contó que a sus 14 años ya había matado a seis personas, que cuando lo llevaron la primera vez a ver matar lo hicieron tomar sangre del muerto. Ya después le enseñaron a torturar. Contaba, como si nada, que primero le cogía una mano y con una navaja le descabezaba la uña, después se enfocaba en los ojos, luego los testículos y así. Daba muchos detalles, parecía todo un experto. Como estaban tan pelaos pensamos en entregarlos a la Cruz Roja, pero en ese tiempo la guerra no daba tregua, estábamos muy cercados. Si los dejábamos ir a los ocho días iban a estar en un retén bajando gente nuestra o señalando a campesinos que de buena fe nos brindaban una aguapanela o algún almuerzo. Ese era el peligro, era cuestión de supervivencia.

Para mí la guerra de resistencia y la guerra contra un estado injusto era una opción. En Colombia la tratamos de hacer muchas veces, pero no dio resultado. Por eso le decimos a los pelaos que la guerra no es el camino. No voy a santificar a quienes usan las armas para tratar de buscar una salida a su situación en el mundo, como hoy Palestina, porque el mundo es muy injusto y la guerra trae una moral cargada según la posición de clase que se tenga. Aquí, y en otros países, siempre la guerra buena, la guerra justa fue, es y será la de los ricos.

La sociedad nos tachó de militares, de ser fuertes pero carentes de pensamiento. Algunos sectores de la izquierda intelectual nos acusaban de ser demasiado dados a la violencia y carentes de reflexión. La guerra se volvió cada vez más violenta, y no logramos hacer que el pueblo entendiera nuestras intenciones. Hice presencia más que todo en el Oriente de Antioquia, una de las regiones más devastadas por la violencia. Por ejemplo, el municipio de Nariño lo asaltamos dos veces: en el 96 y en el 99. En esta última nosotros entramos al pueblo un viernes 30 de julio a las 4 de la tarde y salimos el domingo a la madrugada. Fueron más de 30-36 horas de combate. Entramos con cuatro frentes y tuvimos el control total del municipio. Muchos se resguardaron en la iglesia. Vimos gente salir de una casa a otra con pañuelos blancos para identificarse y poder protegerse de las ráfagas de fusil que llegaban de todos lados. Había mucho miedo. Utilizamos un carrobomba para atacar el comando y, como estaba en toda la mitad del parque, afectamos mucho las casas aledañas, porque no todas eran de material sino de bahareque o madera. Es por eso que, si hablamos de un parte militar, decimos que esa ventaja que buscábamos en el Oriente la conseguimos: recuperamos 32 fusiles, retuvimos prisioneros de guerra y hubo bajas de

policías. Tal cual le dijimos al secretariado. Pero si hablamos de la afectación a las comunidades, ese sí ya es otro cantar. Algunas decisiones las hubiéramos podido pensar mejor, porque hicimos un balance y realmente la fuerza que utilizamos fue desmedida. Por eso digo que si pudiéramos volver en la historia evitaríamos usar los carobombas, las ramplas y hacer cosas como ajusticiar sin contrastar la información. Uno les creía a los otros y ellos a veces no eran transparentes. Supe que hubo gente que utilizó el poder, que tenía el contacto con el grupo para su provecho personal. Se dieron casos de esposos que querían salirse del amante de la compañera, quedarse con un lindero o alguien que quería sacar a un campesino del área. Utilizaron la estructura para fines propios y en eso nosotros, que éramos los que impartíamos justicia —por decirlo así— nos equivocamos. Dejamos la relación con las comunidades en manos de unidades inexpertas, porque nosotros, los que teníamos un poquito más de claridad, nos quedábamos más al fondo, y los que tenían la relación directa con la población eran gente menos preparada. En Nariño el daño fue grande. Nos instalamos en el pueblo por más de un año. Tuvimos el control total lo que nos llevó a cometer grandes errores.

De eso han pasado 24 años y solo hasta el año pasado pudimos sentarnos a conversar con las familias sin tantas arandelas, sin ningún interés judicial de por medio. Qué las personas afectadas por las acciones nuestras conversaran con nosotros se lo agradecemos a sus hijos, acompañados por unos profesores de la Universidad de Antioquia. Pudimos hablar y ser escuchados con respeto; respondimos las preguntas de los jóvenes y de sus papás. Reconocimos la dureza de la guerra en esos días. Fueron muchas embarradas. Por eso el mensaje que a mí me llega es muy potente, porque los muchachos hoy nos están enseñado que como juventud son el puente con las generaciones anteriores. Los jóvenes están ayudando a sanar las heridas y a menguar los odios que hay en sus padres, en sus familias, porque para nosotros pedir perdón no es la opción. No me gusta la palabra perdón porque no reemplaza el daño hecho, para nosotros sirven más las acciones. Lo he aprendido al dialogar con víctimas, lo que no es una cosa estática, pues cada víctima nos hace ver algo distinto y uno se transforma. Quisiera que nos permitieran volver a los territorios donde antes nos vieron en guerra y construir en colectivo acciones que puedan verse, que sí impacten a los pobladores.

Comandé muchas tropas. Vi caer a mis compañeros y supe de la pérdida de sus familiares y amigos. Como Farc fuimos una estructura militar y política muy cerrada, pero de mucha lealtad. Éramos leales no solo a la vaina ideológica sino a las personas. Fuimos conscientes de

que con la firma del Acuerdo la lucha debía seguir: me nombraron líder del Partido Comunes en el área metropolitana y hago parte del ejecutivo nacional del partido: un grupito dentro de los 5 principales por toda esta región. Me concentro en el trabajo del partido, en la organización entre Antioquia, el Eje cafetero, Córdoba y Chocó. En esa dirección nos toca estar pendientes de los muchachos. Seguimos luchando como firmantes de paz y lo ideal sería tener un sitio donde terminar bien, un lugar donde vivir. Pero hay que ir haciéndole, hay que producir, y eso una gran parte de la sociedad no lo entiende. Aún hay muchos que creemos en este proceso, y por eso, seguiré luchando hasta que me entierren.

2. Lo Singular y lo Plural en las Memorias de los Firmantes de Paz. Dimensiones Ética, Política y Formativa

En este apartado presentamos las comprensiones e interpretaciones que distinguimos en las gramáticas de la memoria de los firmantes del Acuerdo de Paz, un proceso que implicó analizar los relatos⁶⁷ que configuran sus recuerdos y percepciones del conflicto armado y su reincorporación a la vida civil. Al adoptar un enfoque hermenéutico, buscamos desentrañar los énfasis y comprensiones que los firmantes asocian con sus experiencias y decisiones, reconociendo que la memoria no es un simple archivo de eventos pasados, sino una construcción dinámica influenciada por contextos socioculturales y políticos. Este capítulo no solo ilumina cómo los firmantes rememoran y reconstruyen sus vivencias, sino que también examina las implicaciones de estas gramáticas de la memoria en la consolidación de una paz sostenible y en la configuración de la narrativa histórica nacional.

2.1. Dimensión Ética de las Gramáticas de la Memoria

El reconocimiento de las valoraciones que se tenían en medio de la guerra da lugar a formular balances éticos. Estas valoraciones expresan el *deber ser* o las conductas ideales para cada perspectiva de vida y desde cada época rememorada. Hace parte de un balance entre los

⁶⁷ En este capítulo de análisis se retoman las voces directas de los firmantes de paz, las cuales pertenecen a relatos compartidos en entrevistas, conversatorios, escritura de cartas entre julio de 2022 y abril de 2024. Para darle mayor fluidez al proceso de lectura, las referencias a estos se hacen solo con su nombre sin contemplar apellidos, formatos ni fechas. Cabe señalar que Marcos Urbano y Harrison autorizan escribir con su nombre de guerra porque reconocen su identidad en el apelativo; Francelly y Alejandro autorizan escribir con su nombre de pila.

principios que rigen la acción en el mundo del conflicto y los que tienen lugar hoy en el mundo de la reincorporación tras la firma de los Acuerdos de Paz. El énfasis ético de estas memorias estriba, precisamente, en los contrastes y tensiones sobre el actuar narrado en las historias de cada firmante.

El relato de cada experiencia abre un espacio para las voces que distinguen y cuestionan los supuestos que primaron en el pasado del conflicto. Por ejemplo, algunos firmantes reconocieron que en el contexto de la guerra la ventaja militar, el poder, el control territorial eran condiciones valoradas con mayor insistencia que lo humano, “porque cumplíamos una orden y pusimos lo militar por encima de cualquier cosa, hasta de la vida misma. *Uno mientras combate no ve al ser humano que hay detrás del fusil*” (Marcos).

Pero al lado del reconocimiento de los principios militares, si se nos permite el término, emergen los supuestos éticos que desde el *deber ser* de la reconciliación, promulgada por los Acuerdos, son necesarios en la transición hacia la paz. Así, la verdad, la resistencia, la reparación tienen gran espacio como valores civiles a perseguir en las memorias narradas cuando se admite que “intento dar el primer paso y cumplir con lo firmado en los Acuerdos: aportar al esclarecimiento de la verdad” (Marcos) o cuando se vuelve al momento en que “tuve a la señora de frente en el evento de paz, sentí que ella necesitaba saber esa verdad. Le dije que yo había hecho parte de la toma. Nunca me creyó” (Alejandro).

Entonces, la inclinación por lo militar se presenta como cuestionable desde el valor que supone el estado actual en que la vida y el bienestar son vistos como los fines últimos de una sociedad después de un conflicto. Es destacable que en las memorias de los firmantes la guerra sea vista como un camino válido para subvertir órdenes de desigualdad e injusticia. Así que, en la dimensión ética de las gramáticas de la memoria de estos firmantes de paz hay posiciones que, aunque legitiman la guerra como último recurso, cuestionan su efectividad poniendo por encima los valores de equidad y justicia de los cuales no ha sido garante.

La tensión entre medios y fines es una cuestión ética que exige decantarse por privilegiar los métodos sobre los resultados según sus impactos, o viceversa. Aunque el corolario que dejan las memorias de estos firmantes versa sobre la desaprobación experimental de la guerra para alcanzar la justicia, hay intersticios de estas experiencias que revelan que esta posición no es identificable como si se tratara de un espectro de claroscuros, más bien, la ética del ser humano pasa por matices en los que es complejo distinguir valores defendidos y respuestas dadas como

cuando Alejandro le grita “asesino” a un camarada guerrillero porque asesinó a dos policías que ya tenían reducidos.

Es así como siguen primando los principios e ideales que el conflicto armado reveló como carencias de nuestra sociedad colombiana en disparidad de clases y violencia:

Para mí la guerra de resistencia y la guerra contra un estado injusto era una opción. En Colombia la tratamos de hacer muchas veces, pero no dio resultado. Por eso le decimos a los pelaos que la guerra no es el camino. No voy a santificar a quienes usan las armas para tratar de buscar una salida a su situación en el mundo, como hoy Palestina, porque el mundo es muy injusto y la guerra trae una moral cargada según la posición de clase que se tenga. Aquí, y en otros países, siempre la guerra buena, la guerra justa fue, es y será la de los ricos. (Marcos)

También hace parte de la dimensión ética de las gramáticas de la memoria asumir la responsabilidad de los actos cometidos desde la lucha armada. Ciertamente, los firmantes de paz coinciden en relatar episodios de guerra en los que aclaran su participación y los daños hechos a las comunidades, lo que hace parte del pronunciamiento ético en el que los firmantes optan por reconocer y hablar con la verdad: “Como muchos otros, fuimos responsables de tantos años de dolor y sufrimiento; realmente no previmos las consecuencias de esa toma” (Francelly). Por su parte, ese reconocer al otro y *darle la cara* desde la diferencia se evidencia como el imperativo ético presente en la memoria discursiva de los firmantes de paz.

Desde luego, estas posturas son más recurrentes al momento de narrar el presente del acercamiento a comunidades de víctimas del conflicto y el futuro en que proyectan medidas de reparación.

Después de las demandas de verdad y de hablar sobre lo sucedido, Marta Inés nos dijo mirándonos a la cara: “no los perdono, que los perdone Dios, eso sí, necesito seguir conversando con ustedes”. Eso para mí significó una puerta que la familia de una víctima nos dejó entreabierta”. Es el símbolo de que es posible seguir tocando puertas y volver a los territorios para mirarnos a la cara, para reconstruir juntos la verdad de lo que como pueblo afrontamos. (Alejandro)

En suma, el tinte ético de estas memorias es apreciable en las formas de asumir la responsabilidad de los propios actos o de los que el otro ha padecido: “yo no fui, pero fue mi organización”, dice Alejandro. Los firmantes de paz asumen la conversación con víctimas no

desde la exclusividad de padecer o ejecutar las acciones en los que tuvieron lugar, sino que en cada acto de un miembro de las Farc se asume una responsabilidad extensiva a los demás miembros del colectivo, e igualmente hacia todas las víctimas como parte de la sociedad.

Esta es una ética responsiva (Tafalla, 2003) que surge de reconocer la demanda que viene de un todo afectado hacia otro *todo* responsable y no exclusivamente a sus partes. Por eso, la dimensión ética de las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz asume el llamado de la sociedad para responder por sus múltiples acciones.

Ah, le dije a Sara que las mayores pérdidas de la guerra fueron la familia y los compañeros caídos. En cambio, supe con esa conversación y con esos mensajes que las ganancias están del lado de la paz. Es cierto, la guerra me dejó muchas experiencias y conocimientos, pero la mayor ganancia para mí es poder sentarme frente al anciano, el joven y las víctimas y decirles con franqueza mis errores como alguien de carne y hueso. (Harrison).

Un llamado que también traducen en la demanda de las propias parcialidades para completar los relatos y verdades del conflicto.

2.2 Dimensión Política de las Gramáticas de la Memoria

La dimensión política de las gramáticas de la memoria de firmantes de paz se expresa en el contrapunteo que la propia historia les hace a las versiones “oficiales” de los acontecimientos. Varios firmantes coinciden en recalcar su historia como parte negada de los relatos oficiales que han querido contar el conflicto armado y las luchas entre grupos estatales, o paraestatales, y los insurgentes. Los pronunciamientos plantan una disidencia de los relatos dominantes sobre las acciones de las Farc, defendiendo la importancia de una versión alterna y complementaria a la sabida, y la necesidad de incluir otras versiones del pasado en la construcción de la historia; las correspondientes a las voces de los responsables.

Nuestro relato no es tenido en cuenta y nosotros también ejercimos acciones violentas en Urabá, en Medellín, en el Oriente antioqueño, en todas partes. Por eso, es importante conversar y hacer memoria para hacer saber que mucha gente nuestra también murió ahí, que eran líderes en los territorios, que la lucha por el bienestar de la gente es una lucha muy difícil, porque es una lucha muy desigual. (Marcos)

Como se ve, el reclamo que se hace a los relatos dominantes es justamente la pretensión de erigirse como único punto de vista y única narración válida. Una pretensión semejante a la de asumir el lugar de un panóptico de la historia, cuyos pronunciamientos son totales, pues distintos puntos de vista implican distintas formas de narrar la memoria. La memoria como la parte plural de la historia defiende el derecho inalienable de narrar, desde la multiplicidad de miradas y voces, según la perspectiva experimentada,

En suma, la memoria es en sí misma la defensa de una posición, de un lugar de enunciación y, en entero, de un relato acorde a todas estas coordenadas de vida en las que nos instalamos o a las que somos arrojados (Mèlich, 2004). Es decir, en la memoria que se narra se da una defensa de una mirada y una voz situadas que sacan a relucir nuestro modo particular de sobrevivir o haber sobrevivido a los acontecimientos.

Ahora, las memorias de cada firmante ofrecen una lectura de la realidad inicial que los condujo al levantamiento en armas; estas realidades evocadas se cruzan con los acontecimientos históricos y de país que engrosan el conflicto armado con las Farc y otros actores. La violencia, el despojo de tierras, la desigualdad social, el narcotráfico y las luchas sindicales por los derechos hacen parte del panorama que retratan las memorias y que se vinculan a las decisiones de pertenecer al grupo armado. En esta dimensión política de gramáticas de la memoria está presente la lectura de causas y consecuencias como forma de explicar la organización en armas.

Tiempo después de formarme con el mando superior me delegaron el 36 Frente. Entendí el trasfondo: las Farc surgieron como reacción a la violencia de los terratenientes, latifundistas y poderosos de este país, y tomó más fuerza con la violencia bipartidista donde conservadores perseguían a liberales y a comunistas, eso hizo que surgiera una resistencia, que entendiera el por qué y para qué se fundó la guerrilla. (Harrison)

La disparidad de clases también es un común denominador que se sanciona en esta dimensión política, pues esta desigualdad y asimetría social son justamente los factores sobre los que los firmantes de paz sientan sus ideales políticos y sus decisiones posteriores. El relato de las problemáticas vividas y los nudos familiares ayudan a develar la conciencia de clase, es decir, que el reconocimiento como sujetos pertenecientes a las esferas más vulneradas de la sociedad alienta el relato de la lucha armada y los ideales que la justifican: “Mientras andábamos le hablaba al pelao del bien común, de la lucha campesina y del poder de los de abajo” (Harrison). De esta forma, a medida que cada firmante evoca y narra sus condiciones de vida emerge en sus

narraciones el vínculo con la lucha y la movilización para combatir la opresión en que se reconocen.

Empecé a entender las diferencias y desigualdades de clase, la falta de oportunidades, la estigmatización para los jóvenes de las comunas. Si se era de tal barrio uno tenía la posibilidad de conseguir empleo; pero si decía que era de tal comuna, y específicamente de un barrio pobre, no le daban la oportunidad. (Francelly)

En esta instancia hay una lectura contrastiva de la realidad en la que se toma partido para explicar la urgencia de una movilización que transformase las condiciones de opresión. Esta conciencia de clase se manifiesta en las narraciones donde cada firmante se nombra explícitamente como actor de la parte oprimida de la sociedad; sea de una clase campesina despojada de su tierra, sea de una clase trabajadora con precariedades, o sea de un sujeto constreñido por las condiciones estructurales de su entorno:

No bastaba con meterse en la ropa de las élites para uno sentirse cómodo; para ellos la clase no se impone, usted nace con clase y simplemente lo refleja. Por mi parte, creo que yo reflejaba mi propia clase, porque el trabajo que hacía un mensajero de tiempo completo yo lo hacía en medio tiempo. Trabajaba como una mula. (Alejandro)

Hay también en esta dimensión política una confrontación al Estado donde se le reclama por fungir como aquella maquinaria de la opresión que mantiene las condiciones de desigualdad. Las memorias son insistentes en dirigirse y cuestionarle al poder la persistencia de las causas de la guerra que alimentan las brechas sociales, aún después de un proceso de paz.

Hubo quienes volvieron a coger las armas por incumplimiento del Acuerdo, por entrapamiento, por muchas otras cosas volvieron al monte. Pero la mayoría de los que están en las disidencias son muchachos jóvenes, nuevos; porque en el campo el joven no tiene opción y el grupo armado que está en la zona se aprovecha y lo seduce por plata, por cualquier chichigua (Marcos)

Este flujo de la memoria no solo se ocupa de confrontar la realidad cultural y política tras el Acuerdo, también se concentró en tensionar la realidad de la época de conflicto para posicionar la perspectiva y el accionar propios. Por ello señala las fuerzas involucradas en las situaciones coyunturales de la época

El gobierno de ese entonces fue muy malicioso (Turbay Ayala). Estaba aprovechando la bonanza de la mariguana para quitarles las tierras a los campesinos. Ese campesino que

alentábamos a pelear por su tierra se desplazó; abandonó y se vino más hacia acá. Se dedicó a sembrar mariguana. (Harrison)

Desde otro ángulo, sobresale la dimensión política en el recuento de la visión del alzado en armas y de los ideales que encarna. Los relatos apuntan a expresar la conciencia política de que el guerrillero de las Farc ha sido un actor social que se ha visto abocado a medidas radicales como el tomar las armas, siendo estas uno de los últimos recursos para transformar su realidad rezagada.

Le contaba lo que era para nosotros ser un guerrillero: al guerrillero no lo hace la metralleta ni el mortero. Al guerrillero lo hace una concepción ideológica. Un verdadero guerrillero es un hombre de principios. Un hombre que usa el último escalón de la lucha para llevar a cabo unos ideales. (Harrison)

Esta conciencia sobre el sujeto armado como último recurso de transformación se resume en la posición que tiene como base la convicción de que la lucha es legítima desde la multiplicidad de medios para alcanzar el ideal de justicia. La dimensión política, así como la ética y la formativa, se evidencian en los énfasis que según los rasgos subjetivos de cada firmante son rememorados y narrados de tal o cual forma.

Es notorio que las memorias de los firmantes de paz convergen en relatarse desde una apuesta por la eliminación de brechas sociales que se mantiene tras la guerra y continúan tras la firma del Acuerdo de Paz. Pero, si bien hay una identidad política en tanto se manifiesta la adherencia a la ideología de lucha que sostiene la organización antes armada, y ahora con participación política, cada pronunciamiento plantea unas apuestas personales cuyas inclinaciones se diferencian sustancialmente. Estas diferencias obedecen a la realización personal del proyecto político de las Farc como colectivo, luego, según la singularidad de los sujetos los modos de rememorar, proyectar y narrar cada apuesta podrían derivarse en subdimensiones políticas de las gramáticas de la memoria que ofrecen un crisol de diversos énfasis como, por ejemplo, el comunitario de Francelly, el agrícola de Harrison, el organizativo de Marcos y el de diálogos ciudadanos de Alejandro; pues le es tan propio a una dimensión política lo acontecido en el pasado como en el presente o el futuro, de suerte que así como se incluye en la dimensión política la defensa de la lucha armada en época de insurgencia, hacen parte de estas dimensiones el vínculo de Marcos con el partido Comunes, como la participación de Alejandro en las mesas de paz regionales y sus diálogos sobre del conflicto con jóvenes o víctimas. Asimismo, la

dimensión política de las gramáticas de la memoria abarca tanto el trabajo por la tierra de Harrison como las apuestas organizativas de Francelly, todas estas, formas otras de lucha del presente como época de transición.

2.3. Dimensión Formativa de las Gramáticas de la Memoria

Comprendernos a nosotros mismos desde el relato del otro es el efecto que tiene la heterobiografía o la memoria colectiva (Delory, 2015; Halbwachs, 2005). Por esta misma vía es posible acceder a la memoria de vida cuando un sujeto se refleja en las condiciones de semejanza o alteridad que le representa el otro con que interactúa. Tal es el caso de los firmantes de paz que hicieron del diálogo con las comunidades que afectaron puntos de inflexión memorables en los que reconocen un proceso de transformación.

Natalia con su liderazgo me recordó mi yo adolescente: una joven con muchas ganas de vivir, de salir al mundo, sin oportunidades, sin nadie que me escuchara [...] Al mirarla no pude contener mi nostalgia: me vi enterrando a mi mamá a los catorce años. (Francelly)

Vale la pena retomar lo formativo como la movilidad del pensamiento y la transformación de la subjetividad. En extenso, la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria está presente cuando en medio del recuerdo salen a flote las lecciones aprendidas tras cada experiencia: “estos jóvenes me enseñaron a seguir creyendo en este proceso; en lo valioso de vernos a la cara y reconocernos como semejantes; en seguir caminando por los territorios que en medio de la guerra dañamos y que hoy abrazamos” (Francelly).

Igualmente, distinguimos aquella transformación en la subjetividad cuando apreciamos en las memorias de los firmantes de paz el desplazamiento de una idea, una conducta, o un discurso para hacerle espacio a otra idea que el sujeto acoge en nombre del aprendizaje propiciado por una experiencia. Por ejemplo, para Marcos el discurso del perdón resulta poco reparador al lado de las acciones que como responsables pueden emprender para resarcir los daños ocasionados a los pueblos con la confrontación armada:

No me gusta la palabra perdón porque no reemplaza el daño hecho, para nosotros sirven más las acciones. Lo he aprendido al dialogar con víctimas, lo que no es una cosa estática, pues cada víctima nos hace ver algo distinto y uno se transforma. (Marcos)

En esta dimensión formativa también se contempla la expansión de un estado reflexivo que evalúa movimientos de la subjetividad y reconoce el crecimiento propio. Traemos a colación

la *anagnorisis* que Aristóteles proponía en *La Poética* para distinguir en el mundo narrativo de la tragedia cuando los protagonistas pasaban de un estado de ignorancia a uno de conciencia.

La memoria es aquella que facilita el tránsito de ese estado de ignorancia al de conciencia. Mientras que en la dimensión política resalta la conciencia de clase de los firmantes de paz, desde la dimensión formativa sobresale la conciencia de sí y del tiempo histórico. Y es que la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria no es la transformación en sí misma, pues la narración de una memoria sucede con distancia temporal del acontecimiento transformador; pero es en el ejercicio de la memoria que emerge la conciencia y el reconocimiento de esa transformación como tal. En otras palabras, y siguiendo a Aristóteles, es en el ejercicio de la memoria donde sucede la *anagnórisis* como la conciencia de lo aprendido o de la deformación sufrida.

Tal *anagnórisis* o estado de conciencia le abre paso no solo a la conciencia de sí sino a la conciencia de sí en el tiempo y en La Historia. Lo que desde el binarismo inocencia/culpabilidad puede asemejarse a reconocer un yerro, desde el discurso del *hubiera* se traduce en la posibilidad de otras formas de obrar. El *hubiera* aparece en la memoria de los firmantes de paz como la proyección de un pasado alternativo, es la memoria avanzando hacia atrás. Este *hubiera* es la conciencia del pasado como influencia determinante del presente y del futuro. Se presenta por obra de una lectura de consecuencias sopesadas desde la hipótesis de otros rumbos. Es decir, el *hubiera* es un marcador de la memoria cuya instalación se da en el transcurso hipotético del tiempo de vida o de la Historia, y reconoce errores al presentarlos como decisiones tomadas entre un cúmulo de alternativas propiciadas por el tiempo y el contexto. El *hubiera* del discurso nemónico de los firmantes de paz propone escenarios de futuro distintos, ya no es el deseo de transformar la subjetividad del otro, es la subjetividad propia manifestando su deseo de transformar la Historia acontecida. Es un marcador de la memoria en el que se distinguen los yerros y en el que se sugieren modos de ser o hacer ideales.

La guerra fue cogiendo una dinámica mucho más violenta y el pueblo no entendió, o sea, nos faltó el análisis político ahí. Por ejemplo, a nosotros nos hizo un hueco grande la muerte de Jacobo; yo estoy seguro de que si él *hubiera* estado vivo *hubiera* firmado el Acuerdo de Paz en el Caguán. (Marcos)

En síntesis, el *hubiera* es el tímido espacio para el reconocimiento de responsabilidades que sobresale en la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz.

Y es Justamente un espacio tímido, porque los relatos que derivan de esa instalación de la memoria no manifiestan el yo como actante que se abandera de un hecho o una responsabilidad de manera directa, sino que lo muestran como el producto de las condiciones de época.

Hay decisiones que uno *hubiera* podido medir más, medir mejor. Por ejemplo, la utilización de esos carrosbomba en los pueblos; *hubiéramos* podido no utilizar tanta fuerza pa' lograr el objetivo. (Marcos)

Además de manifestar el deseo de transformar la Historia (o el relato de la memoria), el *hubiera* sugiere la responsabilidad de los sujetos en ella y, a su vez, la solapa en la posibilidad que da la narración de imaginar otros relatos históricos y de vida distintos a los ya acontecidos.

Exponer una lectura desde el *hubiera* es también construir la imagen de un lector de la Historia. El *hubiera*, además de sugerir historias alternativas, es el marcador que se usa para la lectura del pasado con los raceros que traza una hipótesis de futuro hecha con la necesidad del presente. El *hubiera* es el reconocimiento de un presente defectuoso en el que el obrar propio tuvo incidencia; de ahí que sea también el reconocimiento soslayado que la memoria hace de los aciertos o desaciertos y, en suma, de las responsabilidades con la Historia.

Para mí la muerte de mi mamá fue muy tenaz, perder a mi mamá era perder una parte de mí, una parte de mi vida porque yo era demasiado dependiente de ella, es más, si mi mamá *hubiera* estado viva para ese entonces, yo creo que yo no me *hubiera* ido para las Farc, o sea, yo no *hubiera* dejado a mi mamá. El amor que sentía hacia ella era tan grande, era tan inmenso. (Francelly)

Por eso, la dimensión formativa se hace visible en el discurso nemónico en que los sujetos se saben influidos por un cúmulo de experiencias, dicho de otro modo, la dimensión formativa en la narración del sujeto resalta cuando este reconoce lo nuevo que traen las memorias de los acontecimientos para el propio ser y para el curso de vida desde el que se enuncia.

Cada gesto y cada palabra de estos jóvenes me llevó a reflexionar y a encontrarme con unos sentimientos y emociones muy particulares; porque, como dicen los muchachos, la paz también se construye desde lo privado, desde el seno del hogar. Creo que, como firmantes de paz, estos jóvenes nos dejan una lección tremenda: el camino empieza encontrándonos en la diferencia. (Francelly)

Como se expresa, los discursos de las partes afectadas de la sociedad alentaron la formulación de nuevos valores y perspectivas sobre los retos que suponen épocas posteriores a la guerra. Esto es la ampliación del espectro valorativo sobre el conflicto que devino en la firma de los Acuerdos de Paz:

La guerra me dejó muchas experiencias y conocimientos, pero la mayor ganancia para mí es poder sentarme frente al anciano, el joven y las víctimas y decirles con franqueza mis errores como alguien de carne y hueso. Mejor dicho, la mayor ganancia ha sido volver a la tierra, a los animales y a la gente. (Harrison)

Ahora, no solo reconocer la influencia del otro hace parte de la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria, también sucede que emergen en el discurso nemónico de los firmantes las referencias a acciones pasadas que buscaban influir y transformar a otros. Es la convicción de tener algo que enseñar al semejante, o algo con que moldear su subjetividad, lo que también se asoma en las memorias:

En ese entonces con los muchachos les infundíamos a los vecinos el arraigo por el oficio y la tierra. En las juntas comunales, en las células del partido, en todo lugar, y a todo el que nos encontrábamos, le compartíamos la misma idea de seguridad alimentaria y de amor por lo propio. (Harrison)

Los tramos de vida de estos firmantes de paz, además de coincidir en la adherencia a la ideología fariana, coincidieron en la intención de enseñar a construir un mundo distinto con otros órdenes, con otras gramáticas: “Nunca creí que pudiera hacer algo distinto a vivir el encierro de 4 paredes. Con el tiempo me convertí en instructor. Tuve algo de libertad en cada quehacer que me exigía aprender para enseñar” (Alejandro).

Desde otra perspectiva, la idea de afrontar las consecuencias de la guerra deriva en la consideración empática de las vivencias y sufrimientos de las víctimas, lo cual es esencial para la construcción de una memoria colectiva que propenda por restaurar el tejido social roto por la guerra. Dicho sea de paso, la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria se expresa también en la revalorización de la paz respecto a la guerra, toda vez que hay pensamientos reformulando sus paradigmas anteriores, hecho en el que convergen Harrison y Alejandro al manifestar las consideraciones evocadas en las conversaciones con víctimas:

Las balas que venían contra mí hicieron mucho daño, al igual que las que yo disparé. Ah, le dije a Sara que las mayores pérdidas de la guerra fueron la familia y los compañeros

caídos. En cambio, supe con esa conversación y con esos mensajes que las ganancias están del lado de la paz. (Harrison)

Por este sendero transita también la autoconciencia sobre los daños ocasionados como arista de la dimensión formativa. Alejandro expone una memoria en la que los ecos de las voces de víctimas permanecen como muestra de las afectaciones sufridas por el conflicto; sin embargo, frente a la memoria del dolor infringido, el firmante de paz posiciona el diálogo y el encuentro cara a cara como posibilidad de superación: “con cada diálogo voy descubriendo más el miedo que tuvo la gente y mis remordimientos. El pasado impone cargas tan pesadas que tendrán que ser muchos los encuentros para reconocer y superar, de alguna manera, el daño ocasionado” (Alejandro).

El discurso mnemónico aquí se concentra en el reconocimiento del dolor propio y el ajeno, así como en la necesidad del encuentro para tramitarlo. En breve, la dimensión formativa de las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz sobresalta en los discursos nemónicos que reconocen los aprendizajes dejados sea por una experiencia dialógica con víctimas o por un acontecimiento de vida durante y después del conflicto.

A modo de una anagnórisis, la dimensión formativa se distingue en las narraciones que develan el despertar de una subjetividad que se sabe moldeada por otros, o bien, que reconocen el deseo de moldear la subjetividad de estos. Una de las experiencias que muestran esos cambios en la subjetividad de los firmantes es su paso por la cárcel, donde aprendieron a ver diferente a quienes otrora consideraron contrarios en el campo de batalla. Frente a ello, la remembranza de Marcos revela la deconstrucción de la imagen de ese enemigo al distinguir en él aspectos esenciales de su humanidad, esto, desde la convivencia en el día a día.

Conociendo a la persona uno cambia la visión del otro. Yo pagué cárcel: estuve con policías, con mayores, con paras, y éramos enemigos a muerte; pero allá convivíamos 24 horas. Cuando uno está allá, uno ve el enemigo como un bulto, no ve el ser humano. Si uno conociera al ser humano que está al otro lado, pues uno se va teniendo, esto, por decir que, cuando uno conoce a la otra persona se pone en la piel de la otra persona.

De esta manera, la dimensión formativa versa sobre las transformaciones propias o lecciones que propicia un acontecimiento o una experiencia, sea en el contexto de la guerra o en el de la transición a la paz

Un *Epílogo* para la Memoria

El trabajo investigativo sobre las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz proporcionó un análisis plural de las experiencias y transformaciones vividas por los excombatientes de las Farc. Este análisis se articuló en torno a tres dimensiones principales: ética, política y formativa. Cada una de estas ofreció perspectivas críticas sobre el pasado, el presente y el futuro de los procesos de paz y reconciliación en Colombia.

Desde el punto de vista teórico, uno de los aportes más significativos de esta investigación es la conceptualización de la noción de gramáticas de la memoria como estructuras narrativas que no solo relatan eventos pasados, sino que también configuran identidades y legitiman iniciativas futuras. Estas gramáticas, entendidas como los órdenes subyacentes a las narrativas, son las formas en que los firmantes de paz dotan de sentido sus experiencias y las proyectan en un marco de paz duradera. A lo largo de esta investigación fuimos testigos de cómo los relatos de los excombatientes no solo reconstruyen experiencias individuales y colectivas, sino que también reconfiguran versiones dominantes de la historia. Con sus discursos mnemónicos y estrategias narrativas los firmantes de paz desvelan los rasgos propios de sus memorias en contextos de posacuerdo; aspectos importantes que arrojan luz sobre la complejidad del conflicto armado, el proceso de paz y la reincorporación a la vida civil.

La dimensión ética de las gramáticas porta consigo la reflexión sobre las valoraciones y conductas de los firmantes de paz durante la participación en el conflicto y en la actual etapa de reincorporación. Los relatos de los excombatientes destacan un balance entre los principios que regían la acción en el contexto bélico y los que prevalecen en el presente. En consecuencia, esta dimensión resalta las tensiones y contrastes entre el pasado militar y los nuevos valores de equidad, justicia y verdad que emergen en el proceso de paz. Hoy, los firmantes de paz cuestionan la efectividad y moralidad de la guerra como medio, pero defienden los valores de justicia social que motivaron su participación e invitan a una reflexión constante que cuestione las acciones pasadas, y promueve el compromiso con la reconciliación y la verdad como elementos esenciales de la política del bienestar común.

Estos relatos, además de desvelar un esfuerzo por reconciliar el pasado con el presente, valorando la verdad, la resistencia y la reparación como principios fundamentales en la transición hacia la paz, también subrayan la asunción de responsabilidad por los actos cometidos durante la lucha armada; un aspecto ético manifiesto en el reconocimiento de los daños causados a las

comunidades y en la disposición a dialogar con las víctimas para reconstruir la verdad de lo sucedido. Dicho esto, la ética de la reconciliación se enfrenta a la ética de la guerra, mostrando un proceso de revalorización donde la vida y el bienestar se convierten en los fines últimos de la sociedad posacuerdo. Ahora, un punto clave en esta discusión es la tensión entre los medios y los fines. Los firmantes de paz cuestionan la justificación de la violencia como herramienta para alcanzar la justicia social, una reflexión ética que no solo involucra el reconocimiento de errores y la asunción de responsabilidades, sino también la transformación de valores hacia una ética de la paz y el respeto por la vida. Este proceso de revalorización ética plantea preguntas sobre cómo reconciliar las acciones pasadas con los principios actuales y cómo construir una sociedad basada en la justicia y la equidad sin recurrir a la violencia.

La dimensión política de las gramáticas de la memoria aborda las narrativas contrarias a las versiones oficiales de la historia del conflicto armado. Los firmantes de paz insisten en la necesidad de incluir y tensionar sus perspectivas para ofrecer una visión más completa y justa de la historia. Sus memorias destacan la violencia estructural, la desigualdad social y el despojo de tierras como factores determinantes que los llevaron a la lucha armada; sin embargo, sus acciones de hoy, desde el trabajo comunitario hasta la participación en iniciativas políticas, reflejan un compromiso continuo con la transformación social, encarnado en sus discusiones políticas centradas en esfuerzos colectivos que contribuyan a una paz sostenible, en la necesidad de políticas inclusivas que aborden las causas profundas del conflicto, y en el planteamiento de preguntas sobre el papel del Estado y la sociedad en garantizar la implementación efectiva de los Acuerdos de Paz y apoyar la reintegración de los excombatientes a la vida civil. De ahí que sus narrativas políticas no solo se anclan en el pasado, sino que también se proyectan hacia el presente y el futuro, mostrando una transición hacia nuevas formas de lucha política y social dentro del marco democrático y de los Acuerdos de Paz.

La dimensión formativa se centra en el proceso de transformación personal y colectivo de los firmantes de paz que refleja una revaloración de la paz sobre la guerra. Sus narraciones desvelan una *anagnórisis*, un despertar de la conciencia, donde los firmantes reconocen los daños causados y la necesidad de encuentros cara a cara para superar estos traumas. Este proceso de autoconciencia y diálogo continuo es fundamental para la reconciliación y la configuración de una nueva subjetividad colectiva. Esta dimensión, a su vez, aborda discusiones sobre cómo estos procesos formativos pueden ser catalizadores para la transformación hacia una cultura de paz,

pues los firmantes han asumido roles de liderazgo en sus comunidades, promoviendo valores como la solidaridad, la justicia social y el respeto por los derechos humanos.

Para los firmantes de paz el contacto con las comunidades afectadas y el reconocimiento de sus actos los ha llevado a una profunda introspección, a resignificar sus aprendizajes y a transformar sus ideas o conductas, abriéndolos a nuevas comprensiones de su accionar en el conflicto y en la construcción de la paz. Esta dimensión destaca la importancia de la memoria colectiva y la heterobiografía en los actores y afectados por el conflicto armado para promover un sentido de empatía y comprensión mutua.

Paralelamente, la noción del *hubiera* emerge como un recurso narrativo y reflexivo fundamental en las gramáticas de la memoria de los firmantes. Ahora bien, el *hubiera* no solo representa una reflexión sobre eventos pasados, sino que también encapsula la proyección de un pasado alternativo, una narrativa de lo que podría haber sido; ya que este no solo se limita a la contemplación de errores o decisiones alternativas, sino que también implica un ejercicio retrospectivo a partir de lecciones aprendidas y responsabilidades asumidas. En este sentido, el *hubiera* funciona como un marcador mnemónico que invita a los sujetos a reconocer y confrontar las implicaciones de sus acciones en el devenir histórico; un marcador de la memoria que no solo sugiere, sino que exige un análisis de las circunstancias y decisiones que moldearon el curso de los acontecimientos. Es, por tanto, un llamado a la reflexión y a la consideración de las múltiples fuerzas que configuran la experiencia humana y la Historia misma.

Estas conclusiones en torno a las gramáticas de la memoria de los firmantes de paz abren un espacio para la reflexión crítica sobre los procesos de paz y reconciliación. ¿Cómo podemos asegurar que las voces de todos los actores, especialmente las más marginadas, sean escuchadas, valoradas y puestas en tensión en la construcción de la memoria colectiva y social? ¿De qué manera las experiencias y lecciones de los firmantes de paz pueden aportar y mejorar las políticas de reintegración y justicia transicional? ¿Qué mecanismos son necesarios para garantizar la verdad, la justicia y la reparación para todas las víctimas del conflicto? ¿Cómo podemos transformar las narrativas de violencia y opresión en historias de resiliencia y esperanza? Estas preguntas nos invitan a pensar críticamente sobre los desafíos y las oportunidades en la construcción de una paz duradera y justa, reconociendo la complejidad y la profundidad de las experiencias de aquellos que han vivido el conflicto en carne propia.

Siendo consecuentes y para profundizar en el entendimiento de los procesos de paz y reconciliación desde una perspectiva crítica y plural, proponemos tres escenarios a investigar en posteriores trabajos que visibilizan las tensiones propias de una sociedad posacuerdo en construcción. Por un lado, investigar cómo las políticas de memoria implementadas por gobiernos y organizaciones internacionales afectan las narraciones de los firmantes de paz y las comunidades, ya que las políticas de memoria juegan un papel crucial en la construcción de la narrativa histórica y en la formación de la identidad colectiva. Es así que, analizar su impacto puede ofrecer perspectivas valiosas sobre la efectividad de dichas políticas y mejorarlas para que sean más inclusivas y efectivas en promover la reconciliación y la paz duradera. Por otro lado, comparar las gramáticas de la memoria en diferentes contextos de paz para identificar patrones y particularidades, considerando que los estudios comparativos permiten entender cómo diferentes sociedades abordan la memoria colectiva posconflicto y pueden ofrecer perspectivas otras sobre estrategias de reconciliación efectivas. Esto permitiría acceder a otras comprensiones teóricas que aborden las similitudes y diferencias en las gramáticas de la memoria, y recomendaciones sobre cómo estas estrategias pueden ser adaptadas y aplicadas en otras regiones afectadas por conflictos. Finalmente, integrar enfoques interseccionales para considerar cómo las experiencias de género, etnia, clase y otras dimensiones sociales influyen en las gramáticas de la memoria, puesto que los procesos de paz y reconciliación son complejos y multidimensionales. Un enfoque interseccional puede revelar dinámicas ocultas y contribuir a una comprensión más inclusiva y diversa ofreciendo una mayor comprensión de las dinámicas interseccionales en los procesos de memoria, y el desarrollo de estrategias que aborden estas complejidades de manera efectiva para fomentar una paz más inclusiva.

En suma, esta investigación ha puesto de relieve la importancia de las gramáticas de la memoria en los relatos de los firmantes de paz y ha subrayado su papel en la construcción de identidades, la legitimación del proceso de paz y la creación de espacios de resistencia. Las propuestas para futuras investigaciones buscan ampliar y profundizar este campo de estudio, contribuyendo así al entendimiento crítico y plural de los procesos de paz y reconciliación.

Referencias

(2016). *ABC del Acuerdo Final*.

<https://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/cartillaabcdelacuerdofinal2.pdf>

Acosta, M.; Cáceres, P.; Hernández, F. & Santamaría, Á. (2022). Memorias no contadas: mujeres excombatientes de las FARC en el Caribe colombiano. *Revista de Investigaciones Feministas*, 13(1), pp. 277-288.

Agencia para la Reincorporación y Normalización. (2023). *ARN en Cifras corte diciembre 2022*.

https://www.reincorporacion.gov.co/es/agencia/Documentos%20de%20ARN%20en%20Cifras/ARN_en_Cifras_corte_diciembre_2022.pdf

Alliaud, A. (2011). Enseñanza. Transformación y Formación. En *Revista del IICE*, 30.

Buenos Aires: Instituto de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (pp. 47-60).

Almeigeiras, A. (2006). El abordaje etnográfico en la investigación social. En I. Vasilachis (Ed.). *Estrategias de Investigación Cualitativa* (pp. 107-151). Gedisa.

Bejines, V. & Gómez, L. (2015). Memoria Histórica y Comunicación. Estrategias de Comunicación con respecto a la Memoria Histórica en España y Serbia.

<https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/30034/TFG%20PDF.pdf?sequence=%201&isAllowed=y>

Benjamín, W. (2016). El narrador. Salesianos Impresores S.A.

Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Cactus.

Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, (29) marzo.

Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.

Calveiro, P. (2006). Los usos políticos de la memoria. En *Gerardo Caetano (Comp) Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp.359-382)

Castaño, S.; Acevedo, J. & Londoño M. (2020). Tramas de la libertad y la igualdad: experiencias de mujeres excombatientes de las FARC-EP. *Colombia Internacional*,

- (104), pp. 157-182. <https://doi.org/10.7440/colombiaint104.2020.06>
- Colombia +20. (9 de julio de 2023). Disidencias de FARC asesinan a otro firmante del Acuerdo de Paz en Caquetá. *El Espectador*.
<https://www.elespectador.com/colombia-20/conflicto/rigoberto-mendoza-excombatiente-farc-asesinado-en-caqueta-por-disidencias-i-acuerdo-de-paz/>
- Cornejo, M.; Mendoza, F. & C. Rojas, R. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Psykhé*, 17(1).
<https://doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>
- Corredor, S. (2022). Firmantes de paz y víctimas de Nariño impulsan el turismo en medio de la guerra. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/firmantes-de-paz-y-victimas-de-narino-impulsan-el-turismo-en-medio-de-la-guerra/>
- Delory-Momberger, C. (2015). El relato de sí como hecho antropológico. En: Murillo, G. (Coord.). *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Denzin, N. & Lincoln, Y. (2012). *Manual de la investigación cualitativa I: Paradigmas y perspectivas en disputa* Gedisa.
- Duch, Ll. (2004). Prólogo. En J.C. Mèlich. *La Lección de Auschwitz*. Herder Editorial.
- Duque, M.; Giraldo, S.; Restrepo, L. & Zapata, L. (2022). *En el monte trazamos camino: memorias guerrilleras del antiguo frente 36 de las FARC-EP como voluntad de paz*. <https://hdl.handle.net/10495/30128>
- Echeverría, R. (2004). *El Búho de Minerva*. LOM. Ediciones S.A.
- El País. (2002). El secuestro por las FARC de un senador deja en suspenso el proceso de paz. *El País*.
https://elpais.com/internacional/2002/02/20/actualidad/1014159609_850215.html
- Forero, J. (2018). La paz de Belisario: una esperanza presa de la confrontación política. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/politica/gobierno/procesos-de-paz-que-lidero-belisario-betancur-expresidente-de-colombia-302436>
- Fentress, J. & Wickham, C. (2003). *Memoria social*. Universitat de València.
- Gadamer, H. G. (1993). *Verdad y Método I*. Sígueme, Salamanca.

- _____ (1999). *Verdad y Método II*. Sígueme, Salamanca.
- Galeano, E. (2000). *El libro de los abrazos*. Siglo XXI Editores.
- Ginzburg, C. (1999). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indíciales. En Giulio Einaudi (Ed) *Mitos, Emblemas, Indicios*. (pp. 138-175). Gedisa. S.A.
- Giraldo Gil, E. & Echavarría López, M. (2023). Relación educación-género en el trabajo con mujeres excombatientes/Firmantes del Acuerdo de Paz. En Peter, S y Pardo, M. (Ed.), *Educación política debates de una historia por construir* (pp. 99-115).
- Gómez, C. (2018). *Memorias desde las voces de mujeres excombatientes de la insurgencia: relatos de su resistencia*. [Tesis de Maestría]. Universidad Javeriana.
<https://doi.org/10.11144/Javeriana.10554.36121>
- Halbwachs, M. (2005) Memoria individual y Memoria colectiva. *Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba*, (16), 163-187.
<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/13479>
- Heidegger, M. (2009). *Ser y tiempo*. Trotta.
- Jelin, E. (2001). Exclusión, memorias y luchas políticas. En CLACSO (Ed.) *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de Globalización*. (pp. 91-110).
- _____. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Jung, C. (2017). EL hombre y sus símbolos. Por Henderson, Joseph. *Los mitos antiguos y el hombre moderno*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado Para una semántica de los tiempos históricos*. (N. Smilg, Trad.) Ediciones Paidós.
- Leo, J. (2016). La interpretación en la investigación literaria: intuición y método científico, *La colmena*, 89, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 11-21.
- Lifschitz, J. A. (2012) La memoria social y la memoria política [En línea] *Aletheia*, 3(5).
Disponibile en *Memoria Académica*:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5442/pr.5442.pdf
- Londoño, R. (2023). “Timochenko” ofrece su experiencia al Gobierno para negociar con el Eln. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/politica/timochenko-ofrece-su-experiencia-al-gobierno-para-negociar-con-el-eln/>
- Mèlich, J. (2004). *La Lección de Auschwitz*. Herder Editorial.

- _____ (2006). El trabajo de la memoria o el testimonio como categoría didáctica. *Enseñanza de las Ciencias Sociales*, (5), 115-124.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=324127625011>
- _____ (2010a). *Ética de la compasión*. Herder Editorial.
- _____ (2010b). *El otro de sí mismo. Por una ética desde el cuerpo*. Editorial UOC.
- _____ (2021). *La fragilidad del mundo. Ensayo sobre un tiempo precario*. Tusquets Editores.
- Molano, A. (2017). *A lomo de mula: viajes al corazón de las Farc*. Aguilar.
- Nora, P. (1984). *Introducciones a Les Lieux de Mémoire*. Gallimard.
- Ortiz, A. (2021). *Usos pedagógicos del testimonio de los excombatientes de las FARC-EP, por medio de las bibliotecas humanas durante el posacuerdo*. [Tesis de Pregrado]. Universidad Pedagógica Nacional.
<http://upnlib.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/17107>
- Poder Legislativo. (26 de junio de 2016). *Colombia: Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera*.
<https://www.refworld.org/es/docid/5a8744d54.html>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*. (Trad. Christian Gebauer, Renata Oliveira & Mariana Tello). Ediciones Al Margen.
- Pompilio, P. (2019). Medellín, otro espacio territorial para los reincorporados. *Hacemos Memoria*. <https://hacemosmemoria.org/2019/09/15/medellin-otro-espacio-territorial-para-los-reincorporados/>
- Quintero, J. (2018). *Chefs, Omar Murillo y El mono Zabaleta celebraron el Día Internacional de la paz en César. Misión de la verificación de la ONU en Colombia*.
<https://colombia.unmissions.org/as%C3%AD-trabajamos?page=6>
- Ricoeur, P. (1995) *Tiempo y Narración I*. Agustín Neira (Trad.) Siglo XXI editores, S.A. México
- _____ (1999). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.
- _____ (2006). *Caminos del Reconocimiento, Tres estudios*. (Trad. Agustín Neira) Fondo de Cultura Económica. México

- Rodríguez, A. (2020). *Caminando los recuerdos de la vida clandestina en el monte: memorias bioculturales de los exguerrilleros de las Farc Ep.* [Tesis de maestría]. Universidad Pedagógica Nacional.
- Sánchez Meertens, A. (2017). *Los saberes de la guerra.* Siglo del Hombre Editores.
- Sontag, S. (1984). *Contra la interpretación.* En *Contra la interpretación y otros ensayos.* Seix Barral.
- Sisto, V. (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica: la relación con el otro y los criterios de validación la metodología cualitativa contemporánea. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 7(11), 114-136.
- Sprung, L. & Sprung, H. (1986). Hermann Ebbinghaus y su obra. *Revista de Psicología*, 4(2), 133-141. file:///F:/Nueva%20carpeta%20(7)/Dialnet-HermannEbbinghausYSuObra-6123454%20(5).pdf
- Tafalla, M. (2003). Recordar para no repetir: El nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno. En J.M. Mardones y R. Reyes-Mate (Eds.), *La ética ante las víctimas* (pp.126-154). Anthropos.
- Telesur (2023). <https://www.telesurtv.net/news/aumentan-firmantes-acuerdo-paz-asesinados-colombia-20231213-0022.html>
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria.* Paidós.
- _____ (2004). *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX.* (M. Serrat Crespo, Trad.). Ediciones Península.
- Toledo, V. M., & Barrera Bassols, N. (2009). La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. *Ciencias*, 96(096). Recuperado a partir de <https://www.revistas.unam.mx/index.php/cns/article/view/17958>
- Urrego, A. (2019). *Polifonías narrativas de la guerra y la paz en perspectiva territorial - experiencia en Ituango* (Antioquia). [Tesis de doctorado]. Universidad de Manizales.
- Vásquez, F. (2017) Hermes y la tarea hermenéutica. Recuperado de <https://fernandovasquezrodriguez.com/2017/01/13/hermes-y-la-tarea-hermeneutica/>
- Vezzetti, H. (2015). Historia y memoria. *Ciencia e Investigación*: 65 (Nº 4). 23-27
- Vidanes, J. (2007). La educación para la paz y la no violencia. *Revista Iberoamericana de Educación*, (42), 2.
- Vietta, S. (2004). *Hermenéutica de la Modernidad. Hans-Georg Gadamer. Conversaciones*

con Silvio Vietta. (Elizaincín-Arrarás, L, Trad.) Trotta S.A. (Obra original publicada en 2002).

Vilanou, C., (2001). De la Paideia a la Bildung: Hacia una pedagogía hermenéutica. *Revista Portuguesa de Educação, 14*(2), 0.

Villa-Gómez, J.; Guzmán, C. & Arango, J. (2022). Significados y experiencias personales de perdón y reconciliación en mujeres víctimas y mujeres excombatientes de las FARC. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales, 13*(2), pp. 612-639.

<https://doi.org/10.21501/22161201.3753>

Wills, M. (2022). *Memorias para la paz o memorias para la guerra.* Crítica.

Zambrano, M. (2004). *La razón en la sombra. Antología crítica.* Siruela.